

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



“FUENSANTICA”

Por Inocencio Medina Vera

N.º 815

Z/ 13135 - 16, 845 (1327)



Estas Galletitas.

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda**, entre **comidas**, las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más.

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de ¼ kilo, a \$ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa



ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, diciembre 6 de 1927

Nº. 815

Del momento, por Rojas



—En España le han dado garrote a tres reos que mataron a una niña.
—Aquí estamos más adelantados. En cuanto usted se descuida los "reos" lo matan a usted de un garrotazo.



—Todo el mundo elogia y aplaude al equipo argentino, porque en el campeonato sudamericano, de foot-ball ha obtenido la copa "América". Yo, en cambio, tengo dos copas de más y se me ofende llevándoseme a la comisaría...



—El salón del Automóvil está este año representado por las mejores marcas. Hay automóviles que son la última palabra de confort y belleza.
—¡Con autos así da gusto atropellar a la gente!



—¿Y qué dirá ahora Facio de la resolución adoptada por los severos Camaristas de la Provincia, poniendo en libertad a la Poey y a Pereyra y demostrando, con ello, que son inocentes?
—Dirá que el fallo tiene cianuro.

—En Córdoba se dividió el partido Conservador. Con ese lío, el que saldrá ganando es don Hipólito.
—Sí, es cierto; pero allí está Rodolfo Moreno que ha ido con amplios poderes para arreglar el asunto.
—¿Morenito?... Pues se va a ver negrito.

El dependiente nuevo del almacén de Benedito, era barbero y guitarrista; su patrón y medio pariente le sacaba el jugo a todas sus habilidades en su afiebrado apuro de hacer dinero.

Los domingos se organizaba una peluquería al aire libre y la mano blanca del mozo pueblerino que echaba abajo marañas de melena, tussaba ásperas cerdas o destroncaba barbas duras, sabía después correr acariciante sobre las cuerdas de la guitarra que le respondía con sus seis armoniosas voces sonoras.

El barberito contaba también, y lino.

Mozo despierto y vivaracho sabía modular un estilo, entonar una décima épica, dormirse en una vidalita, y cuando el auditorio se componía sólo de hombres cantaba en extranjero arrevesado, con voces de ventrilocuo, diálogos picarescos, donde cargaba la mano para ser festejado con un estruendo de carcajadas por el auditorio jubiloso.

Cantaba imitando hasta a don Benedito en aquellos cómicos falsetes en que chapurreaba la castilla.

Los gauchos coreaban y lo hacían beber rebosantes vasos de caña, insistiendo:

—Tomí algo, amigo... Yo le quiero pagar... ¡Si no aceta, mi ofende!

Pronto se volvió el Benjamín del pago. Fué invitado en las estancias y no quedó casa o rancho donde no se hiciera sentir.

En lo de Argüeyo lo tuvieron diariamente.

Y él, allí, donde había tres muchachas, iba con gusto.

Don Demetrio, el dueño de casa, era muy criollo, muy amigo de la guitarra y de los cantos, pero mosqueaba un poco porque Marcelina, la más gurisa de las muchachas, no terminaba nunca de despedirse del gringuito barbero.

Y las otras, Julia y Fausta, andaban siempre tristonas, cuestionando con la más borrega...

Después las cosas cambiaron.

Marcela se encerraba, se ponía uña y carne con Fausta, y Julia, emperifollada, alegre, no acababa sus canciones y tarareos mientras acentuaba su diligencia en los quehaceres domésticos.

El viejo Argüeyo observaba:

—Estas son diabluras del gringuito: mi anda alborotando las chiquilinas. Continuaba llamándolas con el tierno diminutivo; aunque la más chica ya había entrado en los diez y siete y la mayor superase los veintidós.

—... ¡Pero, — seguía el paisano el hilo de su discurso, — que no se refale!...

El sentenciado hacía rato que se había "refalau" y con "cáida".

Noviaba con las tres.

Y con su pasta de bonhomía, su don simpático, su afabilidad, se había cautivado hasta la amistad de los perros.

—Perdido, Vigilante, Singüeso.

Qué! No precisaba ni nombrarlos; con sólo castañetear los dedos ya andaban los canes arrastrándose, saltándole, haciéndole exageradas fiestas.

Esto explicaba la facilidad con la cual se venía de noche a contarle sus penas "de más cerquita",

El buen mozo diablo

Por Montiel Ballesteros

como le había prometido a Marcelina...

Se sucedió otro acto de la comedia.

Ahora era Julia quien lo iba a buscar.

Entonces Argüeyo, olfateando al-

vía un infierno y los mismos momentos dulces en que la madre enferma, — eternamente sentada en un sillón de ruedas, — las muchachas, el padre y algún amigo, rodeaban al picaflor que cantaba, eran amargados de aprensiones o de tristezas.

El era refinadamente artista en

EL TROVADOR

Edad de las gallardas aventuras,
Fuerte en la guerra, y en los odios fiera,
al ver tu cuerpo rudo, quién dijera
que tu alma, hecha de ensueños y ternuras,

alondra fué en las noches más oscuras,
o mariposa de alas de quimera,
que rompió bajo un sol de primavera
la cripta de tus negras armaduras.

Tu espíritu inmortal fué la alegría
de las Cortes de Amor, que presidía
la noble dama entre fastuosos brillos,

y él inspiraba la canción galante
que diera al aire el Trovador errante,
bajo el arco ojival de tus castillos!

Ricardo ROJAS

go, queriéndole sonsacar de mentira a verdad a su Cielo, a quien veía tan "caidita", le indagaba zorruno, alargando insinuante las frases:

—¿Qué tiene la-hija?... ¿qué li ha pasau?... Vamu a ver... cuentelé a su tata viejo... Li han hecho un engaña pichanga como a los gurises?... Cuentelé a sutata, pues, qué'l varregar todo...

...No consiguiendo sino que la muchacha escapara llorando.

Pasaba de una a otra la alegría, cuál si el amor necesitase hundir sus garras de presa destrozando dos almas para que una tercera fuese feliz, y en la vida opaca de la estanzuela florecía un sueño, mientras hervían recelos, rabias, odios comprimidos.

La casa otrora tranquila se vol-

su hipocresía de hombre que juega con muchas cartas y si bien las novias estaban a punto de venderse cada vez que la alusión de un verso encendía la esperanza de la preferida del momento, se dominaban las desilusionadas porque el amor siempre tiene una única promesa...

A veces alguna se levantaba inopinadamente e iba a esconder sus lágrimas.

Pero al momento olvidaban penas y dolores porque la música y la voz mentirosa las alzaba a un plano de un goce superior al de todas sus miserias, pensado bien, arrancaban emocionados suspiros unánimes, dando al cantar un prestigio sobrenatural de creador de poesía y de sentimientos.

Entonces todos lo amaban. Hasta el viejo desconfiado, que

LOS ATLETAS

Entre los zánganos que pululan en Grecia, ningunos son peores que la especie de los atletas. Yo censuro, por eso, la costumbre de mis compatriotas, que reúnen a esos vagos, venidos de cien pueblos distintos y honran en ellos los placeres más inútiles. ¿Para qué sirve, en efecto, un hombre que ha corrido muy de prisa, que ha lanzado muy lejos un disco, o que ha roto metódicamente una quijada? ¿Qué ventajas procuran esas proezas a la República?

EURIPIDES

solucionaba la angustia de su tormento reprochándose:

—Yo me debe estar volviendo medio cegatón hasta pu adentro... No comprendo nada, ni al gringuito azucarao ni a mi genio.

El mozo ignoraba, quizá, que de su figura arrogante y fuerte, de la regordeta mano blanca temblando sobre las cuerdas de la vihuela, de sus ondeados cabellos que caían sobre la frente amplia cuando acentuaba con la cabeza y todo el cuerpo que se encorvaba un ritmo profundo, emanaba una seducción, donde la poesía, rústica y honda, — tal para aquellas almas, — ejercía un preponderante celestinaje.

Don Demetrio Argüeyo, más fácil, como es lógico suponer, a independizarse del sortilegio, se devanaba los sesos en deducciones, proyectos y planos...

Dado que del interrogar a sus hijas no sacaba algún resultado, y pese que el procedimiento le repugnaba, se decidió a espiar.

—Hijuna gran!... Si habían sido bandidos!

¿No había enseñado a su perro de mayor confianza, al Singüeso, a hacer de chasque? No lo había descubierto él una siesta con una esquela en la boca trotando para el boliche?

—Singüeso! Singüeso!

No quería venir el perro bandido.

—Es alarife com'un cristiano, no pudo él menos que elogiarlo.

El can ágil y elegante, con algo de danés y de galgo, corto el pelo lustroso y amarillo hasta parecer pintado y barnizado, estaba como en expectativa mirando al patrón viejo con ojos claros y limpios.

El amo enristró el arreador.

—¡Venga, ojo!, lo mando.

El Singüeso se tiró al suelo, se arrastró y él tuvo que cruzarlo de revés y derecha, con dos azotes de romperle las costillas, para que el mensajero dejara caer la misiva y huyese aullando, doblándose de dolor, con el rabo entre las piernas.

—Alcagüete, ganchero!... Sabés lo qui hacés y sabés qui hacés mal, sí!

Argüeyo alzó el papelito y al tranco de su caballo, que, sin él notarlo, giró sobre sí mismo volviendo hacia las casas, trató de descifrar el contenido.

¿Qué diablos! no entendía nada.

Sabía formar su nombre, escribir números y algunas palabras en grandes letras de imprenta de las cuales siempre se había de comer alguna. Conocía los números, las cifras, pero no pasaba de ahí.

—Q... Q... debe decir: querido... dejuero... Sí, y es pol gringuito barbero.

Más que leer la J de Julia la presintió, por la manera de ésta, pizpireta y alegre a la hora del almuerzo.

No había duda.

Cuando alzó la cabeza estaba bajo las sombras de los ombúes.

Miró.

Tenía enfrente a la muchacha, con la cara asustada, esperando quien sabe qué catástrofe, habiendo visto el retorno imprevisto y lamentable de su emisario, el Singüeso.

El padre, cual si quisiera cercio-

rarse de una verdad por demás evidente, la llamó en voz alta por el nombre:

—¡Julia!

—Señor...

—Arrimesé, pues; agarre su carta.

Su mirada dura no pudo menos que volverse tierna como su acento:

—Digamé, hija, ¿es usted, no... la qui anda noviendo con el barbero?

La interrogada bajó los ojos.

El le previno ambiguamente.

—Tenga cuidau, ¿eh...?

De un tirón de las riendas dió vuelta su pingo y salió al galope en dirección al boliche, que ahí cerquita lindaba con su campo.

Llegó como un rayo al almacén, desmontó agíl y alzándose sobre los hombros el poncho, quebrándose sobre la frente el ala del chambergo, entró.

Entró sin quitarse el revolver y el cuchillo, en la habitual costumbre de los paisanos al llegar a un comercio y, sin saludar, lo que sorprendió sobremanera, invitó:

—Vamu a ver, mocito, don Fidel! salga p'ajuera que lo tengo que hablar!

Una sensación de pasmo corrió por la concurrencia.

A Benedito se le trabó la lengua:

—Ma... ma... ma...

Al dependiente debe haberle vioreado, como una centella, un calambre frío por las pantorrillas; se quedó blanco, cual si se hubiese vaciado de sangre, revolvió los ojos limosneando una frase, un aliento, un consejo y de miedo de parecer, asustado, levantó el ala móvil del mostrador, intentó hablar —sin éxito— y salió, automático, siguiendo al paisano.

La clientela ya reaccionaba.

Benedito, las lágrimas en los ojos, en las palabras, con su voccecita aflautada, completó la frase que no quería decir "mama" como le echaba en cara un gaucho.

—Ma... qué sucede?

Y luego suplicó, ansioso...

—¡No los dequen solos!

Alguien iba a ir hacia afuera.

Un indio grandote cerró con su corporación la puerta:

—Los hombres si arreglan ent'ellos... Argüeyo no le v'a pegar dí atrás.

Discutieron.

—Fidel está desarmau.

Ya salían.

Se previnieron inútilmente.

El gringuito barbero volvía moviendo la cabeza en un gesto de quien recién termina de tragar una cosa que se le había atravesado en el garguero.

Argüeyo le había echado en cara, tajeante:

—Ya sé qui anda noviendo con m'hija Julia... Asina no si hace, sabe! Ella tiene padre... Hay que ser más derecho!

Y le previno como en una amenaza:

—Tenga cuidau, ¿eh!

Se explicaba que, tras tan lacónico diálogo, los pacificadores no tuvieron tiempo ni de asistir a su desarrollo.

Argüeyo, pasada la calentura, volvió adentro e invitó a una partida de casin.

La atención del juego alejó el incidente.

Las chuscadas y dicharachos rodaban y rebotaban como las bolas de marfil y el "chiquilín" amari-

llo que a momentos barría la "leña" o se iban "pa su cueva", como el peludo, entre el comentario jaranero de la paisanada.

Benedito apuntaba y, como juzgando un golpe, entraba a tallar:

—Ma... ma.

El gaucho socarrón le repetía su judlada:

—¡Mama...! ahí no—más el italiano salió llamando a la mama...

—Ma... quiere decarse de corder!

Corría el tiempo y el gaucho, tranquilizado, dejaba como él decía, "madurar los eventos".

Los amores con Julia solucionarían todas las cuestiones, hasta

eiones, hacía la vista gorda con alguna tardanza en las visitas del barbero y con las interminables despedidas.

Pero, amigo, o él había visto mal—, estaría mismo medio cageton—? o era Marcelina la que estaba prendida, como sagaipé al queso, con el dependiente.

Otra vez, ahora no se engañaba, lo encontró de mano dada con Fausta.

—Canejo! v'ia tener que pegarle otro sofrenón!

Las muchachas se hacían una guerra cruel y terrible, queriendo arrebatarse la "simpatía" que se ha-

mes y "desageraciones" que se acumulaban, cambiándose continuamente las alianzas que complotaban contra la favorita.

A ésta, o a aquélla, le daba por ir a lavar sola, mientras las otras le sacaban lonjas.

A veces no podían evitarse las palabras, los gritos, los lloros.

Y aquel mar turbio de ansias y pasiones se revolvía a los pies del padre inquieto e iba a sacudir y atormentar a la vieja madre inválida.

—Es el demonio en casa! lamentaba Argüeyo, yo no sé qué ví—a tener que hacer...

Fidelito, mimado, adorado, cultivaba sus caprichos y cuando la frescura de Marcelina, o la pasividad cariciosa de la indolente Julia lo hastiaban, buscaba el fuejo y la nerviosidad de Fausta, llama viva con sus ojos negros, su boca encendida y sus cabellos crespos, donde él quemaba el exceso de su vitalidad.

Si lo hubieran dejado hablar—, y era tan ladino que se hubiera desempeñado como un "dotor"—, él hubiese justificado aquella triple actividad, cuyo mérito esencial era el de hacer frente, y saliendo airoso—, aunque medio aplastado—, a las tres dulces enemigas.

Pero aquélla debía de tener su fin.

Casi simultáneamente a una misteriosa enfermedad de Julia, que andaba haciendo viajes al rancho de una médica del pago, empezó a notarse la pesadez de Marcelina, que se descomponía del estómago, perdía el apetito y, dato infalible, se le empezó a llenar la cara de "pañños".

La muchacha se confió con la madre y ésta buscaba la coyuntura de enterar a su marido cuando, en una angarilla improvisada, una extraña procesión de paisanos trajo a Julia inerte, desangrada, víctima de los torpes manejos de la curandera.

Argüeyo conoció la novedad de su muchacha menor aún anonadado por la pérdida de su otra hija.

(Y gracias que Fausta debía ser machorra).

Amarillo, de repente atordillado, cual si las canas que temerían ser manchadas no hubieran podido esperar más y lo hubiesen atropellado de golpe; más aviejado en la sombra de sus ropas de luto, de las zapatillas a la camisa, oyó la confidencia de su patrona lisiada y, después de sorprenderse:

—¡Ah...! yo había desconfiau... pero no quería, no podía creer...! prometió solemnemente:

—Ahura v-i-a dentrar yo... V-ia arreglar todo y prontito, ¿eh...! El hombre debe ser hombre... Yo también juí mozo, hice mis diabluras, pero todo tiene su fin...

Este se ha encarnizau a embromarnos, pero le v'a salir la torta un pan.

Y se fué al patio, a pensar, pues ahora no era el caso de montar a caballo e ir a media rienda al almacén a dejar todo en nada.

El Singüeyo se le arrimó moviendo la cola y él, rabioso, le dió un puntapié acompañado de una frase despectiva:

¡Juara m...!

LA TIMIDEZ

Hay hombres que poseyendo una voluntad a toda prueba, se vieron aflijidos por los efectos desastrosos de una gran timidez cuando empezaron a usar de sus facultades volitivas.

La timidez, hija del miedo, que tantos daños causa y ningún beneficio produce, es un defecto capital, un enemigo poderoso de la voluntad cuyas decisiones obstaculiza a causa de la indecisión y del temor.

La resolución más enérgica, el propósito más firme, el deseo más vehemente, se estrellarán de un modo indefectible sin producir ningún buen resultado si tienen que luchar contra la timidez que abulta los peligros y aun los riesgos y los inventa cuando en realidad no existen.

El hombre tímido, si es inteligente, se dará pronto cuenta del defecto que tan malas pasadas le juega y procurará librarse de la timidez, ya que únicamente así es como le será posible aprovechar los beneficios del empleo de la voluntad.

Por regla general la timidez proviene de una mala educación. Los padres, los ayos, los mayores tienen casi siempre la culpa de que resulten apocados los niños. No les inducen a vencer el miedo físico o moral que sienten y así permiten que el muchacho persevere en su defecto.

Nadie es valiente ni cobarde "per-se". Todos los hombres tienen el instinto de conservación, que les induce a atacar y a defenderse. Lo que hay es que algunos son más sensibles que otros al dolor físico y rehuyen las ocasiones de padecerlo. Esos resultan tímidos y miedosos, mientras que el que no teme recibir puñadas y palos se convierte bien pronto en un ser intrépido y dispuesto para cualquier empresa.

Lo propio ocurre con el valor moral, al que de niño se acostumbra al trato de las gentes, y aquel a quien sus padres obligan a entrar sin luz a las habitaciones de su casa y a pasear solo por sitios desiertos, no tarda en adquirir un aplomo y una tranquilidad que contrasta con el apocamiento de los que no han sido sometidos a tales pruebas.

Partiendo, pues, del principio de que la timidez no es congénita, es decir, de nacimiento, sino adquirida, no cuesta gran esfuerzo desembarazarse de ella.

Waldo J. SWINGLE

aquel sordo descontento que minaba su casa.

Pero el mocito venía, cantaba, reía, se iba y no se resolvía a nada.

No pedía la muchacha, respetando la tradición del novio oficial que hace sus visitas, trae el anillo de compromiso y fija un plazo, aunque sea largo, para realizar el casorio.

El criollo, contando seguro con la natural finalidad de las rela-

bía transformado de novio en amante colectivo.

El las satisfacía, las conformaba, atenuando los celos, fingiendo enojos, repitiendo promesas, dulces engaños.

Con su exuberancia juvenil y meridional repartía pródigamente besos y caricias y se explicaba que anduviere "chupau" como un alguacil.

Como un hueso entre perros ambrientos, ellas se lo disputaban.

Y las dentelladas, los tarascos eran aquellos "choques", chis-

El perro se quejó y, porque por allá adentro sintió el lloro de las mujeres, las comenzó a acompañar con sus aullidos lamentables, dando el tono del triste concierto a los otros canes.

Cavilaba Argüeyo.

¿Iría a hablarle a Benedito? Se podría contener si lo agarraba sólo al Fidel, al buen mozo diablo?

Ahora sí se tenía desconfianza y no quería hacer una barbaridad.

—Pa eso siempre hay tiempo.

Cual si hiciera un resumen del pasado se acordaba de las tardes en que el guitarrero hacía gala de sus habilidades, de los "rendivuses" de las muchachas, del día de la escuela del Singüño, de la finadita asustada y del naco del sinvergüenza cuando lo sacó para afuera en el boliche:

—Sé qui anda noviendo con m'hija Julia... Tenga cuidau, eh!

... Perdulario...! Le hubiese en-

cajau un mangazo nel madio'e las aspás, derecho viejo.

No iba a ir otra vez así:

—Sé qui anda noviendo con m'hija Marcela...

Ahora...

—¡Marcelina—! reclamó de pronto — venga p'cá!

Pálida, desencajada, se les acercó la paisanita.

—Tata... y temblaban las lágrimas entre las dos sílabas de la expresión familiar y cariñosa.

El se enterneció:

—Pobrecita, m'hija... Yo sé qui ust'es güena... Digamé, él, el mo-cito, viene de noche?

... Hable, m'hija, hable q'es pa su

bien... Digalé a su tata que tiene que aclarar todo... ¿Qué le v-i-ha-ver a uste...? ¿Viene el hombre?

—Sí, señor... vanía...

—¿Y ahura?

—No sé, mi había dicho'e ve-dir...

—Es muy ladino, ¿eh...?

—Pero, tata...! prevefa ella los peligros que pudieran amenazarlo.

—No tenga miedo, m'hija, todo v'a salir como con la mano.

—Si uste quiere, yo m'encargo...

—¡No! Uste no es ninguna güerfanita, ni abandonada nel callejón que no tenga quien le saque la cara!

—Pero, tata, uste se puede cegar.

—Pierda cuidau, que yo v-i-a ver bien, como los gatos hasta en la oscuridá.

—Dejeló pa mañana, si le parece.

—Pa mañana se deja pa cruzar los arroyos crecidos... Vaya nomás... que su padre es viejo y curtido y sabe lo qui hace.

Su proyecto era simple: caería el pájaro y quedaría encerrado en la jaula.

El no quería cuestiones:

—Prosiar al fiudo y sacarse del pescuezo l'armada'el lazo...

Iría a ver a don Ivandro Martínez, el juez, que era su amigo, se campearían dos vecinos para testigos y allí no más se iba a casar, "a las güenas"... y sonreía entre su amargura...

—Vamu a tener un nieto...

Y le volvía, como una garra estrujándole el pecho, el recuerdo de la otra novia, de la hija muerta.

En la cocina, en cuclillas al lado del fogón, junto a su único emplea-

do y hombre de confianza, un negro que se había criado con él, mataban.

La familia dormía.

Se habían extinguido las luces de las cuatro o cinco poblaciones que se divisaban a lo lejos; lo de Carballo, la escuela, la estancia del Alemán Werner y el almacén de Benedito.

Lo noche extática, llena de estrellas, lucía una especie de neblina luminosa que daba la ilusión de la claridad.

Un silencio ancho ponía sordina al hervor de pequeños rumores cam-

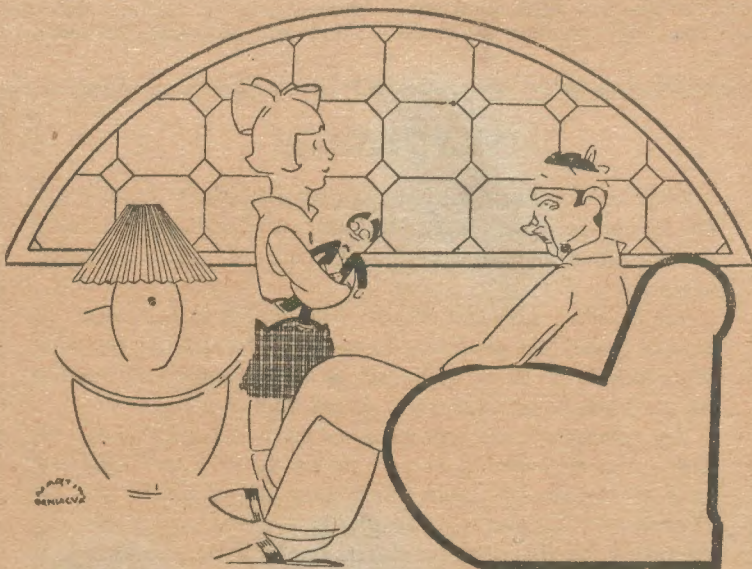
El fogón, con su braserío semi-sufocado por la ceniza, ponía en medio de la cocina una mancha anaranjada.

Los dos hombres perdidos entre el agua turbia de la sombra, sigilosos, callados como dos espectros, se adivinaban al alcanzarse el mate.

Unos terutereros desdoblaron las dos sílabas de sus alertas.

Ladraron enfurecidos los perros; se sintieron hacer sus atropelladas.

Y ya se calmaron como por encanto.



—Oye papito: ¿por qué te caíste anoche en la escalera?
—Porque no había luz, hija mía.
—¿Sí? Pues mamá dice que venías bastante alumbrado.

pesinos, palpar de la entraña del campo, que se esperaba iniciara el crescendo de la sinfonía.

Alguna comadreja se estiraba al olor de las gallinas que cacareaban sus temores entre la esponja azul del ombú calmo.

Los zorros anunciaban su salida entre los cerros de piedra.

Las lechuzas pasábanse santoiseñas de graznidos, en competencia con los terutereros que se plagiaban sus mensajes.

Y los perros, con una tenacidad monótona y triste, desenredada en ecos opacos, golpeaban ladridos acompasados.

Era evidente el arribo de un conocido.

—Ese Singüño, ¡amenazó Argüeyo, olvidando la complicidad de los otros canes.

Sintiéronse unos pasos firmes, despreocupados.

Una sombra avanzaba rápida, decidida.

El hombre marchaba por tierra conquistada.

Como Pedro por su casa...

El negro se incorporó a medias, cual si se preparase para saltar; luego preguntó:

—Lo paro...? Qui has pensau?

LAS CATEDRALES

Vetustas y grandiosas catedrales, ensueños concretados en la piedra, en vosotras se ve ascender la hiedra y abatirse las ansias terrenales.

Apenas, por los huecos ojivales de los altos cimborrios, la luz medra, y abajo el "Miserere" nos arredra entre caudas de sombras sepulcrales.

Para las almas puras y sencillas, aún guardáis a su Dios: la muchedumbre ya no os dobla, cual antes, las rodillas;

Que sois, del siglo a la incendiaria lumbre; como palacios de Arte, maravillas; como templos de Fe, polvo y herrumbre!

Manuel S. PICHARDO

—Vamu a dejarlo, mandó el patrón.

Fidel pasaba frente a ellos.

Cuando el viejo, sacando la cabeza por la puerta de la cocina, se estiró para observarlo, ya se había abierto y cerrado — engulléndolo — una puerta donde lo esperaban.

—Oh!, exclamó entre indignado y sorprendido el gaucho... y se corrigió:

—Me habré equivocado!

Ordenó al peón:

—Ensilame el malacara sin hacer ruido.

Una luz, como una guiñada, se encendió y se extinguió en el cuarto de Marcela.

Chillaron los goznes de una ventana que se abría.

La enamorada impaciente se debía asomar.

Entonces a don Demetrio, que precisaba bien esos movimientos, se le perfiló una duda impreista, ofensiva como un insulto.

No pudo contener su indignación;

—Puebleros y gringos! Hijunagran...! — Se rai de mí... Me cre un consentido...!

Pero no-hay que cegarse... trató de serenarse él mismo. Y con agilidad y cautela de gato se pegó a la sombra más intensa de los muros y rodeó la casa.

La muchacha que esperaba ansiosa, contuvo un grito de espanto cuando él se le aproximó:

—Qui hace m'hija?

—Tata, qué susto...! No podía dormir por el calor.

—¿Y el hombre?

—No sé...

—¿No sentiste ruido? Chumbar de los perros?

—No, señor...

—¿Me mentís?

Ella, intuyendo un peligro, suplicó:

—Tata, no li-haga nada... si viene.

—Ah, no está ahí?

—No.

—M'hija, nu engañe a su padre!

El diálogo se mantenía a media voz y el viejo, en quien la ofensa de la actitud del buen mozo diablo punzaba como una herida con fiebre, se había llenado de solemnidad, haciendo densa de significación la última frase cual si repitiese su evangelio.

Al padre no se engaña,

La hija, cohibida, acentuando más en su falta, el tradicional respeto al genitor, influenciada por sus ideas, por su estado, por el misterio latente de la noche, tuvo necesidad de salir de lo real y de lo tangible para concretar su veracidad.

—Tata, le juro por el alma...

La muchacha ahogó el discurso. Un respeto religioso le impidió no incomodar la sombra santa.

A su invocación podía aparecerse.

Pero su frase — como en su alma — debe haberse completado en la del padre.

Pareció los hubiese helado un soplo de más allá.

Un ente impalpable, blanco, espectral, el ánima de la pobre Julia, había cruzado entre ellos.

Marcela se santiguó y empezó a gemir bajo, cual si no fuera a terminar nunca de llorar su pena eterna.

Argüeyo estuvo un segundo indeciso; quizá temía que la emoción le volviese temblantes las palabras, destilando lágrimas... Por fin le recomendó:

—Vaya pa dentro, m'hijita, acuestese... Salga de al que le puede hacer mal el relente 'e la noche... Cuidese, m'hijita.

Y, con precauciones para que no lo sintieran, se volvió a la cocina. Encontró al negro, quien le anunció:

—Ta ensillau.

—Güe!

—Cambió d'idea... ensilla el moro tuyo que me vas-hacer un mandau...

—Güeno...

Don Demetrio quedó sólo de nuevo.

Como un autómata, se cebó un mate frío y lo escupió.

La dilatada posición en cucullas le acalambro las piernas.

Se quitó el sombrero e intentó fijar, ordenar sus ideas.

—Es fierísimo todú-esto... Mal 'acción! muy mal'acción! Se juega así, entonces...? No, no, ni amigo... El mocito llega, s'enamora di una, li hace los bajo... Se la consigue — esto se le hacía cuesta arriba, aun monologándose — después la tira pa un lao; agarra lá - utra p'al estropajo... después lá - utra, como tigre cebau en la majada... Vea la Julia, la pobre-cita... Ella me juró por su alma...

Un escolofrío le anunciaba la visita de su hija... Entraba: transparente, desangrada y triste, con la desolación enorme de la madre a quien se la ha robado la gracia divina de sentir el hijo...

Ella lo miraba con sus ojos sin brillo y le pedía que no le pegase a! Singüeso:

—Es un animal; ¿qué sabe lo que hace?

Y le historió la paciencia que había tenido para amaestrarlo en hacer de chasque.

Después se acercó más, atizó el fuego, le quiso cebar un mate.

El le previno:

—Ta la yerba vieja, m'hija.

El ánima le ponía una cuarta a sus pensamientos:

—...No ve lo qui hace aura, ta ta... Es malo, eh...?

—Sí, voy viendo... Hay qui darle una lición...

Un trafoguero empezó a soplarle a la cara un humo, que parecía de mata — ojo; entonces él se hizo a un lado, hacía la silueta blanca que cedía como una niebla helada...

Estiró una mano — quizá para constatar la real existencia de la aparición — y tocó una cosa dura y fría.

Con las mandíbulas agarrotadas por el terror, sintió la necesidad de hablar, de liberarse de la pesadilla, y se le ocurrió preguntar:

—¿Sos vos, Sigifredo?

Silencio.

Se repuso.

Alzó aquéllo que había tocado. Era una barreta.

La empuñó con ambas manos.

Entraba su peón, que anunció, lacónico:

—Ta.

El negro se acomodó en cucullas, removió el fuego, lo soplo paciente reflejando en el bronce oscuro de su cara el resplandor de las brasas.

Acomodó la caldera y preguntó:

—Lu-ensillo? ¿Querés matiar?

El repitió su advertencia:

—Ta la yerba vieja.

El moreno vaciaba el mate y se alternaron sucesivamente el olor de la yerba resacaída y mojada y el más áspero y agradable de la yerba nueva.

Argüeyo reveló la novedad.

—Tuvo Julia, sabés... Su ánima anda penando... Yo mi asusté un poco... y nu es pa menos... Mi—, habló del Singüeso y... y... del mocito... Yo quería preguntarle: ¿qué querés qué haga? pero se me atravesaban otras ideas y no las tenía todas conmigo, no sé... La cuestión jué que mi arrimé un poco y cuando quise acordar tenía la barreta entre las manos y ella se había ido... y vos llegaste.

El oyente, por todo comentario, dre que suspiraba en la penumbra

Don Demetrio se incorporó agilmente. Encendió el yesquero, y con la barreta casi sobre el hombro, como un fusil, salió.

El peón ni siquiera le preguntó: ¿qué vas a hacer?

—¿Pa qué?, monólogo... Por si acaso no sabe lo qui hace...

El viejo pensaba saltar la ventana que el mozo, confiado hasta el exceso, seguro lo habría dejado abierta.

¿Desde qué entraba como en la casa de él?

Argüeyo apretó nervioso y con ra-

la barreta que apagó los bríos del gallito y en seguida el chillido agudo y demente de la amante que embistió furibunda, como una tigre.

El padre le tiró un manotón a la garganta:

—¡Callesé, la grandísima yegua!

Ella saltó hacia la puerta y pasó como un torbellino delante del peón que la vio perderse en la noche, a los gritos.

Ladraron unánimes los perros, se alborotaron las gallinas y Marcelina, recordada de sobresalto, comenzó a llamar a su padre:

—¡Tata! ¡Tata! ¡Tata!

Argüeyo, aún descalzo, fué a buscar un puñado de libras que entregó a Sigifredo:

—No te digo nada: Rumbiá pal lau del Brasil, pa San Pedrito... Y se dieron la mano.

—¡Tata! ¡Tata!, lo alcanzaron los llamados de Marcelina.

El fué por un poncho y la vino a buscar.

—Venga, hija; acompáñela a su madre.

La muchacha no se animaba a hacerle una pregunta concreta.

Por fin atrevió un:

—¿Qué fué...? ¿Fausta...? ¿Le pegó, tata?

—Le andaba jugando sucio, m'hija.

—Y...? y él?

—¿El?

—¡Sí!

—Ah, él...

—Si tata, ¿le hizo algo? Estaba con ella?

Eludía la respuesta.

—Era un mocito diablo, m'hija.

—¿Entonces juyó?, se esperaba la angustiada.

El la miró con una ternura y un cansancio que a poco lo hace revelar la verdad.

Después, cual si no quisiera agregar una mentira más a su falta, aprobó, ambiguo:

—Juyó

La hizo acostarse junto a la madre que suspiraba en la penumbra de la habitación:

—¡Si ahuga uno...! ¡Qué noche!

—¿Has visto cómo lloraban los perros? ¿Qué augurio es ese?

—Vay'a saber.

—Lloran como si hubiese un muerto...

El paisano se sintió erizar todo.

Habían apagado la humosa vela de cebo.

Los canes redoblaban sus aullidos.

Argüeyo, en su lecho, daba vueltas para un lado y otro, sin encontrar acomodo, sin una pizca de sueño.

Vefía al negro galopando acompañado por los callejones; abriendo porteras, atravesando campos, montes y cañadas...

—Aura debe dir por el cerro Travieso... Hay mucha piedra, pero el moro es güeno y duro e'vasos... Aura...

Fausta seguía corriendo descalza, la cabellera al aire...

—¿Gritará tuavía...? Y p'ande ha rumbiau? ¡Caray! si es pa'al lau de la comisaría me ha embromau... Le hubiese ancajau a ella también... ¿A ella...? Es m'hija.



Vd. está intoxicado

porque no mueve bien su vientre. Los purgantes lo alivian momentáneamente, pero aumenta su intoxicación, porque irritan sus mucosas gastro-intestinal y los hacen más permeables a las toxinas.

Uvalina "Biol"

NO ES PURGANTE - no contiene fenolftaleína ni otras sustancias tóxicas. Está preparada con uva y lubricantes. Es como el aceite y el combustible para la máquina nueva. Suaviza e impide la absorción de las toxinas. Desinfecta y desconggestion.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Informes y prospectos al

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

como si aquéllo fuese la cosa más normal del mundo, pronunció un lento:

—Ah...! y programó: tenemo que prenderle un cabito'evela.

Se ensimismaron los hombres en sus pensamientos.

El patrón rompió el silencio:

—Hará más di hora que vino?

El interrogado, seguro de que entendía la pregunta:

—Carculo más de dos.

—¿Dormirá?

—Dejuro.

—Sabés que ya nu es con Marcelina...

—¡Ah!

bía su arma feroz; raspándole en pinchazos sucesivos, como un alambre espinado, una idea la pesó y le repasó por el cerebro:

—¡No te digo!

Había dejado la puerta apenas arrimada.

El se descalzó y al entrar soplo la yesca. Por suerte, que si no los pisa.

Los amantes habían improvisado cama en el suelo.

Destapados, las piernas fuera del colchón, descansaban rendidos de sus juegos de amor.

De afuera, el negro, que se había venido por si fuera necesario dar una manito, sintió el golpe seco de

Si, es m'hija, pero ¿quién la manda ser tan cabra...?

La enferma ya había repetido, tres, cuatro voces, bajo, como un susurro:

—¿Y Fausta? ¿Y m'hija? Y Fausta?

—Deje dormir, pues, protestó él, con energía insólita.

Marcelina se puso a llorar despacito, despacito, gimiendo sentida y por eso parecía su llanto más desolado...

Su pena se expandía, se filtraba en las almas, como en la tierra las lloviznas lentas, lentas y largas...

Los suspiros de la madre parecían también un sollozo.

Y esos perros, esos perros que escarbaban el suelo, chumbaban a las sombras y gimoteaban como cristianos!

Todos presentían la muerte.

¡El muerto!

El gaucho no podía más.

—¿Qué hay, m'hija?

—No sé, tata; no sé...

—¿Cómo no sé y dele a geremiar! cortó él, áspero.

—No sé, tata... mi ha dentra una tristeza, una ansia... M'estau mordiendo, no quería llorar, pero no puedo, tata, no puedo más!

La enferma la consolaba entre su llanto.

El se tiró de la cama y rodeando la casa se detuvo frente a la boca sombría de la cocina.

Miró las estrellas mortecinas, altas.

—Será lá-una.

Entró se sentó junto al fogón y como por instinto removi6 el montón de tizones. Algún amarillo duro conservaba aún un poco de fuego.

Pensó en el mate y, cosa rara en él, no sintió deseos de matear.

Hacía esfuerzos por mantener abiertos los ojos que se le cerraban y estaban como encandilados de visiones: Sigifredo galopaba incansable; Fausta huía, en el aire, sin tocar el pasto plateado de rocío y el mocito ahí estaba, abierto de piernas, irreconocible con la cabeza rota y el rostro deformado... Después vino la sombra blanca y fría de la finadita y él sintió su mirada dulce en la cual, sin embargo, temía adivinar un reproche.

—Perdón, m'hija... ¡Uno es jom-bre...!

Luego le pareció que Julia le encargó:

—Priéndale un cabito'e vela, tata.

—Sí, m'hija.

Y debió haberlo hecho.

Los canes enmudecieron.

El Singüño, deshecho, aburrido de aullar al misterio, entró despacito a la cocina y se urrimó al patrón a lamerle las manos.

El suspiró.

Viéndolo vencido de cansacio, el sueño aprovechó para doblarlo como una cosa marchita que se replega sobre sí misma.

El sol ya estaba alto cuando un ladrar de los perros despertó a don Demetrio, que se alzó acalambado, dolorido de su violenta posición.

Un tape, peón del almacén de Benedito, espantaba los canes:

—¡Ya! ¡disgraciaus! ¡Juera, perros! y preguntaba a gritos:

—¿No me lu han visto a don Fidel?

El gaucho lo miró como si no entendiera la interrogación.

El mensajero repitió y completó su recado:

—Manda decir mi patrón, el bo-lichero don Benedito, si no me lu ha visto a don Fidel.

ta, medio echado sobre su petizo lo miraba, lo miraba, lo miraba, hasta que se resolvió, despacito, a dar vuelta su cabalgadura y alejarse, no sin antes, para llevar la conciencia tranquila de haber cumplido con su deber, volver a preguntar y esta vez a gritos, como si se las viera con un sordo:

AMISTAD, CARIDAD.

Si quieres conocer la firmeza de una amistad, pídele un sacrificio al amigo.

La amistad está a prueba de favores, pero no a prueba de sacrificios. Puede imponerse alguna molestia insignificante para demostrar que permanece viva, pero no traspasa este límite.

La amistad verdadera, hasta la abnegación, hasta la renunciación, sólo la sienten los perros.

Un amigo es un ser que se niega en bien de los demás, y el hombre generalmente se afirma en contra de los demás.

Cuando hace los favores, los hace con su cuenta y razón, esperando "la vuelta". Ni aún la limosna es desinteresada. Con ella, por lo común, se aspira a convertir al prójimo en siervo. No se da; se impone como un yugo. El dadivoso no se entrega; en cambio, el socorrido abdica su personalidad bajo la servidumbre de la necesidad.

Dios es el gran limosnero. Después de otorgarnos como una esclavitud la limosna de la vida, nos otorga como un rescate la limosna de la muerte.

Somos caritativos, no por deber, sino por ostentación; no porque compadezcamos a nuestros semejantes, sino porque nos amamos demasiado a nosotros mismos y buscamos en la dádiva un título más de imposición y de orgullo.

La caridad verdadera, profunda, es el lujo que gasta la aristocracia de las grandes almas, llenas de Dios.

Nada tiene que ver con el sentimiento religioso que, llevado a sus últimas consecuencias, nos aparta de las criaturas. Los fanáticos son secos y egoístas porque más acá de "su Dios" no ven al hombre.

La caridad es la amistad universalizada, vivificada en obras, convertida en culto humano.

Si somos "amigos", seremos caritativos. Abriremos la mano después de haber abierto el corazón.

Yo no tengo amigos, ni creo en ellos; pero soy amigo de todos.

Porque soy capaz de caridad.

La caridad cristiana se llamó primero Jesucristo, más tarde Francisco de Asís.

No basta amar se necesita "ser el amor", como ellos lo fueron.

Francisco GONZALEZ DIAZ.

—¿El gringuito barbero?

—Sí señor...

Absorvieron al gaucho sus pensamientos y sus reflexiones:

—¡Caray! v-i-a tener que dir a decirle algo al comisario... En una d'esas mi agarran. ¿Nu habrá ido Fausta ya?

Corrían los minutos y el indiecito, cansado de esperar una respues-

—¿No me lo ha visto a don Fidelito?

...

Cual si necesitase una prueba concreta de la tragedia, que no reconstruía sino entre vaguedades de niebla, se acercó con precaución a la pieza de Fausta y miró, miró con lástima al pobre mozo.

Lo miró con lástima como si no hubiese sido él quien lo asesinara

El sudor de las axilas

es un problema que preocupa y muy especialmente al mundo femenino. La secreción de sudor inutiliza los trajes más suntuosos a pesar del empleo de las sobaqueras, constituyendo una verdadera dificultad la selección de un traje para una circunstancia determinada. Espolvoreándose diariamente con Polvo Vasenol Anti-sudoral, obtendrá disminución de la transpiración y eliminación del mal olor. En todo caso, siempre debe usted evitar remedios líquidos que curten demasiado el cutis, lo secan, cierran los poros y producen un escozor molesto. Venta en farmacias, droguerías y perfumerías.

o cual si el hecho obedeciera a un mandato ineludible, a una fatalidad.

Buscó algo en torno al difunto.

—¿Y la vela?

—No la había encendido él, anoche?

Antes de ir por una, en cristiano deber, sacó de su bolsillo un pañuelo y tapó el rostro del difunto sobre el cual zumbaban los moscas verdes.

Dentro se sintieron unos gritos horribles, unos alaridos de dolor y llegó a sus oídos el reclamo:

—¡Demetrio! ¡Demetrio! de su patrona.

El corrió, con su cabeza siempre llena de vaguedad.

En la semiluz de la habitación descubrió a su mujer que, en el lecho, trataba de contener a Marcela que se retorció de dolor y chillaba atenzada por las ansias del parto.

—¡Pronto, viejo, and'a buscar la partera!

El salió como loco.

Enfrenó el malacara, lo saltó en pelo y animándolo, taloneándolo, lo incitó a la carrera.

No estaba lejos el rancho de la comadrona.

El la previno de golpe, como si le saliese una sola frase de la boca:

—¡La hija sale de cuidau, corra, Doña!

—Y ¿cómo?, preguntó la parda, pesada y vejancina.

—Monte en mi caballo q'es una oveja.

Ella titubeó, aún chupando su mate dulce.

El se lo tomó de la mano, rrimó un cajón y la alzó con un esfuerzo que lo hizo gemir de ansia.

La paisana, ya a horcajadas, con las faldas revueltas, al aire las pantorrillas amorelladas, rió, pero, decidida, cerró piernas y partió al trote largo.

El trató de correrle un poco al lado y, como si dudara de no llegar a tiempo, quizá temiendo que el comisario saliese a cortarle el paso, le recomendó:

—¡Si es machito, doña Nora, si es varón, que le pongan Fidelito!

Aquello lo conmovió.

Le nació en el alma, y se la llenó toda como una burbuja dulce y dolorosa, una especie de ola de ternura.

¡Fidelito! ¡Su nieto!

Y ya le pareció verlo tocando la guitarra, cantando, ladino, buen mozo y diablo...

Engañando muchachas...

—¡Qué diantre!

Después de llamar discretamente a la puerta, uno de los enfermeros del manicomio entró en el gabinete donde el doctor Marlis se hallaba catalogando algunas observaciones sobre sus enfermos.

—Doctor — anunció el enfermero, — el número 18..., ése tal Neves, insiste en decir que necesita hablar con usted.

—¿Neves? — exclamó el doctor sorprendido. — ¡Pero si está loco! Usted debe de ser víctima de un error.

—No, doctor — insistió el enfermero con voz que denotaba la sorpresa de que él mismo estaba poseído. — Es el propio Neves quien desea hablarle; el enfermo que no dice una palabra desde hace cinco años y al que tenemos que vestir y desnudar como a un niño.

El médico se encogió de hombros. Un demente es para un alienista un muerto al que la ciega ferocidad del mal que lo ha herido ha dejado, como por ironía, sólo la apariencia de la vida.

Y aquella especie de muerto deseaba hablarle.

El llamado Neves entró, conducido por el enfermero. Sus pies parecían no querer obedecerle; pero él quería caminar... Y he aquí el hecho increíble: ¡un demente jamás ha querido cosa alguna!

El pobre hombre se dejó caer en una butaca murmurando:

—¡Qué horas tan terribles he pasado!

De pronto pareció querer expresar alguna otra idea, y después de grandes esfuerzos pudo decir:

—Mi esposa... Avisenla.

¡De modo que aquel despojo humano había conservado la memoria durante cinco años y había asistido a su envilecimiento! ¡Cómo podía ocurrir semejante cosa con un enfermo que habían calificado de incurable? Porque a la vista de lo ocurrido era indudable que el diagnóstico era equivocado. Y el doctor Marlis no salía de su asombro.

Neves fué tranquilizándose poco a poco, hasta recobrar por completo el uso de la palabra.

—Yo — dijo — he pensado siempre cuerdamente y no he estado loco. Eran los miembros los que no me obedecían. No podía mover ni el dedo meñique ni la punta de la lengua. Pero he razonado siempre como antes y como razono ahora... Pero supongo que mi esposa estará a punto de llegar, porque le habrán avisado que estoy restablecido, ¿verdad?

Pero su mujer no llegaba. Había abandonado su domicilio sin dejar ninguna dirección, y por eso la carta de la Administración del manicomio había sido devuelta.

Al saberlo el doctor Marlis inclinó la cabeza tristemente.

—Esto estaba previsto — pensó. — Se habrá formado una nueva existencia. Hacía cinco años que su marido había sido incripto y clasificado como enfermo incurable.

Entre tanto, Neves vivía en una completa borrachera de felicidad, pensando que había vuelto a ser un hombre como todos los demás; pero poco a poco empezó a invadirlo un vago temor: el de no ser lo bastante fuerte para afrontar la vida.

Un domingo pidió permiso para salir de paseo.

—Iré a mi antiguo barrio — se dijo — y tal vez allí puedan decirme adónde se ha ido mi mujer. ¡Ah, si pudiera encontrarla, cambia-

ría mi situación!

Una fría, pero hermosa mañana de invierno, salió del manico-

del Banco Oriental, antes de que lo declararan loco.

Llegó a la calle Chabrol y se detuvo ante la vieja casa que había

EL DEMENTE

Por Pedro Mille



Correspondiendo al favor que se nos ha dispensado durante el año que termina

ESTAMOS OBSEQUIANDO

a todo comprador por una suma no menor de \$ 5.- en efectivo, con un elegante frasco de cristal, conteniendo exquisitos perfumes

de la conocida y acreditada **De Nicolo** perfumería finísimos productos

cuyo precio es de \$ 5.- el frasco

ES DECIR:

¡VD. COMPRA GRATIS!

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

mio. Sus mismos pasos, al resonar sobre la acera, le sorprendieron y a la vez le alegraron. Pensó en los años en que había sido empleado

habitado. Anselmito, el hijo de la portera, hacía sus deberes de clase, vigilando desde su cuchitril la puerta de entrada.

NOBLEZA DE ESPIRITU

Douglas, en la batalla de Bannockburn, viendo a Randolph, su rival, a punto de ser destruido por el número de sus enemigos, se apresuró a correr en su ayuda. Pero al aproximarse vió que Randolph y su tropa volvían a tomar la ventaja, y exclamó:

—Amigos ¡parémonos! Hemos llegado demasiado tarde para ayudarles; no disminuyamos el mérito de su victoria afectando querer participar de ella.

Samuel SMILES.

Neves se le acercó.

—¿No me reconoces, Anselmo? ¿No e acuerdas de Neves?

El muchacho, que no recordaba la fisonomía del antiguo inquilino, pero que había oído hablar tantas veces del loco, se levantó de un salto, clavó sus ojos despa- vantó de un salto, clavó sus ojos despavoridos en la cara del recién llegado y echó a correr escaleras arriba, gritando:

—¡Mamá, ha vuelto el loco!

Sin esperar más, Neves salió de allí, inclinando la cabeza. ¿A qué insistir? Nadie le habría dado una respuesta verdadera... El seguía siendo para todos un loco.

De pronto se acordó de su viejo colega Houdet. Aquél era un verdadero amigo, que había ido a visitarlo con frecuencia al asilo. Se encaminó a su casa.

El viejo compañero estaba almorzando con su esposa. La presencia de Neves pareció aturdirlo, y sin duda por la emoción del momento no pensó en ofrecer a su amigo un sitio en la mesa.

La señora Houdet, que ni siquiera había contestado a su saludo, fué rápidamente a abrir la puerta que daba al rellano, con la intención, sin duda, de hacer más fácil una llamada de socorro.

Su marido, entre tanto, explicaba que ahora estaba pensionado.

—Y tú también, amigo mío — prorrumpió luego con tono que quería ser alegre, — serás pronto pensionado... Debes cuidarte, ¿sabes?... poner atención... Uno cree estar curado; pero, luego..., ¡tac!..., el mal vuelve a apoderarse de nosotros...

—¿Has visto a Luisa? — preguntó bruscamente Neves.

No; no sabía completamente nada acerca de la señora Neves. ¿En cinco años pueden suceder tantas cosas!... Lo principal era que él no pensase en todas esas miserias. Nada de disgustos ni de imprudencias.

—¿Pero es que se ha ido con alguno? ¡Dime la verdad!

Pero Houdet nada sabía. ¡Es tan grande París! Y las mujeres son mujeres. Cuando quedan solas...

—¡Adiós, amigo! — le interrumpió Neves.

—¿No aceptas ni siquiera un trago de vino?...

Pero el otro salió sin responder, y se dirigió resueltamente hacia el Sena.

Allí cerca, en la calle Dos Puentes, había una taberna. Neves entró. Pidió un vaso de vino, un tintero y una pluma. Y escribió al doctor Marlis:

"Doctor: Era necesario que viniera a la ciudad para comprender que un loco que cura es semejante a un loco que resucita. El mundo se ha arreglado sin él, y él causa temor y estorba a todos sólo con hablar. Esta es la verdad. Estoy satisfecho, pues, de haber pedido permiso para suicidarme, porque un alienado que se mata en el Hospicio compromete a la Dirección y Administración de éste, que son acusados de no tener suficientes vigilancias. Muchas gracias, señor director, por su bondad hacia mi modesta persona".

Hecho esto, Neves fué a echar la carta en el buzón más próximo a la taberna, y al obscurecer se arrojó en las oscuras aguas del Sena.

A los nueve años John perdió a sus padres y fué a vivir a la casa de su tío Charles. La mujer de Charles tenía el carácter indómito, independiente; mandaba y ordenaba en la casa y no le gustaba que ninguna de las personas que comían a su mesay dormían bajo su techo dejaran de producirla beneficio. Sus dos hijas, Frances y Alice, trabajaban de ocho a seis en una tienda judía; su marido era mecánico, y ella atendía a la casa, cocinaba, lavaba y limpiaba las habitaciones. John era el único que nada producía. Y a la semana de vivir con su tío, Teresa le dijo de muy mal humor:

—Es preciso que vayas buscando en qué ocuparte.

—Tía: ¿qué hago? Yo no sé hacer nada. Soy un niño y necesito ir a la escuela.

—¡Idiota! Vende periódicos. Para eso sólo necesitas de una licencia y nada más.

—Pero tía, eso mismo no lo sé hacer.

—¡Idiota! repitió la tía Teresa, haciendo una mueca espantosa que puso a temblar, de pies a cabeza, al pobre muchacho.

Sentado en uno de los escalones de la escalera de la casa, se pasó todo el día pensando y lamentándose de su infortunio. Y cuando por la noche llegó su tío del trabajo, le contó todo cuanto Teresa le había dicho. Y el tío, en vez de apoyarle le dijo con altanería:

—Teresa tiene razón, idiota.

Cuando Frances y Alice regresaron, John les contó lo sucedido, y éstas en vez de consolar al huérfano, le dijeron:

—Mamá tiene razón, idiota.

John no durmió esa noche. Aquella palabra "idiota" le sonaba incitante en el oído. Y a la mañana siguiente salió a la calle, y al primera que encontró en la esquina le detuvo y le dijo:

—Señor, ¿qué quiere decir la palabra idiota?

El transeunte miró a John con extrañeza, sonrió y siguió su camino sin contestarle. John se quedó mirando al hombre mal educado y agudó a un policía que venía en dirección hacia él, y le dijo:

—Señor policía, por favor, dígame, ¿qué quiere decir la palabra idiota?

El agente del orden público, un italiano americanizado, miró al muchacho, le dió dos vueltas al palo entre sus manos y le contestó:

—Vaya a la escuela nocturna y lo sabrá.

John interrogó a otras personas más, y ninguna le satisfizo su curiosidad. Todas le miraron con desdén, con criminal indiferencia sajona, y a eso de las doce, a la hora de la comida, regresó a la casa, de puntillas, para no molestar a Teresa que leía en ese momento el "Journal".

Al sentirlo se puso de pie, acudió a su encuentro, y le dijo:

—¿Ya conseguiste trabajo, idiota?

—Por Dios, tía, ¿qué quiere usted decir llamándome idiota a cada momento?

—Ve a trabajar y no me oirás decirte más idiota.

John pensó: Idiota quiere decir ocioso. El que no trabaja es un idiota. Y salió a la calle y recogió dos periódicos viejos que volaban por la acera de su casa, los dobló, se los puso debajo del brazo y al primero que pasó le dijo:

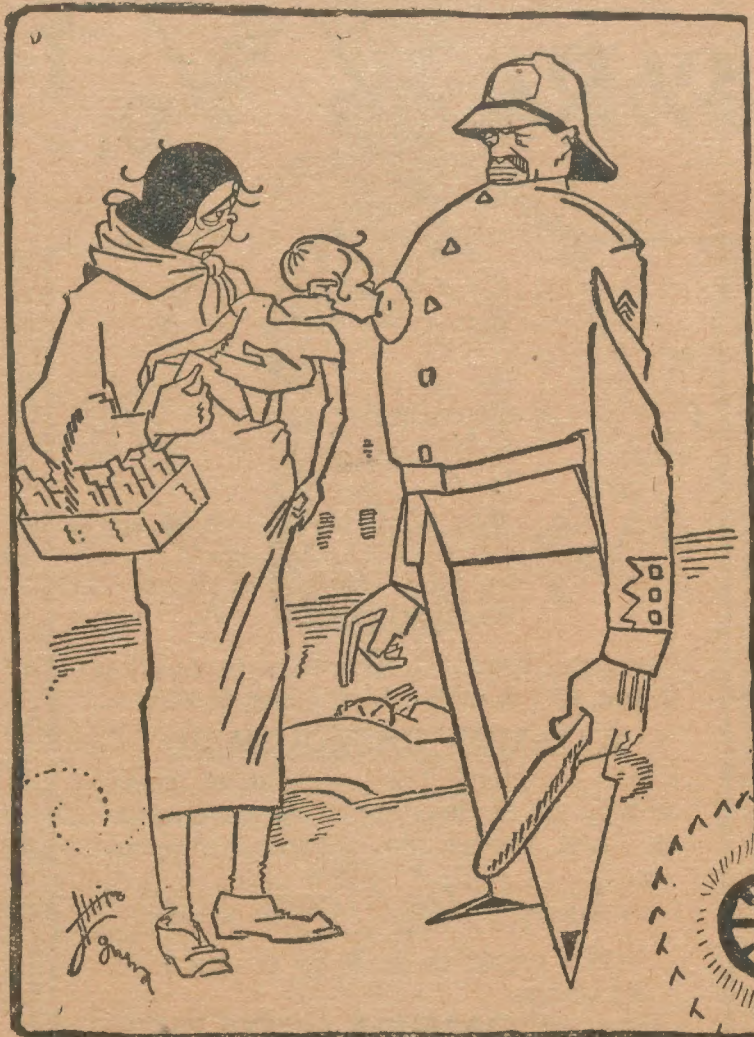
EL IDIOTA

Por Manuel F. Cestero

—Cómprame un periódico, señor, que no quiero ser idiota.

—Idiota sería yo si te lo comprara. ¿No ves que son periódicos de ayer?

John se quedó parado en la acera sin decir palabra. Su confusión ahora no tenía límites. Idiota quería decir algo más. El que no se dejaba engañar no era idiota. Pero el que trataba de engañar a otro



EL VIGILANTE. — ¿A la gota de leche? ¡Por aquí va usted pero que muy mal!

LOS OFICIOS

Damos este nombre a toda profesión que exige el empleo de las manos, y que se limita a un cierto número de operaciones mecánicas, que tienen por fin una misma obra, que el obrero repite sin cesar.

Yo no sé por qué se agrega la idea de servir a esta palabra. De los oficios es de donde obtenemos todas las cosas necesarias a la vida. Aquel que se tomara el trabajo de recorrer los talleres observaría la utilidad junto a las más altas pruebas de sagacidad. La antigüedad hizo dioses de aquellos que inventaron oficios; los siglos siguientes han arrojado en el lodo a los que los han perfeccionado. Yo dejo a las personas que tengan algún principio de equidad juzgar si es razón o prejuicio lo que nos hace mirar con gesto tan desdeñoso, hombres tan esenciales. El poeta, el filósofo, el orador, el ministro, el guerrero, el héroe vivirían desnudos y faltos de pan sin los artesanos, el objeto de su desprecio cruel.

DIDEROT.

era idiota. A una vieja que le pasó cerca, le dijo:

—Buena vieja, hágame el favor de explicarme qué quiere decir idiota.

—Muchacho, yo ando de prisa, y no estoy para explicaciones.

Unos niños de la misma edad de John dirigíanse en ese instante a la escuela con sus libros debajo del brazo. John detuvo a uno que le pareció el mayor, y le dijo:

—¿Qué quiere decir idiota?

—Un imbécil como tú.

Y siguió riéndose de John.

Idiota... idiota... imbécil... El que no trabaja es idiota, y el que no compra periódicos usados no es idiota. Con estas palabras en la cabeza, que le daban vueltas y revueltas, John volvió a la casa a la hora de la cena.

—Para eso no eres idiota — le dijo Teresa al verle llegar en el preciso instante en que toda la familia se sentaba a la mesa. Y John pensó: El que está a tiempo a la hora de la cena no es idiota. Y saludando a su tío le dijo:

—Tío, ¿qué quiere decir idiota?

El tío no podía definir la palabra. No lo sabía. Y se valió de un ejemplo.

Las hijas y Teresa no le dejaron terminar y le cortaron la palabra con esta frase:

—Dígame que un idiota es algo así como él.

—Desde ayer en la mañana está este tonto con eso, en lugar de buscar qué hacer. Ya tiene diez años. A tu edad todos los muchachos americanos producen dinero — dijo Teresa de mal humor. — Los demás callaron y cenaron.

John no pegó los ojos esa noche. Una tristeza sin nombre se apacentó en su alma. Y resolvió huir de la casa a la mañana siguiente. Se levantó a las cinco. Recogió sus ropitas, las hizo un lío y salió a la calle. Caminó mucho, llegó a una de los muelles de Brooklyn, extenuado. Se metió en una barca pescadora. Dijo al capitán que él era huérfano de padre y madre, que le hiciera la caridad de darle trabajo a bordo, que le enseñara a hacer algo a cambio de la comida y de un lugar para dormir. El bondadoso pescador pasó sus manos por la cabeza de John y conduciéndole a popa, le dijo:

—Si no eres idiota podrás ganar conmigo algo más de lo que pides. Mira estas redes. Son para pescar peces en aguas bravas. No te marees, mantente firme, haz lo que te mande y serás un buen muchacho.

John tembló al oírle al capitán la palabra idiota. Se sintió poseído de un miedo terrible y no pudo pronunciar una sola palabra.

La barca se hizo a la mar. El capitán llamó a John para que tendiese las redes. John seguía al dedillo los movimientos del capitán. Lo que él hacía con otras redes trató John de imitarlo; pero hubo un instante en que al soplar fuerte el viento vaciló, y las redes estuvieron a punto de perderse en el agua. El capitán gritó:

—Idiota, ¿qué haces?

John perdió por completo el sentido al oírle repetir la palabra horrible, y dando dos tumbos perdió el equilibrio y se cayó en el agua. El capitán acudió en su auxilio, pero todo fué tarde: una mancha de sangre flotó por encima de las aguas, tiñéndolas de rojo escarlata.

La última gaviota

Como una franja tenebrosa, rota del manto de la tarde en rauda vuelo se esfuma la bandada por el cielo buscando, acaso, una ribera ignota.

Detrás, muy lejos, sigue una gaviota que con creciente y pertinaz anhelo va de la soledad rasgando el velo por alcanzar la banda ya remota.

De la tarde surgió la casta estrella y halló, siempre volando, a la olvidada de la rauda patrulla tras la huella.

Historia de mi vida compendiada! porque yo soy, cual gaviota aquella ave dejada atrás por la bandada.

Ricardo MIRO

Había sido aguantador el rubio

Por Rómulo F. Rossi

El Coronel don Paulino Amaro que llegó a ser uno de los hombres de mayor confianza del General don Máximo Tajes, fué en sus mocedades un gaucha temible por su valor.

Con calzoncillo cribao, bota de potro, nazarenas, chiripá y la vincha para impedir que su larga melena se le fuera a los ojos, don Paulino "sentaba el garrañón donde cuadraba".

Avido de renombre cuando era adolescente casi, — recorría la campaña del Departamento de Entre Ríos, cuando volvió en alguna ocasión, a una pulpería en donde se encontró con un grupo de gauchos que rodeaban respetuosos a un negro muy mentado por su carácter penitenciario, conocido por el apodo o apodo de Mongoy.

Por entonces era costumbre preparar camorra a un forastero que llegara a un negocio, en la forma que se hizo con Amaro.

— Güenas tardes, paisanos...

— Güenas... ¿Ta de viaje?

— Ansina es...

— ¡Sírvese de una copa, terció con altanería Mongoy!

— Gracias, no tomo...

— ¡Qué nu ha de tomar...!

— He dicho que no tomo.

— Entonce... ¡pague!

— Tampoco pago. Ni l'uno ni l'otro.

— Entonce — repitió el provocador, — sabrá peliar...

— ¡Eso sí, sé hacer! ¿ve?

— ¿Vamo pa juera?

— Vamo.

Y allí, frente a la reja del boliche, los gauchos espectadores armaron rueda a los contendientes que había sacado a relucir ya, sus largos y filosos facones.

— ¿Vos no me gambetearás? — preguntó con sorna el moreno.

— Eso se deja pa los maulas como vos!

— Ta bien, aparcero. Entonce vamos a asegurarno los dos. No hay que enojarse por tan poca cosa!...

Y dirigiéndose al dueño del negocio gritó:

— ¡Pulpero! ¡Tráigame un pañuelo grande de bordado, que sea fuerte.

Entregado el pañuelo, Mongoy indicó a su

contrario que se pusiera bien enfrente y que adelantara la pierna izquierda hasta juntarla con la suya del mismo lugar.

— ¡Vamo a atarño pa coserno mejó a puñalada...!

Terminada la operación y después de mirar fijamente a Paulino que estaba realmente hermoso con su cabello de largas guedejas rubias y con la mirada azul de sus ojos vivaces, le preguntó:

— ¿Empezamo?

— No; esperá un poco, tizón.

— ¡Pulpero, — gritó a su vez. — Tráigame un pañuelo más grande y más fuerte que el que le trajo a éste, que el gasto se lo voy a pagar antes de que comence la junción.

Y cuando trajeron el pañuelo, el negro preguntó asombrado:

— ¡Güé!... ¿Pa qué es este otro?

— Pa asegurarte mejor. El tuyo dió pa una

güelta nomás. A este le voy a dar dos y mejor anudado que el otro, pa que no zafe.

El moreno Mongoy vió que "se había topado esta vez con el hocón del medio"; y extendiendo la mano a Amaro, le dijo:

— Quiero ser tu amigo, porque sos guapo; — a la vez que, desatando su pañuelo y dirigiéndose a los contertulios que no salían de su asombro ante tamaña aflojada, agregó con cierto dejo de amargura, que en vano quiso disimular:

— ¡Había sido aguantador el rubio!

En el cielo gaucha de la campaña de Treinta y Tres, se inició desde ese momento el eclipse de la fama de bravo, de un gaucha negro, mientras que al Sur refulgía el brillo de un nuevo astro del facón, en la persona del rubio Paulino Amaro, que con el correr de los años habría de ser valeroso jefe de caballería.

Montevideo, noviembre de 1927.



Parece un sueño!..

Cuando nació, bebé era pequeño, muy pequeño; no constituía, ciertamente, un modelo de salud y robustez.

Pero el cariño y celo de mamita, unidos a la valiosa contribución de la Malta Palermo, hicieron el milagro. Día a día el seno materno, abundante y riquísimo en valores nutritivos gracias a la Malta Palermo, fué dotando al bebé de una salud a toda prueba hasta tornarlo en lo que hoy es: un fresco pimpollo, hermoso y robusto.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS.

CERVECERIA PALERMO S. A.
BUENOS AIRES

Visite la Exposición
Permanente de la
Industria Argentina,
Av. de Mayo 1153.



Publ. P. A. Weber

Historia frívola

Por Sheila Kavanag

Aquella mañana en que el *Daily Standard* publicaba la sensacional noticia de la demanda presentada por Olga Merinoff en mi contra, por rompimiento de compromiso matrimonial, el tío Ricardo, al otro extremo de la mesa, mientras tomaba el desayuno, me lanzó por encima del periódico que temblaba en sus manos, una mirada furiosa.

—Y bien — dijo mi tío sacudiendo la hoja con cólera — ¿qué puedes decir para disculparte?

—Buenos días, tío — respondí de muy buen humor.

Mi tío saltó en su asiento.

—Pepe, eres un asno. ¡En buena te has metido!

—¡Oh, tío! — protesté. — Aunque no estoy particularmente contento, su lenguaje es demasiado fuerte para comenzar esta mañana, considerando lo vacío de mi estómago. ¿No he alimentado como es debido al canario? ¿Algún error en la correspondencia de ayer?

Ordinariamente, esto hubiera bastado para mejorar el humor de tío Ricardo, que a menudo despertaba de malas pulgas. Pero esta vez, sin contestarme y frunciendo aún más el ceño, se limitó a colocar delante de mí el periódico, ceremoniosamente, señalando con dedo inflexible una gaceta bajo la cual estaba el retrato de Olga.

—Es difícil adular a Olga — dije. —Ella detesta, especialmente, esta clase de fotografías en los periódicos...

El tío Ricardo gruñó desesperadamente. No hagas el tonto ni eludas con tanta frescura el asunto. ¿Quieres leer?

—Claro que sí — respondí después de recorrer el párrafo. — Recuerdo que alguna vez dije a Olga: "vida de mi vida", "corazoncito mío" y otras tonterías por el estilo, por lo cual ella, no satisfecha con las galanterías, me exige ahora cincuenta mil dólares de indemnización por ruptura de compromiso matrimonial. ¡Vaya un descaro!

—¡Descaro, sin duda! — tronó mi tío. — ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Es cierto lo que ella dice?

—De ninguna manera, tío. No es posible. ¡Cincuenta mil dólares! ¿De dónde se imagina que voy a sacarlos?

—¿Dónde? No supongo que te atrevas a pensar en mí para ello. Ni un solo centavo saldrá de mi bolsillo. ¿Entiendes? Si no sabes hacer otra cosa de más provecho que comprometerte con segundas tiple, arréglate como puedas por tí mismo y sufre las consecuencias...

—No te estoy pidiendo nada, me parece, tío Ricardo. Lo que necesito de tí es tacto y tu buen consejo. Este es un asunto muy serio.

—¿Eso crees? ¿Y cómo quieres, entonces, que te ayude? — inquirió mi tío con voz más dulcificada, a pesar suyo.

Fué cosa de unos cuantos minutos convencer al buen viejo de que debía conferenciar con Olga Merinoff para que la interesada chica consintiera en dejarme en paz. Ha-

blé largamente de la reconocida habilidad oratoria de mi tío, de su elocuencia irresistible. Luego, maliciosamente, deslicé la posibilidad de un amable té con la chica, mientras se discutía el asunto. En fin, eché el resto, y logré que aceptara.

—Podrá verla después de la función vespertina, tío — dije con perfecto conocimiento de Olga y sus costumbres. — Se congratulará de estar contigo unos momentos. Es la tiple que aparece siempre con un pijama rosa en el primer acto...

es muy impertinente. Eres — perdóname que te lo diga — un idiota. Y a más de ello, un belitre y un pícaro.

—Pepe — continuó — has obrado sin corazón y sin conciencia, y no me gusta el término que has empleado para referirte a esa desgraciada joven...

—¡Buena broma, tío! — reí creyendo comprender. — Por un momento creí que hablabas en serio.

Pero no asomé ninguna sonrisa en su rostro infantil. En cambio:

—Tu conducta presente, muy distinta de la que yo esperaba, me apena — dijo. — Temo que no tengas enmienda. No tengo cólera ni rencor en contra tuya, y me alegro poder decirte que la señorita Merinoff ha consentido en retirar su demanda. Ha demostrado un corazón verdaderamente noble, y yo quisiera que pudiese decirse de tí otro tanto.

—¡Tío Ricardo! — troné no dan-



—Papito. ¿Por qué en el "HIERRO QUINA BISLERI" también hay un león como éste?

—Porque el León es el rey de las selvas, y el "HIERRO QUINA BISLERI" es el rey de los aperitivos.

¿FICCIÓN?

Para ti, diosa de la tarde...

De entre el tupido y bello follaje de esmeralda,
Destácase, soberbio, tu clásico perfil;
La fresca brisa juega con tu impoluta falda
Y el sol nimba tu frente con sus reflejos gualda...
¡Eres estatua vívida de exótico buril.

Todo es aristocrático cabe tu fino estilo,
De donde brota toda la gracia terrenal:
Por tu armonioso cuerpo, por tu mirar tranquilo,
¡Eres la rival única de la Venus de Milo,
Perdida en la campaña de un suelo tropical!

¡Oh, diosa de la tarde! Yo siento que a tu paso
Se hace más puro el aire y el cielo es más azul!
Cuando a la luz policroma del fugitivo ocaso,
Contemplo tus divinas manos de nieve y raso,
Te sueño una sultana fugada de Stambul...

Yo te contemplo absorto, hasta que tu silueta
De eurítmicos contornos escapa a mi visión...
Y, cuando ya no escruta mi espíritu de esteta,
En las intimidades de mi alma de poeta,
Pregúntome si no eres tan solo una ficción!

Leopoldo REVUELTA.

FALLA (Camagüey), Cuba, octubre 1927.

Esa misma tarde, mientras mi tío se disponía a salir rumbo al teatro, le di mis últimas instrucciones, con unas cuantas palmaditas en la espalda.

—Maneja bien el auto, tío. No temas hablarle autoritariamente. Eso le gusta. Que tengas buena suerte...

Del éxito que obtuvo me convencí ampliamente a la siguiente mañana, a la hora del almuerzo. Muy respetable, muy digno, con un gesto de reproche en su cara rechoncha y colorada, mi tío comía en silencio.

—Y bien — dije cariñosamente. — ¿Cómo te fué, tío? ¿Lograste convencer a esa señorita con tu elocuencia? ¿Ha vuelto a la razón la segunda tiple?

—Pepe — respondió mi tío — esa ligera manera de expresarte

do crédito a mis oídos. — ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, señor, que sólo el buen natural de esa joven ha salvado a usted de las serias consecuencias de su inaudito comportamiento. Y no quiero hablar más. Es bastante.

Y se encaminó a su aposento, con la cara roja de indignación.

—¡Buena la he hecho! — dije me. — ¿Pero qué idea la mía, de confiar al tío este asunto? Ya imaginó las lagrimitas de cocodrilo, los suspiros y la actitud inconsolable de Olga escondiendo la faz inocente (inocente, ¿eh?), en el pecho ingenuo del buen hombre, y hablando de mi perfidia y de su desinteresado sacrificio... Merece una paliza... Y luego los denuestos de tío Ricardo... Asno, idiota, pícaro... Tiene razón tío Ricardo.

Aunque menos mal. ¡Pues no es despreciable negocio para ella conquistar al viejo y ascender del rango de corista al de la esposa de Ricardo Delaney!...

Aquella noche fui a ver "La chica del pijama" al teatro. ¡Cuántas veces, antes de ahora, ocupé mi butaca exactamente con el aire satisfecho que mi buen tío mostraba en la suya! Y allí estaba el buen viejo, en primera fila, absorto en contemplar el ondulante perfil de Olga dentro de su provocativo pijama rosa. ¡Y cómo aplaudía!

Después de la representación me paré delante del tío, que con la mano en la portezuela de su limousine esperaba a alguien.

—¡Hola, tío! — exclamé sarcásticamente. — ¿De picos pardos, eh? A tus años... ¿Y cómo te trata esa chiquilla?

—Pepe — respondió dignamente, — otra palabra como esa, al hablar de la señorita Merinoff, y te castigaré como mereces!...

—Yo no hacía otra cosa que cumplimentarte. Cuando dije "chiquilla", no añadí, ciertamente, con el desdén que tú ayer "segunda tiple". Eres tú quien me ha enseñado esa expresión...

Mi tío no tuvo tiempo para contestar. En aquel momento llegó la actriz.

—Buenas tardes, Olga — saludé sencillamente.

Volví hacia mí sus ojos, en los que comenzaban a brillar las lágrimas.

—Ricardito — dijo en voz baja al viejo. — Ricardito, ¿cómo es que has permitido que venga contigo tu sobrino?

Y se desmayó en los brazos de tío Ricardo, que estrechaba en ellos aquel cuerpecito, sacudido por los sollozos.

El la introdujo cuidadosamente en el auto.

—Yo no lo traje, Olga — protestó. — No llores, querida. Y tras una mirada furibunda cerró la puerta en mis narices y ordenó arrancar.

Sólo, en la acera, me quedé pensando:

—Ya verás, tío de mi alma, lo que te cuesta tu compasión. Estoy creyendo ya que cincuenta mil dólares era poco dinero...

Ese fué mi primero y feliz debut como profeta, y la profecía se

materializó antes de lo que yo esperaba.

Dos semanas después, exactamente antes del desayuno, me expliqué la causa del silencio del tío durante largos quince días. Otra vez fué el periódico el conducto.

—Bien, tío — dije cuando llegó a la mesa y ocupó su asiento acostumbrado. — ¿Cuándo es la boda?

—¿Cómo dices? ¿Crees que soy un imbécil? A mis años...

Soy demasiado político para haberle expresado mis pensamientos al desnudo y me contenté con replicar:

—¿Esas tenemos? ¿Así es que has estado jugando, solamente, con los sentimientos de una joven inocente? Eres, por lo tanto, una amenaza para la sociedad. En suma, ya estoy creyendo que tú también eres un pícaro y un belitre...

Sin poder contenerse, gritó:

—¡Al diablo la joven inocente!

—Tío Ricardo — reproché con dignidad — tu lenguaje es impertinente. No puedo permitir ese tono cuando hables de la señorita Merinoff...

—Mira, Pepe, estás ya en edad de ocuparte de tus propios asuntos y dejar los míos. ¿Entiendes?

La cara de mi tío estaba congestionada por la cólera.

—Seguramente, tío — contesté. — Pero no creo hacer nada malo al preguntarte cuándo es la boda. ¿Pronto?

—Absolutamente. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

—No te excites. Creo comprender lo que pasa. Esperas que Olga consienta en aceptar tu mano...

—¿Qué no, digo, idiota! Préstame el periódico y cállate la boca...

—Entonces — insistí — lo que sucede es que has engañado miserablemente a esa joven. ¿Le ofreciste casarte con ella? ¿Ella te lo insinuó?

—¿De ninguna manera! Nada de eso le he dicho. Mis sentimientos hacia Olga son solamente paternales...

—¿Y cómo te explicas este suelto en el periódico? — Ahora me tocaba colocar cuidadosamente el periódico, señalándole una gaceti-lla. Y luego me coloqué cerca de la puerta, esperando una explosión. No se hizo esperar.

—¿Qué es esto?, ¿qué es esto? — balbuceó buscando en sus bolsillos, tembloroso, los espejuelos. Y cuando quedaron confortablemente colocados sobre la nariz:

—¡Cómo! En el periódico! ¡Y mi reputación! ¡Oh!

—Eso quiere decir—afirmé severamente—que Olga Merinoff ha presentado demanda contra Ricardo Delaney por ruptura de compromiso matrimonial y exige cien mil dólares de indemnización...

—Y ahora, ¿qué hago?—acertó a decir, lívido de indignación y desconsuelo.

Me compadecí del pobre viejo y concedí:

—Tranquilízate... ¡Cien mil dólares! A esta chica le parece tan fácil obtener cien mil dólares, como comprar un sombrero de unos noventa y nueve...

—¡Cien mil dólares!, rezongaba mi tío, desesperado.

Y el temor de reembolsarlos le dejó sin palabras. No es que mi tío fuese tacaño; por el contrario, era bien generoso, pero... ¡cien mil dólares!...

Reinó el silencio en el amplio comedor. Afuera, el sol brillaba en el jardín. Preocupado, lancé una mirada distraída y una inspiración

rápida cruzó con el deslumbramiento de un relámpago por mi cerebro. Afuera iba y venía Angelo, nuestro jardinero, un italiano, presuntuoso y guapo. Era ciertamente un hombre bello y no estaría mal de Adonis. El lo sabía, por lo demás, y lo hacía valer con las doncellas de las casas vecinas. En suma, un perfecto espécimen de la raza latina.

—Tío—dije.—Se me ocurre una idea para sacarte del atolladero...

—¿A ti? ¿Y cómo?

—Si quisieras darle a Olga...

Pepe—me interrumpió.—Ni un solo centavo. Sólo oír hablar de ella me es desagradable...

Sin replicar una palabra, me limité a mostrarle a Angelo, que iba y venía por el jardín.

—¿No te parece bastante todavía una rusa? ¿Qué quieres que haga ahora con un jardinero italiano?

Y le expliqué lenta laboriosamente, interrumpido con frecuencia por

sus exclamaciones:

—Angelo es el tipo de hombre por el cual se perecen las mujeres —dije.—Puedes comprobarlo si observas a Sarah, la doncella, cada vez que echa la vista encima. Pon a Angelo dentro de un correcto traje de noche, preséntalo a Olga como un conde italiano, y está hecho.

—¿Quieres decir que Olga se enamorará de él?

—Tienes una maravillosa perspicacia. Eso quiero decir, exactamente. A más de que entonces retirará su demanda y tus cien mil dólares se quedarán en tu libreta de cheques...

—No lo creo... (Debo advertir que mi tío se juzgaba un Don Juan, y el verse desbancado por su jardinero no le complacía mucho).

—Cien mil dólares — continuó pensativamente — cien mil dólares...

No son gran cosa para un con-

de italiano — me apresuré a contestar.

—Bueno; probemos,—dijo.

Corrí hacia Angelo, y después de algunos minutos de búsqueda lo encontré sumido en éxtasis ante las rojas medias de una moza campesina que pasaba del otro lado de la verja.

—Buena pieza, exclamó, familiarmente.

—¿Le gustan las mujeres, eh, Angelo?

Su cara reveló un entusiasmo momentáneo, pero movió luego la cabeza con tristeza. Yo quedé desconcertado. No esperaba eso. Pero, firme en mi idea, continué con tacto:

—¿Pero no prefieres algunos miles de dólares?

Verdaderamente no se puede hablar con esa gente. ¡Qué transportes los suyos! ¡Qué exuberancia meridional! Me echó ambos brazos al cuello y me cubrió; me cubrió

- La Señorita "Doremifá"

Mi Profesora de piano —agrega Pepita— Se llama Dorotea, pero a mi me suena mejor decirle "Señorita Doremifá." Es toda paciencia y dulzura. Papá dice, viéndola tan suave, que ella nació "con el pedal puesto." Se susurra que ha sido muy desgraciada y ha tenido muchos engaños amorosos. Pero ella echa eso a broma. El otro día, cuando alguien le preguntó porqué no se había casado, contestó sonriendo: "Es que aunque yo sé mucho de escalas, nunca he logrado dar el 'sí'."

COMO todos los que cumplen la noble tarea de enseñar y abusan por ello de su cerebro, de sus nervios y de sus ojos, la Señorita "Doremifá" sufre a veces de jaquecas y dolores de cabeza, con agotamiento nervioso y malestar. Pero ella se ríe también de eso, porque con dos tabletas de

CAFIASPIRINA

queda completamente aliviada y recobra todas sus energías. A ello se debe el que en su saquito lleve siempre un tubo de Cafiaspirina. "Esto, dice usando sus términos musicales, es lo que me conserva 'en tono' y no me deja 'perder el compás.'"

La CAFIASPIRINA es la mejor defensa contra los dolores de cabeza, muelas y oído; las jaquecas; las neuralgias y las consecuencias del excesivo trabajo mental, las trasnochadas, o los abusos alcohólicos. Levanta las fuerzas y NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.



Respetable público: La próxima vez, voy a tener el honor de presentarles nada menos que al hombre feliz a quien le tocó la dicha de tenerme en sus brazos cuando me echaron el agua y la sal.

"PEPITA."

materialmente de besos a la más pura manera italiana.

Explicué lo que de él deseaba y pregunté:

—¿Qué piensas de eso, Angelo?

—Conforme — respondió. — Sólo que, ¿sabe usted?, no me gustan las rubias...

—No sabes lo que dices. Es la mujer más guapa que hayas visto en tu vida. ¡Qué ojos! ¡Qué pelo suave y sedoso!... Y, por otra parte, piensa en que te ganas unos miles de dólares... Una rusa en pijama rosa...

—Bueno. ¿Cuándo debo empezar?

Estos italianos tienen prontas determinaciones...

—Pero no olvides mis instrucciones. Debes procurar, ante todo, que Olga retire su demanda. Esto es lo más importante.

—Perfectamente.

Regresé radiante al lado de tío Ricardo.

—Todo está arreglado — le dije, — Puedes descansar tranquilo...

—Tengo mis dudas, ¿sabes? El asunto me parece muy difícil... pero, en fin, lo dejo en tus manos...

—All right. Déjalo a Angelo y a mí. Ya verás el aspecto de tu jardín dentro de su smoking.

Algo dieran muchos miembros de familias reales por presentar el admirable golpe de vista de Angelo. Tal parecía que nunca en su vida había usado otro traje que el de etiqueta. Creo que, desde aquel momento, mi tío comenzó a respetar profundamente mi inteligencia. Antes de entonces, ese respeto era nulo. ¡Nadie es profeta en su tierra! Pude observar, además, que demostraba para el pseudoconce de cierta consideración, especialmente cuando éste, muy dentro de su papel, comenzó a tratarnos con el desdén peculiar en gentes "de su clase" cuando hablan con nosotros plebeyos.

Esa comedia "La chica del pijama", es esencial para los viejos verdes. Es lo menos musical posible. Quiero decir con esto que no hay nada particularmente original en cuanto a música, compuesta de repeticiones, de tonadillas oídas hasta la saciedad. Pero son las tipes, las que ofrecen el mayor atractivo, y Olga la más provocativa de todas.

Llegamos al segundo acto, cuando Olga descansaba en el camerino, esperando el acto final, en el que aparecería con todas las coristas. Angelo se mostró realmente condescendiente, consintiendo en juzgar música y actrices.

¡Lástima que no hayamos venido antes, conde Angelo! — dije. — Le hubiera mostrado a Olga en uno de sus mejores números. Pero el final es también soberbio...

Por fin, Olga hizo su aparición. Di a Angelo un ligero golpe en el codo.

—Allí está, mírela — exclamé. Pero Angelo estaba mirando a otra parte. Fíjese bien — añadí — es aquella del pijama rosa...

Nunca, en mis más disparatados sueños, tuve la sensación que experimenté cuando Angelo echó una mirada sobre Olga. Nunca más, tampoco, quisiera oír la tremolina que armó.

—¡Marietta! ¡Marietta!, gritaba

"ESQUINITA DE MI BARRIO" Y LA EMOCION FEMENINA

Con profundo interés leí este volumen de Juan Carlos Welker. Ya conocía algunos poemas de él, — poco en extensión pero bastante en substancia — y se me había agudizado la sed. Hoy puedo decir que "Esquinita de mi barrio" es un libro inolvidable, con mucha emoción propia, de alma n u y grande.

Para nosotras, las mujeres, tiene características especialísimas: es como una ventana abierta hacia un mundo desconocido y quizá, más que desconocido, inimaginable, enteramente distinto en nuestras suposiciones. Los ojos de Welker, puestos en la realidad sin mojigaterías de cartujo ni fruiciones de sensualista, nos dan el espectáculo que jamás hubiéramos podido obtener por nuestra cuenta. El alma del hombre vive más y mejor porque no está apretada por los mil prejuicios suicidas. Y nosotras, nunca tenemos, por su egoísmo, esa pequeña parte teórica que de la vida libre y amplia reclama nuestra curiosidad... La literatura que intenta compensarnos de esa injusticia no nos conforma; no tiene alma, sino órganos sexuales...

Ahora la deuda acaba de cumplirse.

Y con la voluptuosidad de gustar la visión prohibida nos asomamos por "Esquinita de mi barrio" al arrabal polícrono de Montevideo. Pero no lo vemos por fuera sino por dentro: de corazón a corazón. Y nos llenamos de esa tristeza que la ciudad aturdida lanza a los subur-



JUAN CARLOS WELKER
(Apunte de Frangella)

bios para olvidar y creerse feliz.

¡Cuánta miseria que no suponíamos! Y qué desconocida nos era la verdadera psicología de la mujer que sabe decir "te quiero" en todos los idiomas porque ha estado en todos los brazos, y la melancolía de los bares donde se aloja el vicio que hace reunión de números en la tarifa desver-

gonzada! Y qué ajena esa bohemia joven que ambula por las calles que se acercan al mar para que éste les limpie el aire de perfumes exóticos!

Siempre los paisajes sombríos llamaron nuestra atención; habían más al alma cuanto ésta tiene en sí, panoramas de sol y está libre de intoxicaciones. Ayudan a comprender la vida y a acercarse a Dios, ese dios que no quiere rezos y pide en cambio muchas obras de amor social.

"Esquinita de mi barrio", paisaje sombrío, donde canta un amor hecho recuerdo que obliga al poeta a una continua liberación en la tristeza de los barrios sin moral, nos da una hora imborrable con su cariño, con sus imágenes novedosas y bellas, con ese sentimiento de verdadero lirismo que Welker da a sus páginas todas. Desde entonces sabemos lo que es el suburbio y también que hay alguien que anda por esas calles del placer con el corazón del lado izquierdo, en la cavidad del pecho...

Y quedamos agradecidas al poeta por esa visión dolorosa, fuerte, original, pintoresca, tocada de profundo lirismo y, por excepción, hecha poema en unos labios de hombre...

Alicia PORRO FREIRE.

—Pero, ¿quien diablos es Marietta? — pregunté atónito.

Me miró de pies a cabeza y respondió:

—Mi mujer.

Mi tío, severamente increpó a Angelo.

—¡Idiota! Aunque sea tu mujer, eso no es razón para armar este escándalo. ¿Qué hace tu mujer en el teatro?

—¡Voy a matarla!, rugió. Hace cuatro años que me abandonó y la encuentro ahora de corista. ¡Voy a matarla! ¡Me robó el dinero para irse a las tablas! Va a verlo en seguida!

Y echó a correr hacia el camerino. Mi tío, alarmado, lo seguía trabajosamente.

—No te apresures, tío Ricardo — dije para tranquilizarlo. — Estos italianos son así, teatrales, violentos. Ya verás cómo pasado el primer arrebato se calma.

—¿Y si la mata?

Yo sonreí, incrédulo. Angelo apareció por la puerta del escenario arrastrando materialmente a Olga-Marietta.

—¡Infame! — exclamó. — Explicad a estos caballeros por qué voy a matarte!

—Despacio, despacio — intercedía mi tío. — Va usted a lastimarla...

—Eso quiero — tronó el energúmeno. — Ah! ¿Con qué decías que eras rusa? ¡Espera!

Olga no se desconcertó. Le echó los brazos al cuello, y entre sollozos le dijo:

—Oh, Angelo; Angelo querido. Creía que no te volvería a ver. ¿Dónde estabas, "mío caro"?

Angelo comenzaba a calmarse. Pero en un nuevo arrebato, exclamó:

—Nuestros asuntos particulares para después. ¡Dime ahora por qué molestabas a estos caballeros! ¡Responde!

Olga miró hacia nosotros con una mirada muy distinta a sus cariñosas miradas de antes. Y volviendo a abrazar a Angelo:

—¿A estos caballeros? ¡En mi vida los he visto! ¡Esta es la primera vez; te lo juro!

Tuve la sensación de que algo iba a suceder. Pero Angelo, con vez menos firme, volvió a inquirir:

—Mira, Marietta... que si no me dices la verdad...

Ella sollozaba copiosamente.

—¡Ah, mi dulce marido ya no me cree...! En cambio, yo tanto que te he amado y buscado...

Mienten, mienten. Yo nunca los he visto. ¿Por qué persiguen a una pobre mujercita indefensa?

Algo en mi interior me decía que era el momento propicio para hacer mutis. Pero Angelo, volviéndose hacia nosotros, cortó mis intenciones de huida.

—¿Con qué estas tenemos? Entonces son ustedes los embusteros. ¡Me han venido a contar falsas historias de mi Marietta! ¡Esperen! ¡Voy a matarlos!

Pero mi tío Ricardo, ni yo, esperamos. Ustedes no saben lo que son estos italianos. Y después de correr un buen rato, mi tío se detuvo, jadeante...

—¡Se libraron los cien mil dólares! — exclamó. — Y luego murmuró con cierta tristeza: ¡Pobre Angelo!

el conde postizo entre una tempestad de aspavientos.

—De ningún modo — balbuceaba mi tío. — Su nombre es Olga...

—¡Marietta! — repetía Angelo sin atender a razones. Los espectadores comenzaron a darse cuenta de la grotesca escena, y tuvimos que sacal al jardinero, casi en peso, del palco. Ya en el corrillo, comenzaron a acudir, sobresaltados, algunos curiosos.

—No es nada — dije imperativamente. — Es un mal hereditario de la real familia italiana. Dejad espacio para que respire...

Y dirigiéndome a Angelo, repetía, desconcertado:

—Vuelva en sí, querido conde. Esto no será nada. Y para mí:

"qué bien haría este imbécil en regresar a su jardín".

En esto, mi tío, que miraba atentamente al desmayado, se inclinó hacia él.

Evidentemente, Angelo quería decir algo.

—Marietta... murmuró débilmente.

—¡Qué Marietta, ni qué niño muerto! — exclamé furioso. — Debe usted dejar para después sus propios asuntos. Ahora venimos por Olga.

Angelo se levantó con mucha dignidad y afirmó:

—Marietta es esa a quien ustedes llaman Olga. ¡Olga, rusa! De ninguna manera. Es tan italiana como yo. Rusa... ¡bah!

FUE UN SUSPIRO

(A CAROLA DE FIALLO)

Especial para FRAY MOCHO

Alguien pasó a mi vera
sin que mi ojo lo viera.

Y con su voz sonora
pobló de encantos la hora.

Del sueño en que vivía
despertó el alma mía.

Dejé el lecho ligera
y corrí a la pradera.

—¿Qué quieres tú de mí?
Anhelosa inquirí.

Y en la sombra importuna
se oyó un tierno suspiro,
que con lánguido giro
se hizo un rayo de luna.

Marta María LAMARCHE
La Vega. — República Dominicana

EL INSPIRADOR

Por José María Braña

Sinesio Gordillo era un hombre de resoluciones acertadísimas. En cuanto a esto podía asegurarse que no había nacido aún el hombre que pudiera dejarlo malparado. Sus amigos, que se podían contar con los dedos, lo habían declarado su "inspirador". Y no estaban des-
acertados. A su inspiración se debía que muchos hubieran resuelto sus graves conflictos satisfactoriamente.

¿Que Fulano debía abonar una suma de dinero que no poseía, so pena de ser embargado? Pues iba a ver a Gordillo, y éste, luego de pensarlo un poco, le inspiraba un procedimiento que no sólo le salvaba de ser embargado sino que hasta le libraba de abonar su deuda.

¿Que Zutano sufría una enfermedad crónica, y agobiado por los dolores sentía impulsos de agujerearse la sien? Pues Gordillo, como si estuviera dotado de un don milagroso, con su sola palabra conseguía disuadir al suicida de su terrible propósito y le hacía olvidarse de sus torturas.

¿Que Mengano había inventado un elixir contra el sueño en el teatro, y no lograba vender una sola botellita? Pues Gordillo le inspiraba una idea tan maravillosa que el público se disputaba a tiros la conquista de una poción...

A todo esto, Gordillo no era feliz. Sus amigos le pedían dinero prestado, que jamás le devolvían, y su mujer, una especie de Cleopatra, mancillaba su honor con la mayor de las frescuras.

Cuanto estaban al tanto de esto que le ocurría al "inspirador", se hacían cruces de la sorpresa. Nadie se explicaba cómo aquel hombre, de tan acertadas resoluciones para los conflictos ajenos, no diese con uno que remediasse su situación de marido ultrajado. Y se lo decían sin ningún empacho:

—Nos extraña, mucho, Sinesio, que tú, que eres un hombre de honor, toleres la afrenta que te infiere tu mujer con ese vulgar sargento de caballería que la visita mientras tú estás ausente.

—Y más nos extraña todavía eso de que a pesar de ser un hombre de grandes resoluciones no encuentres una para tu conflicto.

Agobiado por el desaliento, Sinesio Gordillo respondía invariablemente:

—¿Qué queréis! Ni soy capaz de encararme con ellos ni se me ocurre ninguna idea. Por fortuna, ninguno de los dos sabe que yo estoy al tanto de sus infidelidades...

Los días seguían sucediéndose y las relaciones ilícitas de los amantes llegaron a ser el plato favorito de los maledicentes. Los amigos

de Sinesio redoblaron sus mortificaciones:

—¡Es necesario que te hagas valer; que demuestres que aún te queda una migaja de dignidad!

—¡Eso! Y que no echés por tierra tu fama de hombre inspirado.

—Debes darles la muerte a los dos; pero una muerte terrible, ejemplar, digna de un César...

Sinesio continuaba imperturbable. Escuchaba aquellas retahílas con la indiferencia que otros oyen llorar. Era innegable, sin embargo, que en su cerebro germinaba una idea...

Después de una ausencia de varios días, Sinesio Gordillo apareció en el café donde sus amigos tenían su tertulia. Al verlo aparecer, todos se sorprendieron. Lo hallaron desconocido. Los ojos le brillaban como si le embriagase una gran alegría. Antes de que pudieran interrogarle sobre el porqué de su satisfacción, Sinesio dijo:

—¿No sabes la novedad? Ya he resuelto mi situación.

—¡No digas!

—Como lo estás oyendo. La poesía de los amores adúlteros está precisamente en mantenerlos en secreto; es decir, en que lo sepan todos menos el marido. Es un placer morboso e inexplicable de los amantes. En efecto; no hay nada tan bello como ser amado por la mujer del prójimo, mientras ese prójimo proclama a gritos la honestidad de su mujer. Pues bien: ahora que los culpables están más encaramelados que nunca, ha enviado a mi mujer un anónimo en que se la anuncia que yo estoy al cabo de sus relaciones con el sargento, pero que no doy la menor muestra de estar afectado...

—¿Y con eso?

—¿No lo comprendéis? Como la poesía de sus amores estriba en engañarme, al saber que ya no me engañan, sus amores han perdido su poesía... ¡Y esta es precisamente mi venganza!...

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263 — Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.

2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (\$ 155.274.629,42).

3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

La muerte de Apolo el feo

Por Luis Enrique Rezzo

Apolo Fernández Garay, por una de esas mordaces ironías que, a veces, traen consigo los nombres, había sido "dotado" por nuestra no siempre amable madre naturaleza de un físico tan completamente falto de atractivos que difícilmente hubiera podido hallar otro ser humano que lo igualara en fealdad.

Sin embargo, y a pesar que — a sus cuarenta y tantos años — nunca le había visitado el amor, su vida transcurría serena. Se había adaptado, desde joven, a ser feo entre los hombres — que es mucho ser feo — y no deseaba sino que sus similares le dejaran vivir apartado, llenando sus días monótonos con las ocupaciones propias de su empleo de ordenanza en un banco, y las partidas de tresillo — por las noches — en el café de suburbio cercano a su triste habitación de hombre solitario.

Su corazón — ¿lo tenía? — dormía bajo las cenizas de su idiosincrasia, y nunca pensó el pobre Apolo que algún día pudiera desprenderse del mismo la más deleznable centella.

Pero un día — una noche, más bien dicho — llegó un hecho nuevo que debía torcer el rumbo de su apacible y monótono vivir.

Fué la noche en que su compañero de tresillo don Eulodio Díaz le invitó a frecuentar su casa — la casita *suya*, que recién había terminado de contruir, podía decirse, con sus propias manos — donde se aburría solemnemente, con el implacable aburrimiento de los jubilados que durante treinta años no estuvieron inactivos un sólo día, en compañía de su esposa y de su única hija.

Era esta última una niña enfermiza y extraña, de unos quince años escasos, cuyo sistema nervioso estaba violentamente atacado hasta el punto de dar a veces la impresión de que sus facultades mentales salían de quicio. Con frecuencia, a altas horas de la noche sus padres — alarmados — debían acudir al dormitorio de ella, pues, sin razón alguna, lanzaba gritos desgarradores cual si viera Dios sabe qué horribles visiones en sueños.

Esto había comenzado varios años atrás, cuando la niña estaba aún en la infancia, y ahora, llegaba a la edad crítica, dichos fenómenos se repetían siempre con mayor frecuencia.

Cierto médico que la vió, nada dijo a los padres de la niña que pudiera darles alguna esperanza. Más aún: ellos oyeron la palabra — la palabra terrible — con que, entre dientes, el hombre de ciencia se lo explicaba todo:

—Histerismo...

¡Cuánta tragedia en esa sola palabra! Quizá pocos vocablos del léxico tengan más extenso significado ni encierran más intenso dolor.

Desde que cenó por vez primera en "lo de don Eulodio" creyó el buen Apolo Fernández Garay que había renacido a otra vida, y co-

menzó a sentir en los más recóndito de su ser algo que latía.

Ese "algo" podía hasta ser —

temas fantásticos pescados sin duda en novelas espeluznantes; y Fernández Garay, encantado, la escuchaba en silencio mientras experimentaba una sensación de dulzura y bienestar que nunca había conocido.

Así comenzó la vida nueva de este extraño ser contrahecho. Y tanto se había habituado a las "reuniones" de "los de Díaz" que ya no había podido permanecer más de tres días sin ir a la casa de su amigo.



—Yo nunca contrato boxeadores negros... Lo que al público le gusta es que salgan boxeadores blancos y se pongan negros después...

¡vaya uno a saberlo...! — el corazón.

La hijita de su amigo — pobre, tan enfermita! — gustaba de entablar largas conversaciones sobre

II

Un abat-jour color malva sobre el tocador.

Y las sombras que pugnan y ca-

LA ALFORJA

La alforja que yo llevo
en el viaje ideal, ya no me pesa,
oigo en cada recodo
que murmura una voz: Salud, viajera!

(Y la dádiva cae:
¿una flor? ¿una piedra?)

Y yo marchó orgullosa,
sintiendo que la alforja se me llena,
por todos los caminos,
sin temer a la zarza que me hiera,

Mirando hacia la cumbre,
como una obsesionada, no me arredra
la espina que desgarrar
ni la frialdad hiriente de las piedras.

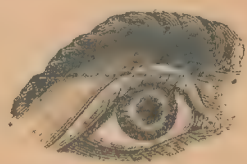
Acaso, llegue un día,
— ha de llegar — alforja compañera,
en que vaya a vaciarte,
y un arcáico perfume me sorprenda:
¡es que serán tan sólo
rosas de Jericó lo que contengas!

¡Y gracias daré a Dios por las heridas
que me dieron tan dulce recompensa!

Margot ALVAREZ SOLER

MORON (Cuba).

Enfermos



de los OJOS

"LOIDU,, Unico producto Italiano de fama mundial Que, friccionando en las sienas, refuerza el nervio optico, quita el cansancio de los ojos, evita el uso de lentes incluso septuagenarios, recuperandose en pocos dias una vista envidiable No mas miopes, presbitas ni vistas debiles

PEDID HOY MISMO EL INTERESANTE LIBRO GRATIS

Direccion General

UGO MARONE
Piazza Falcone al Vomero, 1
(Italia) NAPOLI

si vencen a su luz mortecina en el resto del aposeto.

Doña Aurora, la mujer de Eulodio Díaz, sentada sobre la sencilla cama de bronce — se halla en la habitación de su hija — hace media hora que está leyendo en un álbum algo que, a juzgar por las contracciones de su rostro, debe causarle sorpresa y dolor a la par. La causa no es para menos.

El cuaderno que sostiene en sus manos temblorosas da cabida al "diario" de Lita, la hija enferma, cuyas extrañezas tanto les preocupan.

Y lo que le revelan las páginas de ese cuaderno es algo que, para la pobre madre, pasa los límites de lo que es humanamente soportable.

Notas breves que Lita escribió, sin duda — por lo irregular de la caligrafía — en momentos de crisis nerviosa, le revelan que la adolescente enferma ha sido víctima de un morboso amor, de una pasión monstruosa debido a esa bruja invencible que se llama Histeria.

Objeto de la gran pasión de la chica es don Apolo Fernández Garay.

La madre llora sobre las páginas donde se agazapan las frases apasionadas e incoherentes de su hija.

Lita está ese día ausente, pues una pariente del padre, que vive en un pueblo cercano, la ha llevado a pasar el día en compañía de sus hijas, con el fin de distraerla.

Doña Aurora, arreglando las cosas de su hija — de suyo desordenada — había descubierto por casualidad, escondido entre los cojines de la butaca cercana a la cama ese álbum que llevó a su corazón — con la revelación del enfermizo secreto de Lita — la más honda pena.

Llega don Eulodio.

Enterado, por su mujer del hecho desagradable, comparte con ella el dolor y el asombro.

¿Cómo pudo suceder eso?

La enfermedad. Solamente la enfermedad de Lita; solamente el estado lamentable del sistema nervioso de su chiquilla pudo hacer eso.

—¡El histerismo! ¡el histerismo! —exclama don Eulodio al momento en que su mujer, llorando, cae entre sus brazos y confunden sus lágrimas amargas.

III

Las siete. Es la hora en que debe llegar Apolo — el feo Apolo — a esa casa que es ya para él todo el motivo de seguir viviendo.

Don Eulodio Díaz lo espera en la puerta de calle.

Ya llega ese hombre raro, tan misántropo como feo, que es don Apolo.

Su silueta deforme, doblando la esquina cercana, se destaca de las sombras cual una sombra triste.

El misero avanza lentamente hacia don Eulodio que, al verlo, se estremece pensando cuán antipático y doloroso será lo que, sin más tardanza tendrá forzosamente que decirle.

Ya están los buenos amigos uno frente al otro. Apolo parece más lúgubre que de costumbre; su rostro está surcado por hondas arrugas; y la mirada de sus ojos irregulares y arbitrarios es triste y torva al mismo tiempo.

Se estrechan las manos.

Don Eulodio le hace entrar en el zaguán; y allí apoyándole la diestra sobre el hombro le habla con su voz más dulce, con acento dolorido.

Le explica lo que sucede. Es la enfermedad. Su hija no tiene culpa alguna. El, don Apolo, mucho menos. Pero es necesario que no frecuente más la casa, para ver si de ese modo la niña olvida ese amor enfermizo y anormal.

El lo siente mucho, lo siente en el alma, pero urge que don Apolo, el buen amigo, se vaya en seguida, para que Lita — que ya está en casa — no se dé cuenta de su presencia.

Y no vendrá más. Ya se verán en el café...

Quiere hablar el misero Apolo, pero se atraganta.

No logra decir una palabra.

Estrecha mecánicamente la mano leal que le tiende su amigo y se aleja lentamente, mudo y cabizbajo.

Vuelve a las sombras. Y todo es tinieblas en su cerebro torturado. No comprende. ¿Es decir, entonces, que le han amado? ¿A él?...

¿Y por eso debe irse? ¿Es posible que don Eulodio, su amigo, llegara a calificar ese amor de algo anormal, que no tiene explicación sino como efecto de una enfermedad terrible?

Como tiene los ojos nublados — ¡Si todo es una nube densa y negra en torno a él! — no ve como anda.

Tropezó con un árbol de la aceña y no advierte siquiera que se ha herido en la frente. Una gota de sangre se desliza hasta su boca y el hombre la absorbe, la saborea...

No sabe lo que hace.

¿Le amaba, alguien? ¿Y no le admiten más en esa casa? ¿No es permitido, para él, un poco — un poquito tan sólo — de amor? ¿Es una cosa anormal? ¿Quién es entonces, él? ¿Qué es?...

Siente que algo palpita en sus entrañas con insólita intensidad; y se esfuerza por explicarse la fi-

Banco de Galicia y Buenos Aires

FUNDADO EN 1905

CAPITAL AUTORIZADO \$ 20.000.000 m/n.

Capital Realizado y Fondo de Reserva: \$ 10.877.986.24 m/n.

Casa Matriz: Cangallo 415/39

SUCURSALES:

Rivadavia 2828

San Juan 3101

Corrientes 3220

Entre Ríos 200

Sarmiento 1500

Rivadavia 8089

Rivadavia 3702

Mitre 300 (Avellaneda)

ABONA POR DEPOSITOS

En cuenta corriente. 1 o/o

A plazo fijo. Convencional

EN CAJA DE AHORROS

desde \$ 10.— a \$ 20.000.—

el 5 o/o de interés anual, con capitalización trimestral.

Antes de tomar giros sobre España, consulten al Banco de Galicia y Buenos Aires, que es el que ofrece mayores ventajas por su extensa red de Corresponsales y el mejor precio en pesetas.

SERVICIO ESPECIAL DE GIROS SOBRE GALICIA

Buenos Aires, Noviembre de 1927

LAS LEYES DE LA VIDA

La mayoría de los hombres imagina que una ley es una orden que alguien dictó porque así le plugo, y que por lo tanto, pudo haberse dictado en forma completamente diferente. Para modificar la ley bastaría, entonces, cambiar algunas ideas o algunos hábitos. Este principio, aplicado a la dirección de la vida, conduce a declarar que todo es una convención ficticia o un orden arbitrario, que los hombres construyeron guiados por sus pasiones o engañados en su ignorancia.

Pero, en realidad, las leyes de la vida, lejos de ser arbitrarias y ficticias, son necesarias y eternas como las de la naturaleza. Existen y existirán siempre sin que nos sea posible cambiarlas; y nuestro principal interés sólo está y debe residir en descubrirlas, estudiarlas, y seguirlas.

Todo el mundo conoce los preceptos del decálogo: "No matarás. No robarás... No cometerás ningún acto impuro o vergonzoso". ¿De dónde les viene su valor a estos preceptos? de la antigüedad pagana que los promulgara o del cristianismo que los adoptara? De ninguno de ellos. Su valor consiste en que existían antes de haber sido escritos. Inspirados al hombre por la divinidad, para condicionar sus relaciones y hacer posible su existencia y su perpetuación en el tiempo y en el espacio, ya existían antes de que el hombre mismo, como ser dotado de inteligencia, se manifestara en el mundo. Es decir, que la humanidad no es más que el afecto, o la consecuencia de la observación de estos preceptos, pero sin que sea posible imaginar que esos preceptos pueden enunciarse en diferente forma, ya que su fundamento está en la esencia de una ley única: el bien.

Charles WAGNER

nalidad de ese sentimiento que lo embarga.

No vé sino, obscuridad. En él y alrededor de él.

Como un autómatas sigue caminando en las sombras...

IV

Esa noche, de regreso a su casa, Lita había comprendido — con la intuición propia de las naturalezas excesivamente nerviosas — que algo había ocurrido a sus padres. Recelosa, estuvo alerta. Logró así escuchar las palabras de don Eulodio cuando éste habló en el zaguán con Apolo.

Cuando el padre volvió a entrar al interior de su casita, encontró a su hija tendida en el suelo, presa de una violenta crisis. Doña Aurora, prestándole los auxilios del caso, se deshacía en lágrimas. Eulodio le ayudó a cuidar a la niña y juntos lograron que reaccionara un tanto y la acostaron en su lecho donde no tardó en quedar dormida.

Al amanecer del siguiente día, don Eulodio fué despertado por su mujer que le advertía haber oído gritar a Lita repetidas veces. La pobre mujer estaba tan impresionada que le causaba temor ir sola hasta la habitación de la hija.

Se levantaron entrambos, apresuradamente, y acudieron.

Lita estaba sentada en la cama, con los grandes ojos extraordinariamente abiertos, vidriosos y fijos en el vacío. Su pecho palpitaba con violencia.

Le dieron a beber una solución de bromuro. La acariciaron haciendo que se acostara, pero por largo rato no obtuvieron que la niña dijera una sola palabra.

De golpe, Lita rompió a llorar y a quejarse amargamente. Y cuando, al fin, pudo hablar, los padres tuvieron la impresión de que la enferma deliraba.

—He visto... he visto — decía con voz apagada — ¡Es horroroso! He visto a don Apolo muerto. Les aseguro que está muerto. Está en un cuarto oscuro, en una cama de madera negra... ¡Y el revólver!... ¡el revólver!... ¡el revólver!...

Y rompió nuevamente a llorar.

Don Eulodio dejó la niña al cuidado de la madre y salió con el propósito de llamar al médico, pues pocas veces había visto a su hijita en estado tan alarmante.

Afuera, el barrio entero dormía en esa hora temprana. Ni los obreros se habían aún levantado.

Las puertas de las casas estaban cerradas.

Tan sólo una estaba abierta, y ese detalle llamó la atención del viejo Díaz. Notó en seguida que esa era la puerta de la misera casucha de madera de su amigo Apolo, y sin saber por qué sintió súbitamente como un aguijonazo frío en la espina dorsal.

No pudo contenerse, y entró.

También estaba abierta la puerta de la única habitación. Entrando allí encendió una cerilla, pues la luz incierta del día que comenzaba no llegaba a iluminar el interior del aposento.

Y vió que, tendido en una negra y vieja cama de madera carcomida, yacía, en actitud de rigidez, un ser que — en esa postura — más parecía un monstruo que un hombre.

Era Apolo Fernández Garay.

Estrechaba aún en su deformada diestra el revólver con que había puesto fin a su existencia.

La prueba

Por Leo Bartey

Con el busto inclinado y las rodillas temblorosas, Evelina crispaba sus manos sobre las hojas abiertas ante ella. Una a una, relejó con los ojos desorbitados, aquellas cartas perfumadas; después las tiró con un gesto de horror y se arrojó sobre una silla, ante el fuego, y allí permaneció postrada.

A pesar del calor de la chimenea, tiritaba. Sentía frío desde por la mañana, desde que había descubierto el correo de su marido, postrado súbitamente por una maligna fiebre, estas odiosas cartas de traición y de vergüenza.

¡Era éste su bello y ciego amor! ¡La más baja de las traiciones, la inmunda ligereza del hombre fácil, sin escrúpulos! ¡Tres mujeres! ¡Tres mujeres le escribían en el mismo tono, casi con las mismas palabras! ¡Tres mujeres!...

Su hija, de cuatro años, jugaba en un rincón, prudente y tranquila, como los niños que sienten vagamente rodar la desgracia en la casa y que se hacen silenciosos para pasar inadvertidos.

¡Su hijita! Evelina tuvo un doloroso escalofrío al posar sus ojos sobre la cabecita rubia. Ayer noche, cuando su padre se había puesto malo, ella temió ver a su hija huérfana. ¡Pobrecilla! Esta amenaza no era nada comparada con la que ahora pesaba sobre su cabeza. Pobre niña, humillada por el crimen del padre, que no vacilaba en besarla al volver, por la noche, después de las traiciones abominables...

Un odio rencoroso invadió ahora a la joven. Hubiera querido poder gritar al miserable su desprecio y arrojarlo de su vida para siempre.

Pero no podía. ¡El estaba en el cuarto vecino, moribundo, inconsciente, en pleno delirio! ¿Qué hacer contra él? El doctor, al marcharse aquella mañana, no había ocultado sus temores y había recetado una poción.

—Sólo esto — le dijo al entregarle la receta — puede salvarlo, y su curación, señora, depende de la regularidad con que usted le administre el remedio. Una cucharada al dar cada hora. Ni una más, ni una menos. De otro modo no respondo de nada.

No podía hacer nada, nada, para satisfacer su resentimiento y su dolor, nada más que cuidarlo... y curarlo. ¡Qué ironía! ¡Para ponerlo bien y en condiciones de volver a dedicarse a estas mujeres!

Porque sabía, estaba segura de que ningún reproche, ningún remordimiento podrían remediar la vida de este depravado que de pronto la odiosa correspondencia le revelaba en el ser que había adorado y colocado por encima de todos los demás. Estaba irremediablemente perdido. ¡Ella sabía que no podría intentar nada! Enemiga del divorcio, quedaría, dolorida y resignada, en el lugar de su deber, loca de angustia y de rebeldía, y veía la larga, la interminable fila de los días que le quedaban por vivir al lado de aquel perdido.

¡Pero, no! ¡No debía resignarse! ¡Era preciso venganza y quedar libre, fuese como fuese. La venganza estaba en su mano, y con ella la libertad. No lo cuidaría. ¿Para qué? Curarlo era entregarlo de nuevo a las otras mujeres, que se reirían de ella.

Sus nombres la quemaban ahora... Clara, Olga, Laurita... Mordía su pañuelo, hincando en él los dientes para no gritar, invadida por los celos.

Y lentamente, lúgubremente, el reloj dió las cinco. Ella reprimió violentamente el impulso que la arrojaba hacia la poción salvadora.

Era una venganza sin riesgo. Bastaba con no cuidarlo, dejar extinguirse aquella llama de vida vacilante, y reconquistar así la libertad, el más preciado bien de la juventud...

Se volvió a sentar y tembló más fuerte.

—¡Laurita, Olga, Clara!...

De pronto midió todo el horror y la abominación de su proyecto.

—¡Criminal! ¡Soy una criminal!...

Reaccionó.

—¡No; criminales los que se han apoderado de mi felicidad! ¡Criminal el que me ha engañado! ¡Yo me vengo!...

Las agujas marcaban las cinco y diez. Debíó agarrarse para no levantarse e ir hacia la poción. A partir de este instante los minutos se sucedieron suavemente, mientras que la respiración del enfermo se precipitaba, al empuje de la fiebre.

—Las cinco y cuarto. Ella miraba el reloj...

De pronto, la pequeña, que jugaba tranquila

en un rincón, volvió la cabeza. Encontró la mirada de su madre, y dulcemente, en un murmullo que delataba la gran preocupación de su corazón, dijo, señalando con el dedo la puerta del cuarto:

—¡Pobre papá!...

Entonces, bruscamente, Evelina se enderezó. En la clara mirada de su niña acababa de leer su deber. ¡No mataría, no se vengaría; perdonaría!

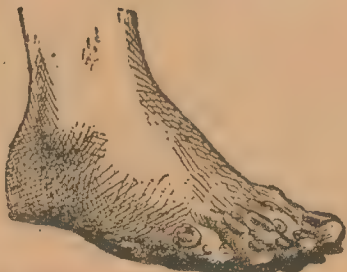
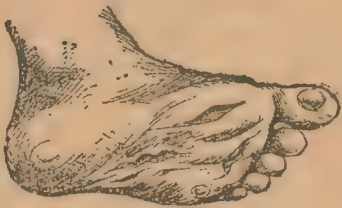
Perdonaría, no al marido, sino al padre. Salvaría al papá de su hijita.

Con un temblar que había chocar la cucharilla en el cristal, vertió la poción. Y sin fuerzas para terminar el gesto salvador, lo tendió a la pequeña:

—Toma — le dijo sencillamente, — ¡ve a llevárselo a tu padre!...

EL COMODIN

para aliviar las molestias y dolores de los pies es



SALES SANATIVAS

Vd. sufre de los pies, ya sea porque camina mucho, porque está siempre parado o porque lleva botines ajustados. Con el calor también sufre de los pies el que tiene callos, durezas y juanetes, males todos que se convierten en un verdadero martirio. Para evitar estas calamidades, tome por la noche antes de acostarse un baño de pies caliente donde se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

cuya eficacia es notable, da una sensación de bienestar asombrosa. Bajo su acción toda hinchazón y magullamiento, así como toda sensación de dolor y quemazón, se alivian inmediatamente, desapareciendo los efectos desagradables de un sudor excesivo. — El baño Tarborado reblandece los callos y durezas a tal punto que pueden quitarse fácilmente sin peligro de herirse. El paquete de Tarborats para varios baños se vende a \$ 2.60 en todas las farmacias.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

*Fiesta a benefi-
cio del hospital
de Ramallo.*



Organizada por una comisin de da-
mas, realizóse en el teatro Odeón, con
gran lucimiento, una función extra-
ordinaria a beneficio del hospital de
Ramallo. — Grupo de señoras, seño-
ritas y caballeros, que interpretaron
el número titulado "Una hora en
Sevilla".



Señorita Alicia del Nido



Señorita Beatriz García Thyames



Señoritas Susana Villamil y Marta Díaz Rivero

Elementos que alcanzaron destacada actuación en la benéfica fiesta



*Buenos Aires
Lawn Tennis
Club*



En honor de un núcleo de jugadores
de la institución, las autoridades del
Buenos Aires Lawn Tennis Club orga-
nizaron un "diner dansant", del
que participaron numerosas familias.
— Algunos de los concurrentes al
acto.

Demostración a las maestras bolívi- anas



El comité argentino-peruano "Clorinda Mato de Turner" efectuó una recepción en honor de la directora y maestras de la escuela "República Argentina", que funciona en La Paz, (Bolivia), y que se encuentran entre nosotros, en misión de estudio. — Las educacionistas bolivianas acompañadas por el profesor Pablo A. Pizzurno.



Vista parcial del salón Callao 348, mientras se realizaba el homenaje a las maestras bolivianas. Durante el acto, hicieron uso de la palabra la presidenta del comité organizador de la fiesta, señorita Adelia Di Carlo, el profesor Pablo A. Pizzurno, la señorita Ana Rosa Tornero y la doctora Elvira Rawson de Dellepiane. Agradeció la demostración la presidenta de la delegación boliviana, señorita Zoraida Aibornoz.

Entrega de los premios pro-pa- tria, a los cons- criptos de 1906



En el cuartel del regimiento de granaderos a caballo, tuvo lugar la ceremonia de la entrega de los premios que anualmente adjudica la Asociación Pro Patria entre los conscriptos que se han distinguido en el servicio militar.—La señorita Haydée Igarzábal, hablando en nombre de la institución de referencia, durante la entrega de los premios.



Conscriptos de la primera y segunda división de ejército, correspondientes a la clase de 1906, que fueron premiados en la mencionada ceremonia.

Centro de Clases de la Armada.



Con objeto de allegar recursos para la adquisición del edificio propio, el Centro de Clases de la Armada organizó un interesante concierto vocal e instrumental, que se llevó a efecto en el estadio de la Sociedad Rural. — La cantante señorita María Luisa Lampaggi, el director de la banda municipal, maestro Malcagni, el tenor Abel de Angelis y el barítono Higinio Salvi, que prestaron su concurso artístico al acto.

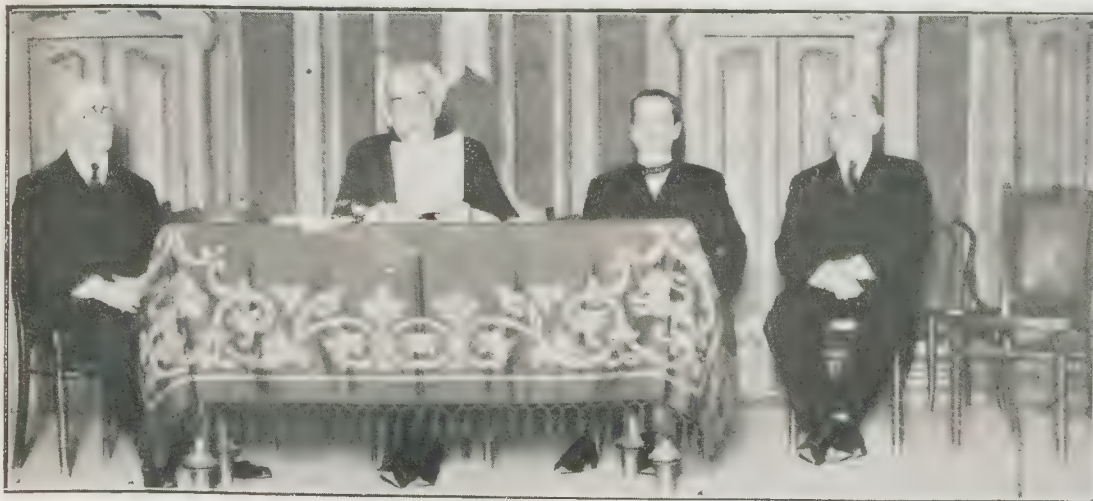


ACTO DE HOMENAJE A LA MARINA Y AL SUB-OFICIAL SANTORORO



Al pie del monumento del Almirante Brown, y con asistencia del ministro de marina, almirante Domecq García realizábase el homenaje que diversas instituciones militares y navales tributaron a la armada nacional y al suboficial Santororo. — A la izquierda: el ministro de marina escuchando el discurso pronunciado por el doctor Benjamín Villegas Basavilbaso, que habló en nombre de la entidad organizadora del acto. Entre ambos: el suboficial Santororo. A la derecha: un detalle de la ceremonia.

EN LA ASOCIACIÓN SARMIENTO



El presidente de la Asociación Protectora de Animales "Sarmiento", señor José Pérez Mendoza, pronunciando su discurso durante la fiesta en que se entregaron los premios a las personas que por sus actos en favor de los animales, se hicieron acreedoras a tal distinción.

VIDA BANCARIA



Señor Humberto De Nobili, gerente del Banco Español del Río de la Plata, que acaba de renunciar el puesto para dedicarse a otras actividades.



Círculo Argentino de Inventores.

Grupo de asociados que tomaron parte en la asamblea general convocada por el Círculo Argentino de Inventores, con objeto de renovar las autoridades de la institución.

Sociedad Central de Arquitectos



De acuerdo con una práctica establecida, realizóse en los salones de la Sociedad Central de Arquitectos, la recepción de honor de los alumnos últimamente egresados de la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Al mismo tiempo, la institución recibió en su seno a los arquitectos uruguayos señores Horacio Acosta y Lara y José A. Scasso. — El presidente de la Sociedad, señor Raúl E. Fitts, leyendo su discurso de bienvenida.



Las autoridades de la institución, acompañadas de los nuevos arquitectos incorporados a su seno y de los señores Acosta y Scasso, quienes vienen comisionados por la Escuela de Arquitectura del Uruguay para hacer entrega al presidente Alvear y a varios miembros de aquella entidad, de los diplomas que les acreditan como socios honorarios y correspondientes.

Se ofrecido por la señorita de Pereira

Con motivo de la próxima realización de su enlace, la señorita Matilde Isabel Pereira, ofreció un té a un grupo de señoras y señoritas de su amistad. — El acto, que se efectuó en los salones de la Confitería del Aguila, alcanzó singular animación y entusiasmo. — Vista parcial de las concurrentes a la fiesta.



Distribución de premios en el colegio "De la Salle"



Con un nutrido programa de festejos, llevóse a cabo la distribución de premios en el colegio "De la Salle". — A la izquierda: coro de alumnos de dicho establecimiento cantando "Jerusalén", de Gomod. — A la derecha: los alumnos Enrique A. Ramírez y Delfín Fernández Huergo, del quinto año, premiados con medalla de oro.

Comida en honor de los aviadores Costes y Le Brix

Festejando el espléndido vuelo de ida y vuelta a Asunción (Paraguay), realizado por los valientes aviadores Costes y Le Brix, el capitán Vicente Almonacid Almonacid, ofreció una comida en honor de dichos pilotos, acto que se realizó en el restaurant Conte — Los aviadores, el capitán Almonacid, el teniente 1.º Juan Martínez y varios miembros de la agencia Latecoere.



EXPOSICIONES ESCOLARES DE FIN DE CURSO



Dos aspectos de la exposición de trabajos ejecutados por los alumnos de la escuela de adultos núm. 1, Florencio Varela, del Consejo Escolar XII, en cuyo establecimiento docente actúa la señora Joaquina R. Plá de Ripoll, como profesora de la clase de dibujo y artes aplicadas.



Labores ejecutadas en el curso de flores, a cargo de la señorita Lola Martos, exhibidas en la escuela núm. 5 del Consejo Escolar V que dirige la señora María Bustellos de Manconnet.



Trabajos realizados por las alumnas de la clase de bordado y repujado que en el mencionado instituto de enseñanza dirige la Sta. Rosario Currao.



Visita a la Cervecería Quilmes

Grupo de miembros pertenecientes a la Sociedad Propietarios de Garages que efectuaron una visita a las diversas instalaciones de la Cervecería Quilmes, donde fueron amablemente atendidos por el personal directivo de dicho importante establecimiento industrial.

HOMENAJE A LA MEMORIA DE LOS CORONELES BORGES Y SUAREZ



Conmemorando el quincuagésimo aniversario de la muerte del coronel Francisco Borges realizóse un homenaje ante la tumba que guarda conjuntamente los restos del extinto y los del coronel Isidoro Suárez, dedicado a la memoria de ambos militares. — Dos vistas de la ceremonia durante la cual usó de la palabra el doctor José León Suárez, y a la que asistieron miembros de las familias de los dos jefes fallecidos.

INAUGURACION DEL X SALON DEL AUTOMOVIL



El intendente municipal, doctor Horacio Casco, acompañado del presidente del Automóvil Club Argentino, señor Agustín Motto y de otras personas, durante el acto inaugural.



Uno de los salones de la exposición automovilística instalada en el Pabellón de las Rosas, cuya organización estuvo a cargo del Automóvil Club Argentino y de la Asociación Importadores de Automóviles.

FIESTA INFANTIL



Con motivo del cumpleaños de la niña Susana Zbinden, realizóse una fiesta infantil, en casa del padre de aquella, ingeniero don Valentín Zbinden. — Concurrerentes al acto.

NOTA DEPORTIVA



El joven Osman Righetti, considerado como campeón de menores en equitación, en cuyos concursos lleva obtenidos numerosos premios.



Liga pro Unión
-: Americana :-



Miembros que integran la nueva junta central de la Liga pro Unión Americana, presidida por el doctor Alejandro Mattia.

Actualidades cinematográficas



Sally O'Neil, estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer



Escena de la divertidísima cine-comedia "Con bombas y cohetes", que con carácter de producción extraordinaria, estrena hoy la Fox Film, siendo sus intérpretes los graciosos cómicos Ted Namara y Sammy Cohen.



Dorothy Sebastian, estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer



Escena de "Corazones sin rumbo", que interpretan Patsy Ruth Miller y Ralph Ince (director también del film, que desde el viernes exhibe la General.



Lloyd Hamilton en "Barrilito inspector de tienda", que la New York Film exhibirá desde el jueves 15.



Blanche Sweet y Wagner Baxter en "Desdeñado", que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Kathleen Collins y Robert Agnew en "Convenio matrimonial", que desde el domingo último exhibe la Corporación.



FOX FILM PRESENTA
La Extraordinaria Producción Cómica

CON BOMBAS Y COHETES

Una hora de continua risa por los célebres bufos:

TED Mc NAMARA y SAMMY COHEN

LOS CÉLEBRES CÓMICOS DE "EL PRECIO DE LA GLORIA"

FOX FILM DE LA ARGENTINA (S. A.)



INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ROSARIO. — Enlaces. — Isabel Tetamandi - Leonardo Maranghelo.



Minna Dolnikoff - José Seselovsky



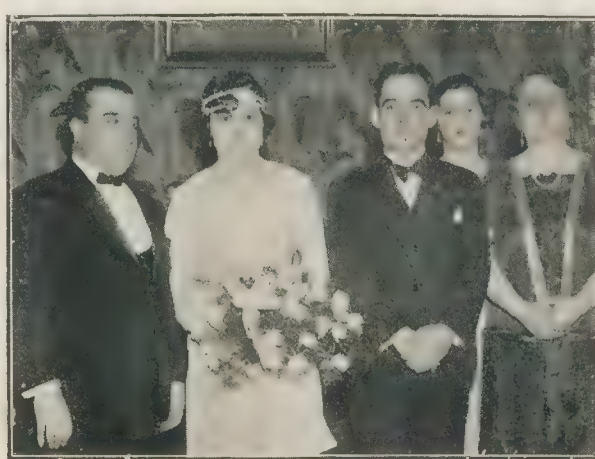
Elena De Angelis - Adolfo D. Bergonzi.



Victoria Fontiveros - Pedro Valero



Armanda Paz - Roberto P. Annunziata



Nerina R. Chiappara - Guido Losno



TEMPERLEY. — El obispo de La Plata, monseñor Alberti, durante el lunch, que se le ofreció en la casa parroquial, en ocasión de celebrarse las fiestas patronales de la localidad.



Vista parcial del banquete ofrecido por el comité "Senador Castro" a las autoridades municipales y legisladores provinciales del partido de Lomas de Zamora. — El acto se realizó en el salón de la sociedad italiana "Stella del Sud".



LOMAS DE ZAMORA. — Enlace. — Josefina Rásiga - Ascensión de los Santos.

EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR WILLIAMS

Por Antonio Portnoy

Mi amigo Mr. Archibaldo Brett, doctor en derecho y pesquisante de afición, hombre singularmente perspicaz y pulcro, tenía como única debilidad la de dejarse tentar por el atractivo de algún "caso" sobremanera extraño, que le inducía a descuidar sus propios asuntos para dedicarse al esclarecimiento de sucesos que por lo común no le reportaban el menor provecho inmediato y tangible.

Joven aún, ya contaba en su haber una larga serie de triunfos que evidenciaron siempre para mí el juicio inmejorable que me había formado sobre sus raras dotes para la sagaz investigación y el sutil análisis. Desde hacía un tiempo, nuestra amistad se había consolidado por manera notable, a partir del día en que le propuse mi modesta colaboración para componer sobre sus resonantes hazañas unas detalladas "memorias".

En adelante me llamaba familiarmente su biógrafo y solía hacerme las más nimias confidencias sobre su interesante vida profesional.

Recuerdo, sin embargo, que su larga cadena de éxitos continuos estaba falta de un eslabón intermedio, representado por un pequeño "Waterloo", en que la buena estrella tutelar de mi amigo se había mostrado francamente adversa. Tal paréntesis obscuro de su activa carrera correspondía al asunto conocido en los legajos judiciales bajo el título de "El caso del doctor Williams".

Cuantas veces nuestra conversación giró en torno de este asunto, evité de pedir a Brett la menor explicación sobre el punto en cuestión, sabedor de que su actuación había sido un tanto deslucida.

El doctor Edgardo Williams, miembro del foro londinense, abogado elocuentísimo, que no obstante carecer de títulos nobiliarios había alcanzado una banca en la Cámara de los Lores, fué hallado un día sin vida, en una de sus oficinas particulares.

El cadáver presentaba el rostro tan horriblemente desfigurado a golpes de martillo que resultaba punto menos que imposible reconocer los rasgos fisonómicos del extinto abogado.

Como característica singular, los diarios apuntaron el detalle de que la víctima tenía la piel de las yemas de los dedos corroida por una substancia fuertemente ácida. Por tal motivo, los médicos forenses hubieron de renunciar a su tentativa de sacar las impresiones digitales al cadáver, según la práctica de estilo.

Brett, a poco de tomar a su cargo la investigación, logró identificar al matador del abogado: todas las apariencias indicaban como autor al conocido financiero Mr. Percy Talbot, socio comanditario de Williams.

Pero lo cierto es que no obstante toda la inusitada actividad desplegada por Brett en aquel entonces para dar con el paradero del matador, sus búsquedas afanosas se giron en el vacío, pues resultaron completamente estériles.

Ocho años transcurrieron sin que mi amigo ni persona alguna arrojase la más débil luz en el intrincado asunto, que, en vista de la inutilidad de todos los esfuerzos emprendidos, fué olvidado por ese

mismo público que antes se manifestara vivamente interesado por seguir las menores peripecias del suceso.

II

Un apacible día de mayo, Brett, sin la menor insinuación de mi parte, se prestó a explicarme espontá-

—Sí, y esa fecha, por una lógica asociación de ideas, ¿no le trae a la mente ninguna reminiscencia sobre un suceso que apasionó hace ocho años, a nuestro público londinense?

—¿Querrá usted referirse al asesinato del doctor Williams? repuse tras un instante de reflexión.

—Sin duda, amigo Warren, y ya

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

neamente la verdad desconocida sobre aquel sonado asunto que tan honda repercusión tuviere, en fecha ya lejana, en el público de nuestra babilónica metrópoli.

Sentados frente por frente Brett y yo, una luminosa mañana de primavera, contemplábamos distraídos tan pronto las azuladas volutas de humo de nuestros habanos, como los bellos cambiantes de luz, producidos por los tenues rayos solares al incidir en la porcelana de los vacíos pocillos de café, colocados sobre una bandeja, delante de nosotros.

Brett se disponía a desplegar el "Morning Post", cuando de pronto apartó la vista del diario, y, fijándola en mis ojos, me preguntó:

—¿Sabe usted, querido Warren, qué día es hoy?

—Once de mayo.

que por un casual sincronismo me he acordado del famoso caso, voy a hacerle ahora algunas revelaciones sobre el particular, que desde luego estará usted muy lejos de sospechar y cuya relación circunstanciada desearía ver agregada por usted a mis aún inéditas "Memorias".

—Tenga por de contado que ningún obstáculo se opondrá a sus deseos.

—Perfectamente. Confío en que como biógrafo experto, dotado de cuantas cualidades debe reunir un literato, sabrá dar unidad y coherencia a lo que hubiere de inarmónico e inconsulto en mi narración.

—También me aplicaré a ese intento.

Pues entonces escuche.

Brett se repantigó en la butaca,

sacudió con el dedo meñique la ceniza de su cigarro y después de doblar el diario, que dejó sobre la mesa, comenzó diciendo:

—Como recordará usted seguramente, el once de mayo de 1917 el señor Edgardo Williams fué asesinado en sus oficinas de Queen's Road, en Chelses, donde tenía sus escritorios particulares la firma Williams y Talbot. Al día siguiente de perpetrarse el crimen recibí la visita de la señora de Williams, quien me rogó encarecidamente que tomara por mi cuenta el esclarecimiento del suceso, a fin de poner en manos de la justicia al matador.

Le empecé formal promesa de hacerlo, y sin pérdida de tiempo me trasladé a las oficinas de Queen's Road.

La habitación donde había sido muerto el abogado no ofreció casi interés para mi examen. Todo estaba en perfecto orden, sin delatar el más ligero indicio del horrible crimen que allí se había cometido.

Lo único que logré descubrir fueron unas manchas apenas visibles en la alfombra, que debieron ser de sangre, pero que aparecían lavadas cuidadosamente con cepillo, según comprendí por los pequeñísimos fragmentos de cerda que encontré.

El portero me explicó que el día del aciago suceso llegó Mr. Talbot a eso de las 9 y se encerró junto con Williams en el despacho privado de este último. A las 10, aproximadamente, vió salir a Williams solo para dirigirse como de costumbre a su domicilio particular en Seymour Street, pero no sabía cuando salió Talbot, pues algo más tarde se retiró a almorzar y cuando fué a ocupar nuevamente su puesto en la portería debía ser ya cerca de las doce.

La tarde de aquel día no se presentó Williams a su despacho, por lo que el portero, algo extrañado, de su ausencia, se llegó a la habitación del mismo y abrió la puerta, que sólo estaba entornada.

Fué entonces cuando descubrí el cadáver de su amo, y, dando voces, corrió a poner en autos a la policía.

Yo, gracias a la feliz circunstancia de haber sido encargado personalmente de la investigación por la misma viuda de la víctima, pude inspeccionar el cadáver mientras era velado en su casa, examen que me permitió descubrir algunos pequeños detalles interesantes. El muerto presentaba la cara horriblemente desfigurada a martillazos, pero la herida decisiva había sido un profundo tajo en el cuello, producido por un instrumento poco filoso, pero de punta aguda. Además tenía el pulpejo de los dedos corroido por un líquido ácido y, lo que es curioso, descubrí también que llevaba bigote postizo.

Desde el primer momento todas las sospechas acerca del presunto autor del crimen recayeron sobre Talbot, pero tal hecho resultaba en verdad extraordinario en cuanto me ponía a pensar sobre el móvil del delito. En efecto, Talbot era dueño de una cuantiosa fortuna, al paso que Williams pasaba por una situación económica angustiosa, que se hizo más difícil aún en el último año, después de la enorme baja experimentada en las acciones que ambos poseían sobre las minas diamantíferas del Cabo.

Tal pérdida no podía afectar mayormente a Talbot, mientras que significaba la inevitable bancarrota de su socio comanditario. ¿Cómo explicar, entonces, el móvil del misterioso asesinato de Williams? Confieso que llegué a devanarme los sesos, tratando en vano de dar en el hilo del enigma. Pero una a una hube de rechazar casi todas las hipótesis que se me ocurrían, pues no hallaba ninguna siquiera verosímil. Ante la esterilidad de mis esfuerzos acerca de este punto, resolví aplicarme a una labor más práctica y útil, la de dar a todo trance con el paradero de Talbot. Pero aquí sí, amigo mío, que sufrí un descalabro completo. Talbot no aparecía por ninguna parte como si realmente se lo hubiese tragado la tierra. De nada me sirvió la cooperación de Scotland Yard, y en particular la de su activo inspector Mc. Gordon; no obtuve la menor noticia referente a su existencia a pesar de haber removido cielo y tierra para encontrarle.

Pasaban los años y yo no adelantaba casi nada en el esclarecimiento del asunto. Todo lo que logré fué forjarme algunas aventuradas teorías sobre el crimen y el criminal. Después, comprendiendo finalmente que todo era inútil, resolví dar por achivado el asunto entre mis legajos, para dedicarme a otras investigaciones de más positivos resultados. Confieso que me consideré ignominiosamente derrotado en esa especie de liza entablada entre mi amor propio de profesional y el escepticismo general del público.

Así transcurrieron casi ocho años, sin que se me ocurriera, ni por ensoñación, volver a ocuparme de Williams, hasta que en febrero del año pasado experimenté una de las mayores sorpresas de que puedo hablar en mi ya no breve vida de detective.

Una tarde, mientras sentado en mi butaca coordinaba conjeturas sobre el memorable robo del rubí de lady Quinton, oí sonar el timbre del teléfono.

—“Señor Brett, — dijo una voz fina y destemplada — ¿recuerda usted todavía el enigmático asunto del doctor Williams?”

—“Sí, perfectamente — respondí — ¿quién es usted y qué desea de mí?”

—“Disculpe, señor Bret, que me vea obligado por el momento a guardar mi riguroso incógnito, pero si usted acude ahora mismo a Audley Street, 17, sabrá eso y todo el misterio concerniente a la muerte de Williams.

Comprenderá usted, Warren, que no era yo hombre de hacerme rogar ante tan seductora proposición, por lo cual, tomando un par de buenos revólveres para prevenirme contra toda posible celada me dirigí sin demora a Audley Street, calle que, como usted sabe, sirve de perímetro al Park Lane. Las señas correspondían a una casa de modesta apariencia y de aspecto algo sombrío.

Al llamar apareció una señora con trazas de ama de llaves, y me rogó con gran amabilidad que pasara a las habitaciones de Mr. Wimbledon, quien desde hacía un rato me aguardaba.

Yo jamás había oído hablar de ningún Wimbledon, por lo que no pude menos que extrañarme de tan singular entrevista con un desconocido. Al penetrar en una espa-

ciosa habitación ví a un anciano de rostro macilento, que estaba postrado en cama y a un joven sentado a la cabecera del lecho. Al distinguirme, el anciano hizo señas al joven para que se retirara y, dirigiéndose a mí, con voz débil, me preguntó:

—¿El señor Brett?

—El mismo —dije asintiendo.

Con un gesto me invitó a tomar asiento.

Era un hombre de cabello y barba canosos, cuya salud debía ser muy precaria al parecer.

—Necesito, señor Brett, que guarde usted el más absoluto secreto sobre lo que voy a decirle, mientras me cuente aún en este mundo... Los médicos me han des-

Quedé suspenso por un instante, hasta que de pronto no pude contener un grito de sorpresa:

—¿El señor Williams!

—Yes.

—Aquí entre nosotros, le diré Warren, que no me sorprendió tanto el saber vivo a quien todo el mundo tenía por muerto — porque a esa conclusión me condujo precisamente una de mis presunciones, —sino que me resultó extraño verme tan inesperadamente en presencia de la “víctima”.

Mi interlocutor sonrió tristemente al oírse llamar por su verdadero apellido, y prosiguió:

—Señor Brett, deseo hacerle una amplia confesión sobre el asunto que le encomendara en 1917 mi

—Talbot.

—Eso es; pero déjeme continuar a mi modo. El día del crimen se presentó como de costumbre Talbot en mi despacho. Yo le aguardaba con impaciencia, porque desde hacía una semana había notado graves irregularidades en los libros de caja, de las que adquirí evidencia cuando, con motivo del balance anual, verifiqué la compulsión con el libro mayor. Aquella y otras maniobras fraudulentas por supuesto las había cometido mi socio Talbot a su favor.

Escogí aquel día para tener con él una explicación. Sus manejos en el dividendo de nuestras acciones le permitían enriquecerse además a mi costa, y esa sola idea me exasperó hasta lo indecible.

Cuando le increpé su proceder, lejos de reconocerse culpable, pretendió desentenderse de todas mis razones y usó de la más vil hipocresía. Yo, enneguido de cólera, en un arrebato incontenible, me apoderé del cortapapel que había sobre el escritorio, y lanzándome sobre él, se lo hundi en la garganta, con tal ardimiento que le produjo una hemorragia mortal. Al verle caer bañado en sangre, comprendiendo todo el horrible significado de aquel acto, se me ocurrió que sólo un plan podía salvarme de la cárcel o de la horca, así como del baldón que empañaría mi nombre. Imaginé hacrme pasar por la víctima, a fin de que la culpabilidad cayese sobre Talbot. Algunas circunstancias me favorecían: ambos éramos casi de la misma edad y con poca diferencia de estatura. Vestí a Talbot con mis ropas le apliqué un pequeño bigote postizo para acentuar la semejanza. Pero comprendí que aquello no era suficiente y entonces apelé al procedimiento incalificable, horroroso, de desfigurarle el rostro (el anciano cerró los ojos al decir esto como si evocase el espeluznante cuadro) y le destruí la piel de las yemas de los dedos, con el objeto de frustrar la identificación por el método de Galton.

Referí al portero toda la verdad y le comprometí a jurar el más absoluto secreto sobre el hecho en cuestión. Era un buen hombre que estaba unos veinte años a mi servicio y sobre cuya fidelidad no podía abrigar el más leve recelo. Dos días después comuniqué el secreto a mi familia, convencido de que no tardaría en advertir el engaño, y en adelante empecé a llevar una doble existencia bajo el nombre de Wimbledon.

—Pero. ¿Cómo no temía usted— le interrumpí — andar por las calles de Londres sin llamar a nadie la atención? Era tan fácil encontrarse con una persona conocida...

—Es que aún cuando quisiere salir no podría hacerlo pues, la parálisis de que padezco me tiene enclaustrado en esta casa y atado al lecho...

—Bien; adelante.

—Resultaba, pues, que Williams había sido asesinado ante la opinión de todo el mundo — si se exceptúa la de las personas que le he citado —, y nadie podía ser acusado del delito, fuera de Talbot.

—Entonces comprendí, Warren— dijo Brett, y me olvidé de decirlo antes, por qué la señora de Williams me rogó insistentemente que dejara de ocuparme del asunto dos días precisamente después de haberme encargado del mismo.

No terminó ahí la confesión del anciano arrepentido.



hauciado y creo que me quedan contados días de vida... ¿jura usted mantener estricta reserva sobre cuanto aquí le diga?

No tuve inconveniente en acceder a su deseo.

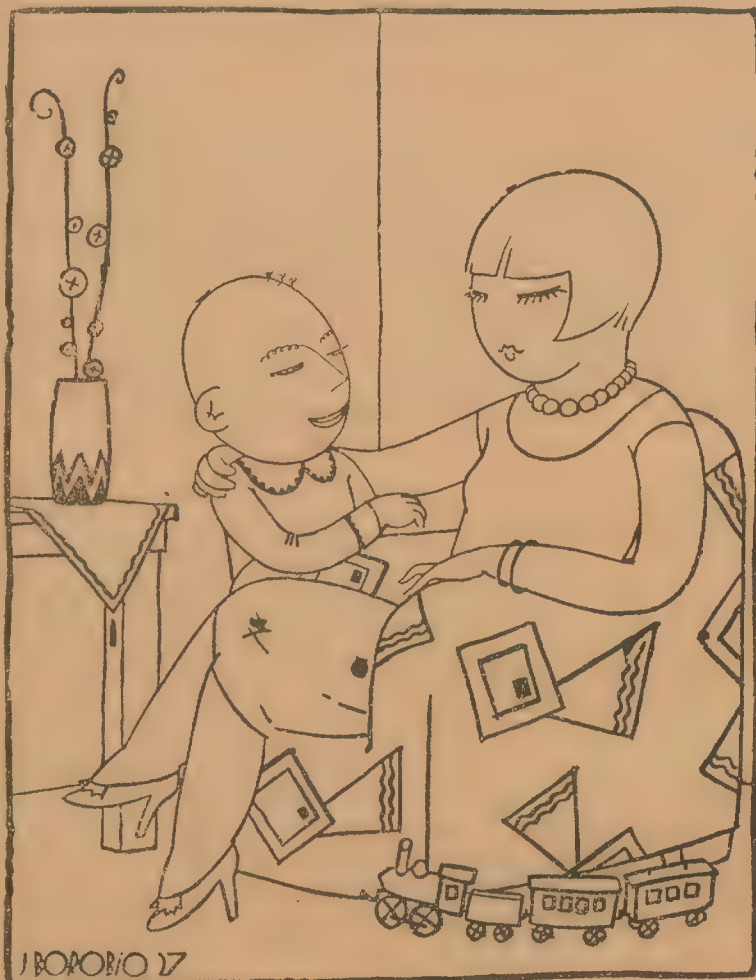
El anciano clavó su mirada fijamente en mis ojos, y me preguntó en un tono bastante enérgico:

—Míreme bien, señor Brett, ¿me reconoce usted?

propia esposa, ahora que estoy con un pie en el sepulcro y que podría irme al otro mundo llevando el peso de un crimen sobre mi conciencia.

Hablaba con precipitación, y a ratos se interrumpía para tomar aliento.

—Ya sabía usted antes, por lo que veo, que yo no fui asesinado. El muerto fué...



—Oye mamá, ¿por qué trotan los caballos?

—Por salir del paso, hijo mío.

—Deseo usar con usted de toda franqueza que me es posible —prosiguió. Hay todavía otra pequeña historia. Desde que adopté la personalidad de Wimbledon (cosa que hasta ignora mi propia familia), sentí un vehemente deseo de participar en los debates del Parlamento, en que habían adquirido tanto lustre mi nombre y mi reputación de abogado. Muchos habrían creído que se trataba de un anhelo irrealizable, pero yo encontré un medio bastante original para llevar a cabo mi propósito.

Conocí, casualmente, a un abogado recién ingresado en la profesión, el Dr. Sidney Mason, — que es el joven a quien ha visto usted al entrar — hombre de limitados alcances intelectuales, con quien realicé el siguiente convenio: yo me comprometía a prepararle virulentos discursos para apabullar a sus antagonistas en la Cámara de los Lores, y él en cambio, a más de guardar reserva sobre mi verdadera personalidad, debía prestarme apoyo económico, por no poderme yo mover de este lecho, a pesar de que mi cerebro funciona con la lucidez de siempre.

Tan rotundos éxitos ha obtenido Mason en la Cámara que los diarios le llaman "el joven y malogrado Williams".

Aquí terminó el relato de mi amigo Brett.

Pocos días después de la fecha en que tuvo lugar la conversación precedente, el detective me señaló una lacónica noticia del "Daily News", que decía:

"Ayer falleció repentinamente de un síncope cardíaco, Arturo Wimbledon, de 59 años, viudo, domiciliado en Audle y Street, 17, sin profesión conocida y a quien tampoco se le conocen deudos en el país".

Un mes después hallamos en el diario otra noticia más interesante aún. Empezaba así:

"El joven y distinguido abogado Mr. Sidney Mason, que ocupa actualmente una banca en la Cámara de los Lores, ha desaparecido en forma inexplicable de su domicilio, y se abrigan serios temores sobre la suerte que puede haberle cabido..."

Brett, al leerme el artículo, me dirigió una de sus más significativas sonrisas, y luego me dijo:

—Espero que no dejará de comprender usted qué motivo pudo haber inducido al "talentoso y distinguido Mason" a poner pies en polvorosa de modo tan precipitado... Faltando el combustible, la "lumbre" se ha apagado...

El repudiado

Por H. dos Campos

Creados por un simple soplo de sus labios los sentimientos, las pasiones y las virtudes destinadas al corazón humano, púsose Jehovah a hospedarlos, uno a uno, en el seno

de los dos primeros habitantes de la tierra.

—¡Yo quiero para mí el lugar más apartado, el alojamiento más simple! — pedía, con los ojos bajos, la Modestia.

a mí bástame un cuarto en los fondos, con puerta secreta que dé a los subterráneos.

—Yo viviré con ella, Señor — exclamó la Intriga. — Yo viviré con ella, que es mi hermana...

EL DESALIENTO

¡Abatirse porque se ha sido demasiado remiso! ¡Descorazonarse, perder ánimo por la razón única de no haberse mantenido a la altura de su deber! ¡Puede darse lógica más absurda? Esto fuera olvidar una verdad que se halla al alcance de la filosofía de M. de la Palisse, a saber: que es preferible cometer una sola falta, aunque grave y monstruosa, que cometer dos. A decir verdad vale infinitamente más — y digo infinitamente más, porque no hay comparación posible — no hacer faltas, que hacer una sola; pero esto se lo ha de decir uno antes de cometerla. Después de cometida, es ya demasiado tarde y no nos queda más remedio que aplicar el otro principio: vale más hacer una falta, que döss vale más hacer 90, que 100. Ahora bien; cuando uno se desalienta, añade una falta a la que ha causado su desaliento, puesto que sólo descorazonarse ya es una falta, y tal que origina muchas otras, iguales a las que se deploran como extremadamente fáciles de cometer y casi inevitables. Bien comprendida esta idea, de cuán tonto y peligroso es el desaliento, equivale a la idea del bien opuesto, a la cual nos inclina conforme al gran principio que llevamos expuesto.

Es preciso, con todo lo que nos resta de libertad, obrar como si no estuviéramos desalentados.

El secreto más eficaz para dar a nuestra vida el máximo de fuerza y de valor, y armarla así contra el desaliento, es fomentar en nosotros una gran pasión por un ideal.

De suerte que si el desaliento es el gran peligro de la vida moral, por dicha nuestra cábenos encontrar por doquiera medios con que sustraernos a su influjo.

P. A. EYMIEU

—¡A mí, destíneme la sala del frente, lujosa, abierta, incrustada de oro y perlas! — imponía, insolente, la Vanidad.

—A mí, Señor — susurró la Envidia rechinando los dientes: —

—Dame una sala discreta — suplicaba, sonriente, la Amistad.

—Resérvame un compartimiento, todavía mayor, vecino a ella y que se comuniquen — exigía, risueño y simple, el Amor.

ME VUELVO A TI

¡Señor, más que en Ti mismo

Puse en ella mi fe!

Cerca o distante, siempre dulcemente

Bañaba mi alma su fulgor de estrella!

Para mi amor, tenaz, impenitente

Si existió la Belleza en este mundo

Fué porque el mundo se encerraba en ella!

Y he aquí, Señor, que repentinamente

—nunca sabré por qué!—

De la infinita altura de mi cielo

me arroja al más profundo

Impenetrable abismo!

me vuelvo a Ti en demanda de consuelo!

Dime, mi Dios, si en realidad no existe

En esta vida, el Bien ni la Belleza

¿Por qué pusiste en mi alma

La dorada ilusión de un gran amor?

Que tu misericordia ampare a un triste

Que ya no puede más con su tristeza!

Y antes que en el desprecio, halle la calma

En el remanso de un piadoso olvido

Que cicatrice mi dolor!

Arturo ABALOS.



Luz, calefacción, ventilación y fuerza motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones.

COMPANÍA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 651-659

U. T. 31 - Retiro - 3401
C. T. 1387 y 2524, Central

Agitándose en torno de Jehovah, que los iba alojando en los dos corazones, todavía vírgenes, pasiones y virtudes reclamaban así un lugar:

—¡Un salón bien sólido, de puertas blindadas! — clamaba, exigente, la Avaricia.

—¡Una alcoba de lecho muelle!

— gritaba la Lujuria.

—¡Un compartimiento humilde!

— gemía la Caridad.

—Yo dormiré con ella... — pedía, las manos juntas, la Fe.

—Moriremos las tres juntas... —

suspiraba, los ojos en el cielo, la Esperanza.

—Yo velaré a la Puerta — decía el Coraje.

—¡Un cuarto, un cuarto bien oscuro; bien escondido! — imploraba el Miedo.

—¡Yo cobraré los alquileres de todos! — decía, arrogante, la ambición.

Estaban los dos corazones repletos ya de moradores, cuando al cerrarse la puerta se oyó un llanto angustioso de alguien que se dolía.

—¿Quién eres tú que no te hiciste recordar? — inquirió, volviéndose Jehovah.

—¡Soy el Pudor! — gimió, con las manos en el rostro, el retardario.

—Acojámosle, Adán; reabramos el seno para que entre — pidió Eva a su compañero, mostrándose compadecida.

—¡Imposible! — protestó, rudo, el bárbaro. — Arrójalo fuera; arrójalo!

La mujer acogiólo, sin embargo, en secreto. Y lo alojó, ella sola, en su corazón...

Vamos hacia el ingenio abandonado.

A la distancia, la vieja chimenea perdura el recuerdo de la gran fábrica azucarera. Su figura es esbelta e inspira solemnidad a toda la región que la circunda. Ella que absorbió el humo de sus hornos y vió como se tiró el último "petacón", entre la risa y la embriaguez, ahora asiste al ocaso de sus días, como un obelisco que el tiempo respetara.

¿Se oyen rumores en la fábrica? ¿Alguien trabaja allí dentro? ¿O son los espectros que viven enmohecidos como el hierro de esas maquinarias sin vida?

Nada hay en Tucumán que sea más inmensamente triste, como un ingenio abandonado. Es allí donde se encuentra la historia de este pueblo, escrita con caracteres de sangre, frescos, imborrables...

En esos muros que el tiempo los está desmoronando de viejos, hay cosas inauditas. Acercaos a esas paredes carcomidas por el roce de tantas noches espantosas, y oiréis narrar historias terribles.

Estamos junto a la chimenea.

Arriba, varios ojos avizoran nuestra llegada. De pronto el cielo se nubla por una inmensa bandada de aves negras. Se diría que esta chimenea sufre una pesadilla enloquecedora. En vez de humo, vomita ahora alas, muchas alas.

Nada ha sido movido desde su último día de funcionamiento. Ni una alma ha vuelto a entrar allí. La ruina se ha posesionado de todo. Todas las cosas ofrecen ese aspecto de abandono que nerva el espíritu.

Las arañas han impuesto sus telares que, como estalactitas, cuelgan desde el tirante más alto hasta el suelo. Hacia los ángulos de los salones se oye batir de alas, chirriar de huesos, graznar de buhos. Y, por un seco calicanto, tal vez por donde en otra época corría el líquido dulce a borbotones, ahora los lagartos han formado una pista de carrera. Trazando vericuetos se pierden en la tierra, aquí y allá.

A un costado, una cadena elevadora está cubierta de helechos y enredaderas. Han trepado ya varios metros, amenazando llegar al techo. De una grúa antigua, penden varias cadenas que el abandono las convirtió en horcas. En las noches de viento, estas cadenas deben ser cómplices de muertes horribles. Allí abajo hay vestigios de piltrafas, están indefinidas por la acción del tiempo. ¿Será todo esto un sueño? En otro salón hay varios sifones de tres a cuatro metros de alto, casi todos destruidos bárbaramente en su abdomen. Más al fondo, una escalera nos invita a descender a un subterráneo. ¿Lo hácemos?

Nuestro corazón empieza a latir con violencia. Estamos ante una expectativa angustiosa, pero el misterioso encanto nos arrastra hacia lo más recóndito de esta fábrica en ruina.

¿Qué de historias novelescas se contaron de los ingenios azucareros! Aquí también existieron los "mantenedores de la fortuna". Terribles monstruos que constituían la pesadilla de cuanto forastero llegaba a estas regiones. El pueblo le llamaba "demonio familiar". Blasón de la edad oscura, que resucitaba entre las arcas de estos potentados.

Por estos corredores mal olientes y sucios, pasaban las víctimas

EL FAMILIAR

Por Ezequiel Díaz

jóvenes que iban a dejar sus vidas ante las fauces del monstruo.

Era aquella novela fantástica, inverosímil, como salida de un libro de Poe, que se repetía por todas partes.

Cada ingenio contaba con uno o dos cuya clasificación zoológica a veces era imposible. Serpientes con siete cabezas, hidras venenosas, víboras verdes, etc. Siempre se apelaba a la fauna mitológica para representar a los feroces "mantenedores".

Había ingenios que tenían pequeños castillos a la manera medio-

cuello para permanecer una o dos semanas.

Los indios del Chaco santiagueño tomaron gran participación en estos casos. Una vez en los ingenios, después que se trasladaban por las facilidades de un contratista, nadie se acordaba más de ellos a no ser para sacerles el mejor provecho. El contratista se ausentaba a otra parte, a efectuar nuevas remesas, y no se guardaba ni registro ni nada, tan solo una simple lista por el número de cabezas.

Contábase que desde épocas remotísimas los propietarios de es-

VIDA, NUNCA ENVEJECES...

Vida, nunca envejeces,
tienes la novedad de la inocencia;
desde el fondo del tiempo tu juventud sonríe
con una gracia siempre nueva.

Jamás sienten fatiga
tu actividad fecunda, tu voluntad inquieta;
porfías, luchas, nada puede
resistir el empuje creador de tu fuerza.

¡Oh, Vida! Todo te obedece,
desde la gota de agua clara a la altiva conciencia.
En cada día, en cada noche,
¡siempre eres tú que cantas, siempre eres tú que sueñas!

El universo todo siente hervir
tu vino generoso en las arterias.
Activa, fuerte, poderosa, tienes
la juventud de Dios, eterna.

¡Vida, siempre eres joven!
¡Vida, siempre eres nueva!
Simple y profunda pasas, abriendo en nuestras almas
el surco donde cae un silencio de estrellas...

Manuel BENAVENTE.

Paysandú, (R. O.) 1927

eval, con salones reservados, sótanos, pasadizos oscuros con rejas de hierro, puertas que se abrían tan sólo de noche, en fin; en todo veía el pueblo al revestimiento de una austeridad inaudita, vedada siempre para él, y como una terrible amenaza que se cerniera constantemente sobre todos sus habitantes.

Eso de cada dos o tres meses, y especialmente en los tiempos de cosecha desaparecía un hombre tras los oscuros corredores; era cosa corriente. Nadie osaba penetrar a cilos en vía de investigación. Entonces sobre estos mismos hierros, se fundían las sentencias. Estas cadenas, que también servían para levantar brazadas de café, cumplían su misión monstruosa en las horas más avanzadas de la noche. Más al fondo estaban los bárbaros "cepos" a donde también caían las víctimas, asidas de los pies o del

tas fábricas confiaban sus arcas a un "familiar". El se encargaba de mantener y sumentar la fortuna.

Se decía también que solo su dueño podía velar del inestimable "tesoro", suministrándole periódicamente un hombre para satisfacer sus apetitos.

¡Guay del que descuidara del "familiar"! Acaecía la ruina y las fábricas caían en la bancarrota. Eso pasó en este ingenio cuyo abandono data desde entonces.

Un día, en ausencia de su dueño, no supieron proporcionarle su verdadero "alimento", y cuando se dieron cuenta de este contratiempo, el animal se deshacía de furia y de hambre.

Al primer hombre que asomó por allí cerca se le ordenó que bajara inmediatamente a barrer un "sótano". Tal era la treta. Pero cual no sería el estupor cuando,

momentos más tarde, vieron regresar al enviado todo abatido, desfalleciente, como si hubiera llevado a cabo una lucha terrible.

Pero aquí viene lo inverosímil, lo más absurdo de esta narración. Es que el pueblo tiene una poderosa fantasía para crear mitos a su antojo; y los va agrandando con sus comentarios cada vez más fabulosos.

Meses después del "soborno", se supo por boca de aquel mismo hombre que el "familiar" no era otro sino el dueño de la fábrica, enmascarado tras una indumentaria asquerosa.

A la siguiente cosecha, la gran firma se fué al derrumbe. Fábrica, maquinarias, plantaciones, todo se fundió; nada se libró a la acción lenta del tiempo.

El humo de un tren trazó a lo lejos un largo esfumino. Por entre los flancos lo vimos correr, plegando el abanico de los cañaverales.

Nuestro paso se detuvo nuevamente ante una inscripción. Era lo último que nos quedaba por ver. ¿Acaso una leyenda más?

La intemperie, el olvido, cubre allí esos despojos como grandes monumentos maldecidos por la ruina. Solo la chimenea, siempre altiva, siempre alerta, rasgando la monotonía del paisaje, se yergue majestuosa, cual si perdurara el recuerdo de la gran fábrica azucarera.

Napoleón y Josefina

¿Cómo pudo Napoleón — pregunta José Ortega y Gasset — gigantesca figura de la Historia, enamorarse de la frívola e insubstancial Josefina? Esta jamás comprendió al emperador ni se interesó por él. Se casó en un momento de apuros económicos, y siguió gastando y gozando. Josefina, que recibía joyas, reinos y una corona de Emperatriz, cuando hablaba de Napoleón, decía: "¡Qué raro es este Bonaparte!" La explicación es que Napoleón tenía un espíritu de *arriismo*, que le llevó a Josefina, suponiéndola el sumo de las gracias y de las elegancias, aunque él murió sin saber que jamás había sido presentada en el Versalles del "antiguo régimen", y de haberlo sabido, tal vez no se hubiera enamorado de ella...

Salvando un error

En la crónica referente a nuestro colega "Crítica", que apareció en el número anterior de esta Revista, se deslizó un error, debido a una simple equivocación tipográfica, por el cual se disminuía enormemente la capacidad del tiraje de la gran rotativa del citado diario, pues se le asignaba una impresión de 19.000 ejemplares por hora, cuando la cifra exacta es de 190.000.

El sacrificio de Mirtha

Por Roque Cepeda Verón

En aquel saloncito donde tantas veces otrora se reunieran con las amistades en amables tertulias, cuando todo parecía sonreír, la joven acongojada por la desgracia irreparable retorciase en lamentos, sobre el lujoso diván, sollozando ahogadamente, presa del dolor y la desesperación.

Su padre acababa de extinguirse como la llama de una bujía consumida, tras lenta y penosa enfermedad. Fuerte industrial, hombre de lucha, había alcanzado el triunfo en sus empresas, llegando a conquistar una posición económica y social envidiable. Feliz, formó hogar con una dulce muchacha que creyera en su valer, en tiempos no tan prósperos. Pero el amor los había conducido al matrimonio. Fruto de ese romance fué una niña. Pasaron los años y al cumplir quince, la heredera única revelóse con una belleza esplendorosa, que causaba admirativo embeleso.

A partir de tal fecha, la dicha presidía los destinos venturosos de esa casa.

Pero una noche, trágica noche, un truhan disfrazado de caballero, en el club donde solía concurrir unas horas, propuso a Esteban Morales; un negocio que fué su ruina.

El golpe había sido demasiado rudo, la hecatombe formidable, y el espíritu de Morales, templado en la acción, habría sabido sobreponerse a todo, salvarse a nado de ese naufragio y triunfar de nuevo si no hubiese intervenido un mal físico que frustró el esfuerzo.

Médicos y medicamentos, nada logró aliviar a Morales de la enfermedad que avanzaba con pasos agigantados. Y en breve lapso de tiempo esa vida que fué útil porque era vigorosa, noble y fructífera, fuése agostando hasta llegar al triste desenlace que abatíó a su compañera abnegada y a la hija hermosa y ejemplar.

II

La pena, honda, había grabado sus huellas en el rostro angelical de Mirtha, la hija huérfana. A la muerte de su progenitor había sobrevenido la enfermedad de su madre, a quien la ruina y la desgracia reciente transformáronla en un ser macilento, cansino, desfalleciente.

La gravedad del primer momento, sin embargo fué atenuándose poco a poco, no dejando por ello de subsistir el peligro.

El facultativo de cabecera llamó a la hija y en reserva le dijo, sin reticencias:

—Mirtha, tu madre no vivirá si no se la cambia pronto de clima. Su sistema nervioso profundamente lesionado y su psiquis vacilante y sin estímulos, lo exigen. La ciencia no podrá curar esa crisis sin contar con el apoyo de Natura. Además es menester una operación, que debe realizar un especialista en Alemania. El corazón está funcionando anormalmente y opino que antes de un mes debe trasladarse a la enferma allá.

Mirtha dejóse caer desvanecida. Cuando volvió en sí encontróse entre los brazos del anciano galeno

que trataba de consolarla confirmando lo expresado.

III

Mirtha era una joven bellísima, de cultura refinada; había recibido sólida educación moral y religiosa en un internado de régimen monástico. Virtuosa, buena hija, siempre al lado de sus padres, la frivolidad y el modernismo pertur-

bador habíanse estrellado contra su indiferencia. Esto la hacía más atrayente aún.

Ahora, sola, meditaba sobre las palabras del médico. Sabía ¡oh sabía perfectamente! que los escasos recursos de que disponían no alcanzarían ni para una semana más... La situación era terrible, patética. ¡Un dilema planteábase ante su mente! Su mamita enferma, grave y había que conseguir dinero para

UN DOMINGO EN "EL REPOSO"

(Al Dr. Ciro Durante Avellanah).

Terminaron las clases del año en el Liceo, llegamos a la chacra tan buena para mí; allí las colegialas, en franco regodeo, se estrechan y confunden en torno de Mamí.

El cielo esplendoroso derrama su dulzura, las sugerencias todas invitan a soñar; al fondo de la huerta, sumido en la espesura, dormita el arroyuelo debajo de un pinar.

El prado, la colmena, la granja y el molino circundan los jardines de pálido arrebol; la cancha de lawn-tennis, a un paso del camino, fulgura con los rayos magnéticos del sol.

Los juegos, el deporte, la música y la danza imprimen sus matices con noble frenesí. El año fin de curso... ¡qué suave remembranza confunde a las amigas en torno de Mamí!

Un año más que estrecha el vínculo afectuoso, un año que termina sin pena ni inquietud, como otros que pasaron también por "El Reposo", como otros que pasaron por nuestra juventud.

¡Qué pronto se ha extinguido la blanca luminaria de un año de existencia que alumbra nuestro ser! ¡qué pronto se disipan con fuerza extraordinaria las luces promisoras de cada amanecer!

Del pájaro en la rama se oirán otras canciones, veremos otro cielo de nácar y rubí...; entonces, bien es cierto, no irán de vacaciones las jóvenes graduadas, colegas de Mamí.

El núcleo se disgrega sin rumbo demarcado, se inicia un nuevo ciclo de estudio superior; para unas, el camino de un breve doctorado, para otras, el influjo sereno del amor.

El manto de la noche se extiende, se dilata, nos vamos de la chacra tan buena para mí; allí, bajo la luna magnífica de plata, las niñas se despiden en torno de Mamí.

Un año más que estrecha el vínculo afectuoso, un año que termina sin pena ni inquietud, como otros que pasaron también en "El Reposo" como otros que pasaron por nuestra juventud.

Moisés M. COHEN.

llevarla a Europa, a toda costa. Y ¿dónde obtener el dinero?

Después de una noche de pervigilia, lacerante, horrible, brotó en su ánimo una determinación definitiva: trabajar. ¿Pero qué podía ella hacer que obtuviera tanto como se necesitaba para salvar a su madre?

IV

El estudio de Héctor Carabassa había cobrado aquella mañana mayor animación que de costumbre.

Alto, de simpática figura, paseaba por la habitación nervioso. La crítica, sus admiradores, el público todo reclama su obra genial que lo immortalizará. Ya la consagración la había obtenido al año anterior en forma ruidosa. Necesitaba crear algo superior, modelar algo excelso y su inspiración no le ayudaba.

De todas las muchachas que habían desfilado por allí ninguna servía para sus anhelos artísticos.

Miró a un reloj. Eran las 12 horas. Quitóse el guardapolvos dispuesto a retirarse cuando el conserje anunció una visitante.

Frunció el ceño. ¿Quién sería la inesperada e importuna? Tenía contraído un compromiso y no deseaba demorarse.

—Debe ser alguna aspirante más fea que mi abuela — exclamó desalentado — no estoy para nadie...

Pero la frase quedó inconclusa.

En el marco de la puerta hizo su aparición la figura de una muchacha encantadora. Mirando fijamente avanzó con lentitud segura, irradiando majestad y armonía. Al aproximarse al escultor le solicitó trabajo.

... Cuando Mirtha Morales apareció sobre el tablado, completamente desnuda, con ese cuerpo estatuario, de líneas perfectas, blanco y reluciente como péntico, con su sedosa cabellera negra caída en gudejas hacia atrás, resplandeciente de juventud, rítmica, radiante, incomparable, como una diosa, dispuesta a posar, Carabassa dejó caer la espátula y no pudo contener una exclamación de asombro. Tal la hermosura de ese físico.

Pasaron dos semanas. Mirtha reclamó sus salarios. El dinero que Carabassa ofrecía a la modelo que llenara las condiciones de su concepción.

Un cheque sustancioso fué el pago y ella lo recibió ansiosa; con esa plata podría mejorar su mamá.

Y este pensamiento la consolaba en el dolor de ese sacrificio, de ese martirio de romper su pudor y exponer sus formas. Sacrificio doloroso, pero necesario. Carabassa enterado de esta abnegación, producto del amor filial, lloró arrodillado ante Mirtha y de sus labios trémulos por la emoción, admirando esa acción sublime, le expresó todo lo que por ella sentía.

Su obra habíase hecho por ella, a ella debería la gloria.

Se oyó en el taller el susurro glorioso de un beso sutil y purificante. La conjunción de dos existencias en ese soplo exquisito y supremo que el Arte, el Amor y el Deber exaltaban por sus dones generosos.



Se ha publicado en París una nueva biografía de Delacroix. Escrita amenamente, deliciosamente, novelescamente, no aporta un solo juicio crítico que pueda completar los que ya escribieron Taine y Baudelaire, Maclair y Mauricio Barrés, Meier-Graefe y Geoffroy y tantos otros, y antes que todos ellos, un jovencuelo desconocido que hacía poco había llegado a París, llevando por única arma conquistadora su título de abogado: se llamaba Adolfo Thiers.

Tampoco hay en esta nueva biografía de Delacroix una sola noticia de su vida que agregar a las que él mismo recogiera en su *Diario* y en sus *Cartas* ordenadas por Felipe Burty, a las que refirieran sus contemporáneos, el primer Alejandro Dumas, Jorge Sand, Teófilo Silvestre y madame Jaubert, y finalmente, a las documentadas que han expuesto Raimundo Escholier en los tres tomos dedicados al estudio del pincel mago de Delacroix y Andrés Girodier en su inquietante investigación sobre la paternidad de donde el hombre insigne procedía... Sin ninguna prueba, sin ningún razonamiento o inducción o deducción que ya no conociéramos, el nuevo biógrafo de Delacroix da por cierto que era hijo de Talleyrand, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores del Directorio, después de haber sido presidente de la Asamblea Nacional. Como una página vivida, el nuevo biógrafo refiere el desasosiego febril, la tristeza doliente con que el niño enfermizo, delgado, pálido, pregunta a su madre por qué no se parece a sus hermanos mayores, recios, vigorosos, de amplias espaldas, con fuertes puños, que manejarán airadamente sus sables de oficiales en las huestes de Napoleón... Otro día sobrevendrá la dolorosa revelación cuando, mozo ya, poseído de la revelación de su genio, exaltado por el esfuerzo de la producción de sus primeras obras, casi enloquecido en la lucha por encontrarse a sí mismo, por reconocerse, por hacer tangible su concepción del arte, de la luz, del color, halla en el joyero de su madre un retrato de Talleyrand... A pesar de la diferencia de edades, —el diplomático aparece allí con algo más de cuarenta años—, el mozo Delacroix ve en aquel retrato su propio rostro, como si hubiera envejecido... La frente, la arceda de las cejas, los pómulos salientes, la contracción de la boca, la viva luz de los ojos, la intensidad indagadora de la mirada, la expresión entera del rostro, del gesto, de la actitud... "Ninguna duda posible. En Talleyrand había reconocido a su padre..."

Más adelante aún, cuando Teófilo Silvestre comienza a publicar su *Historia de los artistas contemporáneos*, Delacroix, famoso ya, lee en sus páginas estas palabras: "Delacroix es un carácter violento, colérico, pero dueño de sí mismo. Nacido en el corazón de la diplomacia, criado sobre las rodillas de Talleyrand, que fué el sucesor de su padre en el Ministerio de Relaciones Exteriores, ocuparía mejor que lo hiciera Rubens, la más brillante Embajada..."

Luego era cierto su origen adúltero... Se le aparecen, entonces, en desfile entristecedor, recuerdos de los días de la niñez, que parecían borrados y olvidados para siempre; recuerdos de sucesos in-

"Hernani" y "La barca de Dante"

¿Delacroix era hijo de Talleyrand?

Por Dionisio Pérez

significantes e inexpressivos entonces, de extrañas miradas de los familiares, de palabras y frases incomprensibles... Y, además de

referido a Silvestre, sino que lo había escrito en sus *Memorias*, más tarde publicadas: "¿Es necesario recordar — dice en ellas —

tribuyó a que fuera nombrado ministro de Relaciones Exteriores el padre de Delacroix, cuya madre era encantadora..."

Y no hay, en realidad, otros testimonios contemporáneos. Para Delacroix, desde niño, la inquietud de su origen es uno de los más vivos acicates para refugiarse en el consuelo de su arte, para obsesionarse con su obra, para trabajar sobre los cartones y sobre el lienzo de sol a sol, para entregarse a la lectura de Dante, de Shakespeare, de los historiadores y los trágicos clásicos durante muchas horas de la noche... Y siempre que podía, para acudir a escuchar música, que se coloreaba ante sus ojos cerrados, nota a nota, en milagrosas transmisiones del iris...

Leyendo el *Infierno*, vió cruzar sobre la charca pestilente la barca que conduce a Dante y a Virgilio... "Una sombra cubierta de fango me dice: ¿Quién eres tú, que vienes aquí antes de tu hora?...". Y se estremece Delacroix advirtiendo que estas palabras hacen surgir en su alma la visión del arte nuevo; el arte de la vida y del espíritu ensamblados, yuxtapuestos, incrustados una en otro; el arte del amor, de la luz con que el sol enciende a la tierra y la hace estallar en infinita multitud de colores y matices... La barca de Dante llega a la Exposición de 1822, como primera definición del romanticismo, como protesta airada contra el amaneramiento, contra el convencionalismo teatral, contra el perfeccionismo sin espíritu del arte que no se ha sentido violado, fecundado por la tremenda revolución política y social hecha por Francia... En la guillotina fueron segados centenares de cabezas; en los campos de guerra, Napoleón ha lanzado al dolor y a la muerte millares de hombres, enloquecidos por el delirio de la gloria heroica; se han profanado los palacios y los templos; Europa entera se ha visto despedazada; pueblos enteros fueron desgajados de sus troncos raciales, como débiles ramas tronchadas por el viento... y los pintores continúan con sus paletas grises y sus pinceles inhábiles, y los escultores con sus cinceles embotados, sin sentir, sin comprender y sin expresar la emoción del mundo nuevo que nace!

La barca de Dante — dice Gosselin — fué como el manifiesto de la nueva escuela, y encendió las luchas airadas entre clásicos y románticos. El estreno de *Hernani* llegó después, ocho años después, en 1830, y ya entonces Delacroix había consolidado su fama, consagrado su concepción del arte... Si en los teatros la apasionada lucha llegaba al arrojamiento de tronchos de coles y otros proyectiles, en el Salón las discusiones violentas ante la *Barca de Dante* y *Virgilio* terminaron más de una vez con bofetadas y bastonazos, cruzamiento de tarjetas y concierto de lances de honor... Y luego, cuando Delacroix declaró que no tenía nada que estudiar y aprender en Roma y que se iba a Tánger a recorrer Marruecos, a buscar luz del sol, naturaleza plena de colorido, costumbres exóticas, poesía, tradición y misterio, ¡qué airadas conmina-

Inauguramos recientemente
nuestra sucursal en Rosario

"Palacio
Fuentes"

DI RISIO Hnos.

DAMAS Y
CABALLEROS.

ROSARIO - SARMIENTO 722
U. T. 23 - 230

BUENOS AIRES - CALLAO 1103
U. T. 44 - 5182

cierto, era suceso ya conocido de las gentes... Se atribuía la indiscreción primera a la linda y desenvuelta señora Jaubert, la amada del famoso abogado Berryer, primo del pintor. No sólo lo había

que algunas veces se comentaba en voz baja cómo aquella palidez del rostro y aquella sonrisa forzada de Delacroix evocaban el recuerdo del príncipe de Talleyrand?... En tiempo del Directorio, el príncipe con-

EL CABALLO Y EL CARANCHO

Pacía un caballo tranquilamente en un potrero de alfalfa y ya satisfecho su apetito, olía y mordisqueaba la yerba tierna meneando la cola para espantarse los mosquitos y los tábanos que le atenaceaban a traición.

A poca distancia un carancho vino con tardo vuelo de aeroplano que aterriza, a posarse sobre unos escuálidos restos de carroña que a la vera del camino apesta el pastizal. El ave de rapina comenzó con menudos y certeros picotones su macabro festín de carne muerta y al rato saciada ya su hambre, fué a descansar, encaramándose sobre un poste del cercano alambrado.

El caballo que había vuelto la cabeza con disgusto, así relinchó pensando del carancho. — ¡Qué bárbaro! vaya un animal antipático y asqueroso: Y el pajarraco — extendiendo sus alas para remontar nuevamente su pesado vuelo — graznó con desprecio mirando al equino — Parece mentira que una animal tan grande y fuerte se contente con esas miserables yerbas insípidas... ¡qué tonto!

Ambos desde su punto de vista, que era el de sus instintos y el de su estómago, se juzgaban sin compasión y es por eso que colocados en ese trance "los animales nunca llegan a entenderse".

Domingo SASSO

ciones, qué injurias, qué apenas disfrazadas alusiones al origen impuro!...

* * *

Luego, pasada la contienda, triunfante el romanticismo, Delacroix se recluye en su estudio de la calle Furstemberg, y trabaja afanosamente esperando la muerte libertadora. ¡Qué inmensa labor! En 1885 se celebró en la Escuela de Bellas Artes una Exposición de sus cuadros y se reunió allí más de cuatrocientos. Robaut ha catalogado en prolija enumeración la obra completa del pintor. De ella, el poeta de las *Flores del mal* dijo: "Nadie, después de Shakespeare, ha llegado a fundir en una unidad misteriosa la realidad y el ensueño..." pero, además, con qué prodigalidad, con qué fecundidad, con qué desbordamiento de alma torturada...

Y es que, sin duda, el niño enfermizo que escuchó un día a un loco vagabundo de Burdeos profetizarle: "Serás célebre, pero tu vida será de las más atormentadas, y transcurrirá torturada por todas las contradicciones"; el joven exaltado y soñador de quien se burlaban sus camaradas del Liceo Napoleón porque tenía "manos de señorita"; el hombre apasionado amante de la belleza, que no acertó a revelar la angustia de su corazón a la deliciosa inglesa Isabel Salter, que le miraba tiernamente, y la esperaba noches enteras, a obscuras, en la puerta entreabierta, imaginando a cada ruido, a cada eco, a cada susurro, que era ella, acercándose; el visionario hasta la vejez y hasta la muerte no estaba seguro de ser hijo del príncipe Talleyrand... Seguro, acaso, de que el apellido que llevaba no le pertenecía. Un documento publicado en *Le Moniteur* del 24 germinal del año VI informaba del tumor monstruoso que un hábil cirujano extirpó a Carlos Delacroix, ministro de Relaciones Exteriores del Directorio y padre imaginado o legal del pintor... Pero, después de eso, no hay ningún documento, ningún hecho preciso, ninguna relación cierta, sino vagos indicios, remotas murmuraciones, que prueben la existencia de un amorio fecundo entre la esposa de Carlos y el príncipe de Talleyrand...

* * *

Aún no agregando nada nuevo a cuanto ya sabíamos, es deliciosa la conmovedora biografía nueva escrita por Courthion y publicada estos días. Francia tiene el amor, la devoción, el culto de sus hombres gloriosos, no ya de los geniales y de los creadores, sino de los mediocres, de los seguidores y continuadores... Hay un espíritu nacional, como un instinto de raza, que impulsa a los escritores franceses a renovar, a rehacer, a difundir ante cada generación las biografías de los antepasados ilustres. No tiene otra justificación esta reciente *Vida de Delacroix*... Justo será hacer notar que en España carecemos completamente de aquél noble instinto y dejamos a nuestros muertos, más o menos gloriosos, en el panteón del olvido.



MIS DIOSES TIENEN SED

Hay gustos muy diversos entre el género humano: hay quien cría ratones o amaestra gusanos; y como esto del gusto muy vario suele ser yo voy a confesaros que tengo el mío también: Me lanzo por la noche a do el azor me lleva y observo a esos sujetos que duermen en las puertas. La variedad es tanta, que por más que me esfuerzo no conservo de algunos, el más simple recuerdo. Pero hay tres, una vieja, un chico y un hombrón que están en mi retina como en moza el amor. Son seres sin familia, sin profesión ni hogar a quienes no preocupa del mundo lo esencial. La vieja es tuerta y renga, medio calva y sin dientes; el chico es algo bizco y con giba incipiente, y el hombre un elefante por su talla sin par su vientre, sus orejas y su costrosa faz. Son seres iniguales que conozco muy bien, y sólo les conozco un hábito a los tres. Les gusta, ¡pobre gente!, refrescar la garganta con vino o aguardiente, con ajeno o con grapa. Esto sí, si les falta, cuando van a dormir no hay mármol que les sirva de mullido cojín. Y como lo he observado, y como lo conozco, no permito que sufran por eso, que es tan poco. Y voy a sus reencuentros, y aunque mis labios callan, los tres me siguen prestos al almacén de casa. Ya lo sabe el tendero, a la vieja un cognac, al chico un aguardiente y al hombre un Pinerál. Y al terminar el acto, con su diestras mojadas de restregar sus labios, me dan una palmada. Es un desfile breve, parece que tuvieran después de haber bebido, desdén por la taberna. Hay algo sobrehumano en estos tres fantoches que no me zalamean por mis invitaciones; hay algo muy solemne y muy digno en los tres astrosos que a diario por mí calman su sed. Y como el agasajo es la humana flaqueza como no me la otorgan yo se la rindo plena: Y a la trivial palmada que en un brazo me dan yo respondo al instante doblegando mi faz. Parece lo descripto recepción palaciega, no obstante el pestilente local de la taberna. Cual dioses que perdieron su culto y sus devotos parecen estos entes sarnosos y beodos. Y es tanta la costumbre de ir con ellos a Baco que no puedo dormirme sin pagarles un trago. ¡Qué queréis! Es mi gusto, mi más pleno deleite satisfacer el ansia viciosa de esta gente. Aunque pienso, contrito, que vicio no ha de ser el anhelar lo único que calme cierta sed. Y por eso les busco y les pago la copa, creyéndome con ello cumplir una gran obra. Y cuando, por olvido, me retiro a mi hogar sin haberla cumplido, mi sueño es anormal. Y dicen que deliro y que más de una vez exclamo: ¡Qué desdicha! ¡Mis dioses tendrán sed!

José PAVIA R — JAEN.

Dibujo de Ovidio Núñez Abrego.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folietos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —



Pujol, Preysler & Cia.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

Velocidad del vuelo de las aves mensajeras

Está comprobado por la experiencia que las palomas mensajeras pueden alcanzar una velocidad máxima de un kilómetro por minuto, pero esto durante poco tiempo. Pueden salvar una distancia de 400 kilómetros en diez horas, lo cual representa una velocidad media de 40 kilómetros por hora. El máximo de velocidad media y de tiempo o duración del vuelo, puede ser de 50 kilómetros por hora durante 15 horas; pero este máximo no es frecuente que lo alcancen.

Años antes de la guerra europea, un Oficial del Ejército ruso Mr. Smolloff, había amaestrado algunos halcones para el transporte de mensajes. Estas aves realizan vuelos sostenidos y prolongados a una velocidad media de 50 kilómetros por hora. Dicho oficial comprobó algunos casos de vuelo de 1.000 kilómetros en 16 horas, o sea a una velocidad media superior a 60 kilómetros por hora.

La ventaja de los halcones, no es solamente la mayor velocidad de su vuelo, sino que como vuelan a mucha mayor altura que las palomas están expuestos a menos peligros. Además, pueden transportar más de un kilogramo de peso sin perjuicio de la velocidad de su vuelo.

En la escuela

El maestro. — Vamos a ver, señor Gutiérrez: ¿quiere usted decirme algunas palabras que terminen en era?

El discípulo. — Cochera, papele-
ra, palmera, menos la palabra bor-
rachera, que termina en ido.

El maestro, extrañado. — ¿Y por qué termina borrachera en ido?

El discípulo. — Porque todos los sábados se emborracha mi padre y termina por ser detenido.

La Academia Provincial de Bellas Artes de Córdoba

A pesar de que el día, por razones especiales era poco indicado para la asistencia de los alumnos, tuvimos, al visitar la Academia de Bellas Artes de Córdoba, una favorable impresión. — Todo allí está saturado de un ambiente de tranquilidad y de orden, propicio para el trabajo.

La ponderable disposición de ánimo que para "Fray Mocho" tuvo el Director, Don Emilio Gómez Clara y la gentileza del Vice, Don Carlos Camilloni nos facilitan nuestra tarea de curiosos que vamos con el simple deseo de dar noticia, a los que lo ignoren, de que en Córdoba, ciudad admirable por muchos conceptos, existe una academia que desempeña un importante rol estético y social y de donde han egresado verdaderos artistas que luego en Buenos Aires, en plena Florida, nos han empapado la retina con el verde fulgurante y mágico de las sierras, nos han hecho beber el agua clara y mansa de los arroyuelos y nos han hecho soñar, vagando por los caminos so-



Dibujo de Rosario Martínez

licitarios del valle desde donde a veces divisamos una iglesuca y un caserío.

Nunca pudo estar una Academia de Bellas Artes situada en sitio más propicio que Córdoba: mil motivos en la ciudad colonial y pintoresca; mil motivos con sólo dar un paso, en las sierras, en los montes, en los ríos. Sucesión infinita de cosas y paisajes que nos devuelve la emotividad a los que la hemos perdido en el tráfigo prosaico de la gran urbe.

Fundada en 1896, fué dirigida la Academia hasta 1916 por el pintor Emilio Caraffa, el que fué secundado por artistas de mérito como el actual director y el pintor López Cabrera.

Más tarde le tocó a Gómez Clara la prosecución de la obra principiada y comenzó por la renovación de los métodos e implantación del modelo vivo, completándose los cursos con estudios de anatomía, perspectiva, decorativa y historia del arte.

El plan actual compónese de dos ciclos de tres años cada uno. El primero tiene por base la copia de modelos ornamentales y anatómicos de yeso y el segundo la de modelos vivos.

Desde 1923, Carlos Camilloni ocupa la Vicedirección del establecimiento y a su esfuerzo e inteligencia se debe el grado de perfección a que las artes aplicadas han llegado en los estudios realizados por los alumnos. Verdadero maestro, Camilloni estudia y aplica métodos eficaces que le permiten ayudar a cada uno de sus discipu-

los a encontrar su propia personalidad. Hermosa prueba de ello, aunque escasa e incompleta son los dibujos que sirven a la Escuela de Tapices para la confección de toda clase de tejidos, cuya belleza se pudo admirar hace poco en Buenos Aires, en los Salones de la Sociedad Amigos del Arte, cuya actividad y fines son por muchos conceptos loables.

De la Academia que nos ocupa han egresado artistas que se perfilan ya con interesantes relieves y que en estos momentos destacan una singular personalidad, sino definitiva, por lo menos prometedora de un futuro óptimo; entre ellos podríamos citar a Francisco Vidal, Antonio Pedone, José Malanca y al escultor Bazzini Barros, cuyo descanso prolongado no podemos menos que lamentar ya que él deja escapar con el tiempo energías que podrían traducirse en obras bien equilibradas y sentidas, que tiene sobradas condiciones para producir. Estamos seguros de que si este escultor mandara al Salón Nacional, cobraría de inmediato particular relieve.

Vidal ha sido premiado en la Exposición Internacional de Arte Moderno de Madrid (1924), a la que como es sabido, concurrieron artistas de fama universal.

En 1923, fueron instituidas por el gobierno provincial, becas para estudios artísticos en el extranjero y fueron ganadas en el concurso realizado para su adjudicación, por Vidal, el escultor Héctor Vallaza, otro valor en formación con base en la Academia y Antonio Pedone. Este último ha sido premiado, por segunda vez en el certamen nacional últimamente realizado.

José Malanca, que como ya dijimos debe también sus principios a la Academia, acaba de obtener por concurso una beca y tenemos la seguridad de que sabrá aprovecharla porque ha demostrado ya tener talento.

En 1922 fué creada la Escuela Nocturna de Artes Aplicadas los Oficios, anexa a la Academia, con el propósito de difundir los conocimientos artísticos y técnicos en la



Dibujo de E. Pereyra Sarmiento

clase obrera. Loable idea, a nuestro entender, que traerá aparejada estético en la clase social referida y que redundará no sólo en su beneficio haciéndola más apta para el trabajo, más consciente de su valer, sino también en beneficio colectivo, aminorando el mal gusto imperante en algunos gremios.

Un simple friso de zaguán, hecho por un oficial pintor, puede tener un valor estético real, con el mismo trabajo a veces con que se hace uno vulgar y malo.

Este es, sintentizando, el programa social de la Escuela Nocturna, programa que a todas luces merece la atención de los gobiernos ya que se trata de una de las facetas, importante en sumo grado, de la cultura nacional.

Unos ciento cincuenta alumnos concurren por ahora a la Escuela aludida, en su mayoría obreros de los oficios que tienen afinidades con el arte. Estos obreros son decididos propagandistas del estudio



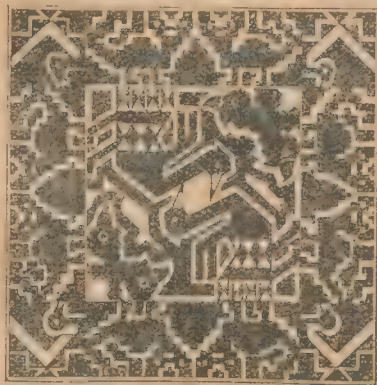
Dibujo de Rosa Belmonte

que realizan, porque al ser mejor considerados y retribuidos en los talleres donde trabajan, se dan exacta cuenta del valor que tiene la educación estética que reciben. No obstante, el gobierno debía en todo momento contrituir con su estímulo, lo que provocaría también un mayor interés por parte del pueblo que pasa indiferente ante cosas que, si se le quitaran, le desesperarían.

Actualmente, funciona en la Escuela clases de modelado, dibujo ornamental y lineal aplicados a la arquitectura, dibujos decorativo y de mecánica y pintura decorativa. En todas estas especialidades, los profesores respectivos operan con métodos y talento encomiables, tratando, a la vez, que los discípulos asimilen lo elemental y básico, comprendiendo su utilidad y aplicando los conocimientos, y que descubran su personalidad, creando sobre esas bases, sin frenos ideológicos ni prejuicios de escuela. No maestros acartonados, inflados de espejismos científicos, como hay muchos por ahí, sino sabios compañeros, generosos amigos que enseñan y guían con verdadero interés humano y fe artística.

Una cosa nos parece oportuno puntualizar antes de cerrar esta crónica: la exigüidad y condicio-

nes inadecuadas del local que la Academia ocupa y a la que es necesario y puede decirse urgente proveer de un edificio especialmente construido, con las características sanitarias y técnicas indispensables. Idea magnífica hubiera sido la de hacer, juntos o muy vecinos, la Academia y el Museo. Este, que es para el pueblo un valio-



Dibujo de M. Laura Molina

so elemento cultural, es para los estudiantes de bellas artes una lección muda e intensa que les conviene recibir constantemente.

Aún algo más, de otro carácter. Sin olvidar muchas bellas realizaciones de artistas cordobeses, creemos necesario hacer resaltar la conveniencia de que, tanto los profesores como los alumnos y los artistas independientes, no olviden que se encuentran en una provincia riquísima en modelos. Antes de nuestro regreso pudimos ver una exposición que realizaba un alumno de la Academia. Aunque bien encaminado, con escasísimas excepciones los cuadros estaban hechos en el radio del Parque Sarmiento, con una coloración uniforme, pobre de tonalidades. Ahí cerca, sin embargo, están las sierras y los ríos con su policromía brillantes; los rancheríos de los alrededores; las viejecitas encorvadas que por las mañanas van a la primera misa; la masa humana y sugestiva de los mercados; las procesiones... todo ese conglomerado de cosas y escenas que emocionan y que añoramos constantemente los que nos vemos obligados a permanecer lejos.



Dibujo de Rosario Martínez

Piensen los artistas que viven en Córdoba y que tienen el inacabable tesoro de sus paisajes siempre nuevos, en lo que tendrían que padecer si vinieran a hacernos compañía, a aburrirse con nosotros, repitiendo hasta el cansancio los mismos motivos!

Horacio MARTINEZ FERRER.

EL RECUERDO

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Allá, en un vallecito al pie de las sierras, cerca de las termas de Rosario de la Frontera, viven en un humilde ranchito de barro, un viejecito criollo con su hija Basilisa y su nieto de tres años.

Silisa, como la nombra su padre, es lavandera; tiene muchos clientes en el hotel, que le dan su ropa a lavar y es allí muy afamada como buena y puntual. Sabe blanquear las prendas al sol, dejándolas más albas que espuma de leche, y hasta hay quien dice que las entrega perfumadas, con la fragancia de flores silvestres.

Es Silisa una muchacha donosa, de veinte años; un lindo tipo criollo; alta, delgada, de cuerpo cimbrón, y con dos ojazos más negros que semilla de chirimoya; un verdadero viricuyá serrano, sabroso y tierno, nacido de la pasionaria.

Tiene un hijito vivaracho y sano, al que llaman Eligio; es éste la alegría del abuelo ño Cipriano.

Viven felices, el uno para el otro, trabajando de sol a sol, satisfechos de que sus recursos le alcancen para el día; al siguiente ¡Dios proveerá! Tienen miel, leche de cabra y hacen cuajada para les delicados del estómago que se hospedan en el hotel de las termas y esto les da para poder costear los vicios y hasta comprar harina para las papillas, del glotón chiquilín.

Silisa había amado, y hoy odia a aquel que le prometió mucho, no dándole más que penas a cambio de su sacrificio y pruebas de cariño.

Fué el tal, un abogado porteño, que, luego de aprovecharse de una pobre joven, de alma pura e ingenua, dejola abandonada a su suerte

en aquella tierra lejana de provincia, donde ella naciera. Pero el Señor, que nunca desampara a las madres buenas, le ofreció su mano ayudándola a levantarse, dándole fuerzas para soportar el terrible golpe moral, y criar a su hijito, que es la única alegría del burlado anciano.

* * *

Cierta tarde en que se barruntaba tormenta, y hacía un calor insostenible, estaba el anciano sentado sobre un viejo tronco, bajo la sombra de un árbol, enseñando a su nietecito a zapatear al compás de un monótono silbido de un gato, que acompañaba palmeando sus manos para así mejor marcar las quebradas.

Silisa había ido a reunir las cabras, pues la tormenta se pintaba fierá. El cielo tenía mala cara, nubarrones negros, que parecían moretones, oscurecían el rostro del firmamento, sombreándolo y dándole un aspecto agresivo, como si estuviese dolorido, con retortijones de vientre, debiendo forzosamente vomitar su empacho para sentir alivio.

De vez en cuanto, se oía un trueno ronco, largo y sostenido, como un quejido de dolor humano, seguido de un relámpago que, al agrietar las nubes, parecía una boca que despedía al espacio un eructo repleto de gases cuyo fuego interno le quemara sus entrañas. Esto hacía la atmósfera más pesada. Los perros andaban con la cola gacha, y los cabritos balaban con tono lastimero.

Es tan rara una tormenta en

esos lugares, que cuando se anuncia todos la temen, por los rastros que ella deja.

Acercóse a la choza un hombre de porte distinguido y desde el corralito de pircas dijo:

—Buenas tarde. ¿Es aquí la casa de Cipriano Flores?

—Sí; adelante. ¿Qué se l'ofrece, joven?

—Yo deseaba hablar con Basilisa.

—¡Ah, ya sé! ¿Usted es el mozo de la cuada, no? Este... vea, ella no se l'ha llevao porque con la tormenta la leche se agriao.

—Yo no venía por eso.

—Entonces... usted dirá, po; pero dentre, no esté de pié.

—Deseo entrevistarme con su hija.

—Bueno; pero es que en este momento no está; pase y asientese mientras la espera; ahurita estará llegando. ¡Véala! ¿No le digo? Ayá viene.

Llegó Basilisa con un atado de ropa debajo del brazo, y arrastrando con el otro, de una sogá, a un ternero guachito, de pocos días.

—Silisa; atracate, qu'este señor priegunta por vos.

—¿Por mí? ¡Si yo no tengo el gusto de conocerlo, po!

—Sí; es verdad, señorita, pero conoce a quien me envía...

—¿Y quien es ese?

—Es mi íntimo amigo, el doctor Frías.

—¡Ah!... ¿Torcuato?

—El mismo.

El cielo temblaba descompuesto y comenzó a despedir gruesas gotas de sudor frío, semejantes a escupidas, que al caer desde lo alto se estrellaban contra las piedras, multiplicándose en pequeñas partículas que parecían perlititas de cristal.

—Tatita, dentremos, que está rejucilando — dijo el niño.

—Espere, m'hijo, que arregle las cuentas con esta basura, — repuso el anciano; y dirigiéndose al forastero pregunta: — ¿Qué lo trae por acá? Hable de una vez.

—Vengo a pedirles permiso para que les visite Torcuato.

EL JARDÍN DE LA ONTONELLA EN LA ISLA DE ELBA

Esa isla de 221 kilómetros cuadrados de superficie, situada en el mar tirreno, separada de Italia por un canal de 8 a 12 kilómetros de anchura, es la antigua Etalia o Ilva que fué de los pisanos en el siglo XI y después de los genoveses, luego de los príncipes de Plombino, más tarde de España, y a continuación formó parte del reino de Nápoles después de haber estado cuatro años en poder de los ingleses. Perteneció al reino de Etruria y en 1814 fué cedida a Napoleón I, en completa soberanía. Al año siguiente fué incorporada a Toscana y hoy constituye un distrito de la provincia Albana de Liorna.

Isla de frondosa vegetación, parece una esmeralda en un mar de záfiro bajo la bóveda del cielo intensamente azul, vivificada por la fuerza oculta de su suelo y siempre acariciada por los eternos besos del sol.

Es una de tantas regiones mediterráneas privilegiadas donde reina una perpétua primavera.

Todas las plantas del orbe, toda la flora mundial, encuentran en

Elba un clima y un suelo propicios a su desarrollo.

El profesor G. Roster así lo comprendió y con su trabajo, su inteligencia y una paciencia puesta a prueba durante varios años, lo ha llegado a demostrar.

Con la temperatura media anual de 15°8 y la media invernal de 8°7, con el clima de Elba donde la lluvia es escasa (600 milímetros por año) con un terreno elegido, fecundo, bien preparado y con abundante agua de pozo para el riego durante la primavera y el verano, el citado profesor ha obtenido un éxito asombroso.

De todos los jardines botánicos se han ido enviando plantas de todas especies y hoy el jardín de Ontonella en Porto Ferrajo, es un modelo de cultivo, un jardín de estudio y experimentación, de mejora de frutas a tal punto que se empieza a desarrollar una nueva in-

dustria en aquella parte de Italia.

Allí, llaman la atención las nuevas reproducciones del género. Encephalartes. La especie "altasteina" de la región subtropical es una hermosísima planta. Su enorme fruto en forma de piñas, se encuentra rodeado de grandes hojas que se elevan hacia el cielo.

Los dos conos unidos en la caricia de un abrazo, como dos hermanos gemelos, contiene una sustancia alimenticia de una frescura y morbilidad carnosa que no tiene igual.

La "Butia capitata" es otra hermosa planta tropical que da un racimo con multitud de frutas protegido por largas hojas provistas de afiladas espigas.

La "Cycas revoluta" es una planta encantadora cuyas hojas como plumas arrancan directamente del nivel del suelo.

El fruto que sirve de alimento en Oriente presenta un sólo punto

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

—Defiéndame, padre, que yo no quiero ver a ese canalla.

—Pero, no sea así; él le manda este dinero para el chico, y dice que desea conocerlo.

—No, eso enjamás, — exclamó la joven madre, corriendo a tomar a su hijo en brazos. — Yo no preciso sus chirolas ni quiero que esto le sirva de prietesto pa que el muy indino se crea con derecho a mi cachorro, que es mío, solo mío, ¿comprende?

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué parada la de la chiruza!

—No ofienda mozo, vea que la Silisa tiene quien la ampare; retírese a las buenas si no quiere dejar aquí sus achuras.

—¡Oh!... Son ustedes unos desalmados! Torcuato se está muriendo y el deseo de un moribundo se debe de respetar.

—Cuando ella se moría, él no la socorrió... No en balde se dice que tata Dios hace justicia...

—Basilisa, ¿será posible que usted sea tan cruel, que no tenga un recuerdo cariñoso para el padre de su hijo? — insistió el hombre.

—¡No, no lo tengo! Padre, ¿qué hace que no lo chumba con los perros?

Entonces, el venerable criollo acercóse al forastero y tomándolo de las solapas del saco, lo sacudió con furia repetidas veces, gritándole con voz preñada de odio:

—¡Juera, juera de aquí, mala yerba! Y dígame a ese indino que el único recuerdo que le queda a la Silisa de él, ya sabe echar maldiciones, y decir cruz diablo, cuando alguien le priegunta quién es su tata!

grande en el centro de la corona que forman a su alrededor las elegantes hojas.

En un rincón del original jardín, vemos dos curiosas plantas de Australia: El Encefalarto veloso y la Macrogamia Denisoni.

La primera es en realidad originaria de Africa Austral y es un arbusto que llama la atención por sus hojas con sutiles filamentos que parecen vellos, de donde ha tomado su nombre.

La otra, la Macrogamia es del género de las cicadas de hojas largas de sutilísima palmera.

En una roca agujereada, que hace de maceta surge una planta delicadísima que parece haber caído allí al desprenderse del cielo; en la finísima Diona edula de Méjico y a través del follaje sobre el que se destaca aparece la "Ajuntia tunicata" desplegando toda su grandiosa majestad.

En el ajrdín de Ontonella no sabe uno donde detenerse, cuando se contempla una planta admirable, otra a pocos pasos nos atrae con sus flores.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

La correspondencia

(Continuación)

La rúbrica ha de ser sencilla, y debajo de ella la fecha, cuando se escribe a personas de respeto. En otro caso puede ir la fecha al empezar la carta.

Es una costumbre laudable repetir al pie de cada carta la dirección, por si la persona a quien nos dirigimos la ignora o la ha olvidado. Toda señora tendrá, para el caso en que así no se haga, un libro en donde se encuentren anotadas las direcciones por orden alfabético de apellidos.

Algunas personas garrapatean su nombre de modo que se hace ilegible y muchas veces cuesta trabajo adivinar de quién es la carta.

Las postdatas largas no se admiten, y en general no deben emplearse. Indican desorden mental, o la monomanía de creerse siempre que se olvida algo o temor de no ser comprendidos.

Las tarjetas postales no se usan más que entre personas de mucha confianza o inferiores, y aun así para asuntos poco importantes.

El empleo de esquelas es propio tratándose de amigos, y los besamanos en casos de ceremonia.

En todo esto no puede darse una regla fija, porque el buen sentido y el buen gusto son la mejor norma de todo.

El uso de las tarjetas de visita ha llegado al abuso, y será bueno marcar algunas reglas para su acertado empleo.

Para ofrecer la casa, invitaciones, etc., no se debe usar la tarjeta de visita, sino impresos hechos a propósito o cartas.

El empleo de las tarjetas está limitado a dejarlas en las casas a que se va de visita, si no se encuentra a los dueños, o darlas, si no es día de recepción, para anunciarse. Por el correo sólo se cambian durante las pascuas y día primero de año. Entonces equivalen a una felicitación. Toda tarjeta que se recibe, hay que contestarla con otra.

Algunas veces se toleran en ella algunas palabras familiares, pocas: "recuerdos", muchas gracias", "un saludo", etc.

La distinción de las tarjetas consiste en ser de muy buena cartulina flexible, sin adornos, de una letra sencilla. Nada más vulgar que las letras góticas y las rodeadas de adornos.

Las señoras escriben en la tarjeta su nombre y apellido y el del marido. Si tiene título puede poner éste solamente, o bien precediendo al nombre. Las viudas ponen solo, "Viuda de X.", o bien su nombre y después éste. Los hombres ponen en las tarjetas la dirección; las mujeres simplemente, a no ser viudas, el día de recepción: "lunes, desde las cuatro", o sólo lunes, etc.

Las jóvenes solteras no usan tarjetas. Cuando se trata de una hija única, se hacen juntas con las de la madre, en esta forma:

"María López de Castro e hija o y Matilde". Si no se imprimen así, cuando una señora va con su hi-

ja y deja tarjeta, añade con lápiz debajo de su nombre "e hija" o y "sus hijas", o bien "y su hija Dolo-

res", para distinguirla en caso de tener varias.

Si una señorita tiene posición sola e independiente fuera de la familia, puede usar tarjeta con su nombre, título o profesión.

Las jóvenes huérfanas usan tarjeta para sus amigas: en caso de etiqueta figuran en la de su padre, hermanos mayores, tías o personas de respeto: Manuela Pérez Jordan y María Méndez", "Dolores López de Arroyo y su sobrina María", o su hermana", etc.

Es incorrecto poner en las tarjetas que deben hacerse junto los esposos el nombre de la señora antes que el del marido, pues la galantería no es bastante a que este deje de aparecer siempre en público revestido de su carácter de jefe de la familia.

Estas tarjetas se emplean siempre que se haya de hacer un regalo ofrecido por ambos esposos.

Cuando se deja la tarjeta de visita en alguna casa cuyos dueños están ausentes, se dobla de arriba abajo o bien el ángulo superior.

En casos de luto, no es preciso emplear tarjeta toda negra; basta un filete, o como hemos dicho para las cartas, un pequeño triángulo en el ángulo superior de la derecha.

En presentaciones, si se desea continuar el trato, se cambian las tarjetas caballeros entre sí y señoras entre ellas.

Una señora viuda o de cierta edad, puede cambiar tarjeta con un caballero que se la haya ofrecido antes, pero no es completamente correcto.

Los nacimientos

La dama elegante no deberá recibir en los últimos meses que preceden al alumbramiento. Su silueta deformada, los cuidados de la higiene, y hasta los de preparar la canastilla para el recién nacido, la alejan de la sociedad. Nada hay que deleite a la mujer que el hacer esas ropitas finísimas, esos encajes y esos adornos destinados al ya querido bebé.

Se debe preparar una cunita en el gabinete de la mamá, sin perjuicio de la que se instale en su habitación o en la de la nodriza, según quien la lacte. Es muy elegante tener una pequeña canastilla con una envoltura y todos los accesorios que necesita la toilette del recién nacido.

Después del alumbramiento, la madre puede recibir en el lecho a sus amigas íntimas, y después de levantada, en el gabinete; está autorizada a recibir señoras en elegante deshábille. Para recibir a los caballeros necesita estar en estado de vestirse y pasar al salón, lo menos en un mes del nacimiento del hijo.

Así, los caballeros se limitarán a dejar tarjeta o visitar al esposo.

A los quince días del nacimiento se envían a los amigos las cartas comunicando la fausta nueva.

C. de B.

(Continuará)

Los atractivos del campo

Pocas son ya las mujeres que no sienten la atracción del campo. Pero no del campo decorativo que se ve desde la terraza de uno de esos hoteles de moda asentados en la cumbre de alguna colina célebre. No; el campo que atrae a la mujer actual es, ¿cómo diríamos?, "el campestre".

Hemos alcanzado un grado de civilización en el que experimentamos la necesidad de recibir de vez en cuando "un baño" de "primitivismo", valga la frase.

La vida de ciudad con sus comodidades concluye por agobiarnos. Las calles asfaltadas fatigan nuestros ojos con su monotonía, que el tráfico enloquecedor no rompe, sino todo lo contrario. Las largas filas de automóviles, tranvías y peatones, lejos de distraer, marean.

No es, pues, extraño que la mujer de hoy se sienta atraída hacia la vida campestre, hacia su sencillez y hacia su ausencia de comodidades.

La granja, con sus prados verdes, sus vacas rubias, sus ovejas blancas y sus perfumados montones de heno, tiene para las retinas "urbanas" el encanto de la novedad. Los senderos estrechos y serpenteantes bordeados de helichos poseen la sugestión de lo desconocido y misterioso. La fruta arrancada al árbol, que no ha pasado por mano alguna antes de llegar a las nuestras, nos parece un don de los genios y nos hace pensar — si hemos leído "Las mil y una noches" — en los jardines encantados de Aladino. La leche que vemos ordeñar, que bebemos tibia y espumante en el tosco jarro de estaño, es también para nuestro paladar más nueva que el último "cocktail" exótico lanzado en los cafés de moda.

Todo esto, cuando lo comprendemos, nos lleva a algún rincón campestre, donde pasamos el verano o parte de él, porque, claro está, que nuestro amor hacia el campo se manifiesta cuando se nos ofrece esplendoroso y bello.

Y hemos ya en plena vida bucólica; ¿cómo la vivimos? Entre sus encantos está el de la libertad. En el campo es donde verdaderamente cada uno es dueño de hacer lo que quiere.

Si somos románticas y soñadoras, no tenemos más que tomar un buen libro y buscar la sombra de un árbol, procurando abarcar desde allí un amplio y bello panorama. Si además de románticas somos activas, lo que a veces sucede, podemos alternar la lectura con una labor, y ya está solucionado el verano.

Después de unos meses en contacto con la Naturaleza y de "contemplación", nuestro temperamento, nuestro ánimo y nuestro organismo se encontrarán en mejor disposición para lanzarse de nuevo a la agitación de la vida ciudadana.

Pero actualmente son pocas las mujeres jóvenes que no prefieren al libro y a la labor una raqueta o un caballo. También para estas aficiones se encuentra en el campo el máximo de ventajas. Precisamente, el inconveniente de los deportes suele ser la insuficiencia orgánica. Hacen falta unos recios pulmones y unos músculos regulares para soportar sin consecuencias desastrosas el desgaste físico que éstos producen.

Las mujeres campesinas hace siglos que practican los diferentes "sports" de segar, trillar, vendimiar y cavar, y siempre han sido sanas y fuertes.

A las muchachas aficionadas al deporte conviene, sobre todo, una temporada de vida campestre.

Y ahora, una vez ensalzadas las excelencias del campo, lo más indicado es dar algunos consejos prácticos.

Antes que nada, debe prescindirse de todo maquillaje. En el campo, la plenitud de luz descubre el artificio, y éste, en vez de favorecer, perjudica. No es conveniente tampoco exponer el cutis al sol y al aire, y así, una fricción de glicerina y agua de rosas (una parte de aquella y dos de ésta mezcladas) y una ligera capa de polvos buenos que tengan una parte de talco, aplicadas dos veces al día, después del o de los baños, hará que regresemos ostentando en nuestro rostro la tersura aterciopelada del melocotón y el suave sonrosado de la manzana. También, para evitar que los labios se sequen, con exceso, y, en consecuencia, se agrieten, debe usarse una barrita rosada o roja — mejor rosada — que esté hecha a base de cacao. Y nunca otra clase de pintura.

En cuanto a las "toilettes", la sencillez más absoluta debe imperar en ellas. Cretonas, hilo, seda cruda, popelín, céfiro y punto de lana — para los días frescos, — son las telas más a propósito.

En la confección, amplitud y sobriedad de líneas. Amplitud sobre todo. Trajes que no entorpezcan los movimientos, que permitan trepar a un árbol, sentarse en la hierba o saltar un arroyo...

Sara INSUA.

La renovación que ha invadido al arte, en sus manifestaciones, no sólo ha alcanzado a la poesía y pintura, sino también a la novela, donde se observa su ascendiente.

Estamos en una época nueva, de orientaciones distintas a las de hace unos lustros. Los novelistas se han ido despojando del romanticismo, de las transiciones falsas y comunes que daban al espíritu del lector cosas superficiales e inverosímiles.

Las buenas obras como las de Baroja, Ibáñez y Wells, que después de leerse meticulosamente dejan en el alma algo grande y transcendental son las destinadas a perdurar por su tendencia filosófica, por su moderna orientación y por su observado desarrollo.

Ahora la novela no se ha de limitar al exponente de una escena de vida, de un cuadro de salón, de una intriga amorosa, lo poético y sentimental siempre cautiva, pero cayendo en múltiples repeticiones, se torna pesado, al contrario de lo que pasa en la estrofa rítmica, que siempre seduce y constituye su parte esencial.

La verdadera novela debe reunir ciertas condiciones que unificadas den el valor a la obra, y que deben constituir, por ende, la parte del jirón de vida que aquella ostente, una tendencia manifestada con soltura y elegancia, que anatematice o señale un error o un peligro. Así concibo la novela moderna, que reuna lo espiritual y lo objetivo, partes que contribuyen a dar relieve a la trama y fuerza al pensamiento.

El último libro que mi estimado compatriota, Manuel Ugarte me envía desde Niza, me da la impresión apuntada anteriormente, acerca de la novela del presente. Trata el gran escritor en su reciente libro que intitula "El camino de los dioses", de una próxima guerra que presiente entre el Japón y Norte América.

Como en todos sus libros, Ugarte, trasunta en esta novela la observación y la fantasía peculiar en el autor de "El Destino de un Continente".

No entraré a analizar las condiciones del novelista, ni me detendré meticulosamente en la parte intrínseca de su obra. Su labor que ha sido analizada por prestigios del país y extranjero, y que con justicia han hecho resaltar las bellas cualidades del celebrado autor de "El porvenir de la América latina", lo destacaron como a una de las robustas figuras de las letras americanas.

En "El camino de los dioses", su pluma brillante no se limita a hacer una crítica rotunda y decidida hacia un fin; no se ha propuesto realizar un estudio sobre determinada tendencia, ha hecho

"El camino de los dioses"

NOVELA DE LA PROXIMA GUERRA

Por Manuel Ugarte

algo más, ha llevado a la novela, esa rama tan complicada del arte, un gran presentimiento "(El antagonismo de la civilización de Oriente con la de Occidente)"; un temor "(la guerra inevitable y fa-

transcriptas, está la tendencia que Ugarte nos demuestra en su novela, y a la cual da un matiz de una supuesta guerra.

Tiene su libro por escenario, Costa Rica, ese país poético y tro-



MANUEL UGARTE

tal Japón y Norte América,) y una hipótesis científica (la existencia de una poderosa máquina de guerra de efectos fulminantes y diabólicos concebida para utilizarse en provecho y daño del enemigo, agitada por fuerzas misteriosas del espacio).

Es decir, que, en las palabras

pical que invita con sus panoramas al Ensueño. En esos lugares da relieve y vida a sus protagonistas, cuyo rol principal le está encomendado a Molly, joven norteamericana que constituye una de las notas más salientes de "El camino de los dioses".

Molly es la mujer valerosa e in-

RESOLUCION

¡Recuerdos que venís turbando el claro, tranquilo y dulce lago del olvido, donde encontré mi corazón herido mullido lecho y sin igual reparo!

¡La calma de este instante no comparo con la inquietud del tiempo ya vivido, de cosas y tristezas que se han ido llevando, de mi afecto, lo más caro!

Desfilan lentamente... vagamente...: cual hilo en mi memoria los enhebro y pasan torturándome la mente...

Entonces, por huir de tal delirio, quisiera yo arrancarme este cerebro:

¡La fuente donde brota mi martirio!...

Alejandro SUBIELA

teligente del futuro que ofrece a la humanidad una nota saliente, por su altivez, su carácter firme y perfilado y su feminidad. Molly presiente, adivina que su país está amenazado por el espionaje que traerá como consecuencia irremediable una guerra. Su espíritu afinado e intuitivo ve más allá de su presente. Con su tenacidad y valor ingénito analiza, vigila, y observa en su estado en Costa Rica, cierto elemento allí disperso, y descubre un peligro inminente hacia su país.

Con qué certeza y color nos pinta Ugarte las escenas de su obra. Qué trazo firme y qué exactitud ofrece en la descripción de los lugares donde el espíritu de Molly se manifiesta en una horrible lucha contra la simulación. Los demás héroes de su obra, tienen su relativa importancia, y Ugarte ha cuidado con interés el funcionamiento y la fuerza del rol que desempeñan.

Como Julio Verne en sus obras que hasta ayer fueron una utopía, y hoy vemos la realidad de sus manifestaciones, Ugarte ha puesto, también, mucho de su imaginación ardorosa para demostrarnos la amarga realidad del mañana, y que hoy no pasa de un temor demostrado hábilmente.

La máquina destructora que Molly la heroína principal de "El camino de los dioses" descubre en el bello país tropical, creada por elementos dispersos, esa máquina creada por la fantasía de Ugarte está magistralmente descripta.

Como ya he manifestado, yo opino que es ésta la verdadera novela moderna, donde el escritor no sólo pone en juego la observación el diálogo y la descripción de los paisajes; sino que ofrece también su imaginación creadora de mil cosas. No sólo lo expuesto podemos aplaudir en el libro de Ugarte, sino que también la belleza de la forma que siempre caracterizó a este escritor como un excelente prosista y fino poeta.

Si la literatura extranjera se enriquece con esta novela, más importancia ofrecerá a la americana, porque harto conocidas son las tendencias de americanismo de Ugarte, para que miremos con simpatía todo lo que nos brinda desde el extranjero, cosas interesantes, por cierto, pues como nos predice siempre algo que el tiempo coronará con la realidad nos da en esas mismas páginas admirable frescura y color, como también la gama de su temperamento de artista.

Es así, en efecto, como he sentido este libro tan bello y de gran importancia que repudia esa guerra que desde siglos vienen ensañándose en la humanidad y que últimamente dejó sentir su llegada y puso de manifiesto el odio y el egoísmo de los hombres.

F. B. Visillac

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 426, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año 9.00	Año 11.00	Año 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cabreadores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

Conocimientos útiles :

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para copiar un impreso o grabado, basta aplicar encima una hoja de papel fuerte previamente humedecida, y frotarla por el reverso con un bruñidor de ágata. Si por ser el impreso antiguo está la tinta muy seca, debe humedecerse con espíritu de vino. Para mejor resultado de la operación, conviene colocar ambos papeles sobre una almohadilla formada por varias hojas de papel secante.

Para hacer incombustibles los tejidos se prepara una disolución compuesta de los siguientes productos:

Sulf. de amoníaco puro	8 partes
(en volumen).	
Carbonato de amoníaco	.. 2,5 part.
Acido bórico	 3 "
Bórax puro	 2 "
Almidón	 2 "
Agua pura	 100 "

En esta disolución caliente, se echan los tejidos hasta que se empapan bien, luego se ponen a secar, y, por último, se planchan del modo ordinario.

Así preparado un trozo de muselina, por muy fino que sea, no arde aunque se arroje a una hoguera y lo mismo sucede con los demás tejidos impregnados en esta solución protectora.

El jarabe de ácido cítrico mezclado con agua o vino da una excelente bebida, propia para excursionistas, ciclistas, etc.

Jarabe simple	 1000 gramos
Acido cítrico	 10 "

Contra las hemorragias de la nariz es muy eficaz la aspiración de un polvillo de alumbre muy fino o de antipirina. Se forma un coágulo de sangre y alumbre que obtura la nariz. Se deja por lo menos 24 horas y luego se extrae con cuidado reblandeciéndolo poco a poco con agua. Es conveniente no sonarse, c, por lo menos, muy suavemente algunos días después de la hemorragia.

Para quitar las manchas sobre madera pulimentada. — Para limpiar las manchas blancas hechas sobre madera pulimentada por colocar sobre ella platos o vasijas con agua caliente, se emplea con gran éxito el siguiente procedimiento. Se restriega cuidadosa y ligeramente la madera con un trapo empapado de aguardiente u otro espíritu cualquiera, que después deberá ser enjugado con un paño bien seco, y finalmente se le sacará brillo a la madera.

Las mismas manchas sobre objetos japoneses en maderas lacadas y sobre bandejas de té, se limpian de manera análoga, pero después de usar el espíritu, es preciso frotar el objeto con un trapo humedecido de aceite de linaza.

Tapones herméticos para frascos de productos químicos. — Estos tapones no son otra cosa que corchos ordinarios, pero sumergidos durante doce horas en una solución de 15 gramos de gelatina y 24 de glicerina en medio litro de agua. Si

se quiere que los tapones resistan la acción de los ácidos, se bañan en una mezcla de dos partes de vaselina y siete de parafina, y se los somete durante algunas horas a una temperatura de 40 grados.

Esmalte para la madera. — Este esmalte sólo conviene para cuando hay que operar en gran escala y, por lo tanto, se requiere una gran cantidad. Se empieza por disolver en 109 kilogramos de alcohol, 87 de goma cauri, y en 60 de alcohol 40 de goma laca en escamas. Se toman luego 60 kilogramos de la

so, pues en el momento en que se aplica la plancha caliente a la seda pierde para siempre su primitiva tiesura.

Cuando se quiere quitar la masilla con que los vidrieros sujetan los cristales, conviene ablandarla antes por medio de la potasa cáustica. Se pulveriza el carbonato de potasa y se mezcla con cal recién apagada. Añadiendo agua se convierte la mezcla en una pasta líquida que se pasa varias veces sobre la masilla hasta que se ve que ésta empieza a ablandarse. Con el

Barniz hidrófugo. — Se recomienda mucho el siguiente, porque se seca pronto:

En un recipiente grande se pone a calentar aceite de linaza, hasta que eche mucho humo, y entonces se van agregando, poco a poco, pedacitos de caucho, en cantidad equivalente poco más o menos, a la duodécima parte del peso del aceite.

Cuando esté todo bien fundido se pone a enfriar y se aclara con trementina.

Cuando se quiere doblar un tubo de vidrio se sitúa la parte donde ha de estar la curva, sobre la llama de una lámpara de alcohol o de gas, de modo que se caliente bien el vidrio por todo alrededor. Apenas empieza ablandarse, una ligera presión con las manos bastará para doblar el tubo.

Si éste fuera muy ancho, conviene llenarlo con arena, y la misma precaución debe tomarse cuando el vidrio es muy fino o cuando se trata de obtener una curva de gran radio. En este último caso, el tubo lleno de arena debe calentarse sobre una hornilla llena de carbón.

Las plumas de los canarios adquieren un color rojo administrándoles de vez en cuando unas cuantas semillas de pimienta de Cayena.

Lo mismo puede decirse de las gallinas blancas. El color aparece más intenso en tiempo húmedo.

Con este procedimiento adquiere mayor color la yema de los huevos.

Uno de los mejores tratamientos contra las contusiones son las fricciones de aceite de olivas que constituyen una especie de masaje el cual debe ser tanto más prolongado cuanto más extensa sea la contusión; encima se coloca después una compresa empapada en el mismo aceite. Con semejante tratamiento, el paciente se alivia, se evita el estancamiento de la sangre y se obtiene una rápida curación de las escoriaciones superficiales. Esta medicación puede seguirse sin modificación durante varios días.

Niquelado por inmersión. — Se prepara un baño compuesto de una parte de cloruro de cinc por dos de solución saturada de sulfato de níquel y amonio. Se calienta hasta la ebullición y se sumergen en él las piezas que deben niquelarse bien limpias, teniéndolas siempre en contacto con un trozo de cinc. Se tienen así durante quince minutos, manteniendo siempre el baño en ebullición.

PICANASO

(Pa'l viejo Simón Carqueja)

¡Pasan cosas lastimosas
Don Simón, en esta vida!
¡Tuito se muere y se olvida:
las personas y las cosas!
¡Pucha que son dolorosas
a veces, las riflesiones!...
¡Ver con rabia, que a montones
nuestras cosas van muriendo!
¡Que se han ido deshaciendo
lo mesmo que los terrones!

¡Cuál sería el rancho a que jue-
(ra
en antes, jue's el que jue-se.
que una guitarra no viese
colgada de la solera!
Hoy... vaya usted p'ande quie-
(ra;
a cualquier rancho e' terrón,
y v'a ver, viejo Simón.
que tienen, como por gala,
en la mesa de la sala
un endiablao gramofón

¡Y las mosas, camarada?
¡Pucha, viejo, si es al cuete!
Tuitas tenían su flete,
con su montura bordada!
¡Había que ver la parada
del paisano enamorado!
Sonriyéndose, embobao,
de los piesitos l'alsaba,
y presto se le apariaba
del lao d'enlazar, cuñao.

¡Ya no hay overo rosao,
ni asulejo pá las mosas!
Ya se han dejao esas cosas
y lo antiguo se ha olvidao!
En cualquier rancho ladiáo,
con dolor del corasón,
v'a ver, viejito Simón,
confirmando esta versiada,
que hay un surqu'en la ramada,
o abajo di algún galpón.

Y aqueyos gauchos d'en antes.

Don Carqueja, ¿qué me cuenta?
¡Chá, digo! si es una afrenta:
son cosas desesperantes.
¡Ya no hay gauchescos des-
(plantes!
¡Ya se murió el chiripá!
¡La bombacha, muerta está!
¡La bota e' potro es finada!
¡Si ya no nos queda nada!
¡Si tuito muriendo vá!

¡Quién había de soñarlo!
¡Pucha, mundo endemoniao!
Si hoy, ver un gaúcho mudáo,
dan ganas de... barajarlo!
No hay nada más que mirarlo:
¡Si se ha güelto un cajetiya!
Agringada casaquiya
con bolsiyos de serrar,
y pantalón de montar
ajustáo en la caniya

Unas botitas muy prietas
tuitas yenas de botones,
o con dos grandes cordones
serrándolés las jaretas.
Sinó, polainas paquetas
sobre botines lustráos:
unos sacos entayáos...

—Don Simón, esto no es bro-
(ma —
¡Si hasta usan tacos de goma
y cueyos almidonáos!

En fin, ya no hay qu'extrañar
porque tuito va parejo...
¡Ya no hay baguales ¡canejo!
que dén calor pá domar!
Güeno, viejo, vi'acabar,
que ya lo tendré aburrido
Desiando pegue un bufido
sobr'estas cosas, paisano,
le aprieta fuerte la mano
el viejo

SANTOS GARRIDO

(Guillermo CUADRI)

fin de que la potasa cáustica no se seque demasiado pronto, puede añadirse a la mezcla un poco de jabón blando.

Para distinguir el hierro del acero, se vierte una gota de ácido sulfuroso sobre el objeto; si es de acero se produce una mancha de color negro, y de color verdoso si es de hierro. Si está oxidada la pieza se raspa o se lima hasta quitarle el óxido, por el sitio donde se va a hacer el experimento.



"La tristeza de Sancho" y otros ensayos, por Pedro Miguel Obligado —Editorial Buenos Ai- res.

El fino poeta de "El libro de oro" y el hábil artista de "El canto Perdido", acaba de publicar un valioso e interesante libro de meditados ensayos, intitulado "La tristeza de Sanchos" y otros ensayos.

El original ensayo que precede a sus estudios y cuyo acápite da nombre al libro, trasunta una expresiva y sugerente disquisiciones filosófica del fiel escudero de Don Quijote, y que, en verdad, no ha sido aún tratado por ningún otro escritor.

El poeta y el artista que hay en el señor Pedro Miguel Obligado, cobra aquí una personalidad inconfundible.

"Muerto Don Quijote — dice el autor —, Sancho pierde su amigo y maestro, el único que le daba valor para las grandes acciones y que le había enseñado a creer en lo que no se ve y a sufrir por lo que se ama. El labriego, que era feliz antes de andar con el hidalgo, ahora no puede ser sino desgraciado".

Más adelante agrega: "Sólo se habla bien cuando se pone a 'arar, cavar, podar o ensarmentar las viñas', y gracias a la virtud del trabajo, se olvida de sus días de gobernador y de escudero".

... "La tristeza del escudero es también nuestra tristeza, porque D. Quijote era tan grande, que se ha muerto para todos..." Y así, en una prosa flúida, límpida, nos va glosando la desventura de Sancho.

"La locura de Ofelia", es otro ensayo feliz. Y el estudio sobre "Albert Samain", pues es más que un ensayo, se destaca por el buen sentido, la lógica y la inspiración de que hace gala el autor al estudiar el hombre y el poeta que habían en Samain.

"La melancolía de la Primavera", es casi un poema, pero un poema de buena ley.

Otro estudio muy interesante como concluyente, es el que se refiere al del genial dramaturgo sueco, "Sugusto Strindberg". Estudia detenidamente su atormentada personalidad con mano firme, certera. Baja hasta sus entrañas mismas. Nos las hace vivir...

El de "Amado Nervo", por la manera que encara el asunto, alcanza a darnos una faz atrayente del llorado poeta.

En "La emoción ante el paisaje", el poeta Pedro Miguel Obligado se transparenta en todas sus líneas, es fin de connaturalizarnos con el estado de su alma al estudiar el paisaje, transcribe "El Angelus" del poeta oriental Julio Herrera y Reissig; "Delectación Morosa", del exquisito y delicto poeta Leopoldo Lugones, y una hermosa poesía titulada "Incertidumbre", del autor. Este ensayo posee mucha belleza emocional y un hondo espíritu de observación de la naturaleza. Todo lo que se diga en elogio de este ensayo, siempre será pálido.

En lo que atañe a la poética uruguaya, o María Eugenia Vas Ferreyra", resulta novedoso y ejemplar. Al comentar "Margarita", de Anatole France, sostiene el señor Obligado que es injusta ciertas crí-

PAPEL Y TINTA

ticas que tacharon a Anatole France de inhumano y de insensible.

Por el contrario, hay en sus páginas una poesía exquisita y una emoción profunda.

Bajo el lema: "La tragedia de Edgar Poe", hace un vigoroso estudio de la compleja idiosincrasia del autor de "El Cuervo". Después de estudiarlo en sus distintas fases, en una forma que nos hace vivir el personaje estudiado, transcribe para solaz del lector, la fantástica y hermosa poesía precitada.

Termina el libro que estamos comentando, con un admirable ensayo psicológico, de carácter poético, como "Las ventanas de la ciudad".

Por todas las excelentes cualidades que atesora esta valiosa obra, no dudamos que "La tristeza de

jo" canta en forma nueva y da a cada una de sus composiciones honra y ternura.

Rafael Ruiz López, que ha prologado este libro, dice entre otras cosas: "No siempre el poeta trabaja aguijoneado por el acicate que parece llevar consigo el febril anhelo de alcanzar la fama; los hay serenos, que no se desviven por la gloria, ni se sienten perturbados por ella; escriben versos y producen obra poética como el rosar da flores, como trinan las aves, naturalmente, como si escribirlos fuera una función de su ser, que pugna por convertirse en función única.

Fernando Jáuregui es de éstos. No le turba demasiado la idea de lo trascendental; toma la vida como le corresponde tomarla a un jo-

CALPE S. A. abre simultáneamente, dos concursos entre los dibujantes españoles y extranjeros, para la adopción de los trabajos siguientes, cuyos premios se mencionan:

10. — Un cartel anunciador de la ENCICLOPEDIA ESPASA.
Primer premio: 2.000 pesetas.
Segundo premio: 1.000 pesetas.

20. — Un ex-libris de sus ediciones.
Primer premio: 500 pesetas.
Segundo premio: 500 pesetas.

Para ello establece las siguientes BASES:

a) Todos los trabajos que se presenten a estos dos certámenes han de ser rigurosamente originales e inéditos.

b) ESPASA - CALPE S. A. concede amplia libertad en cuanto al asunto, si bien advierte, como es natural, que no sólo ha de apreciar la ejecución o técnica de los trabajos, sino la intensidad con que éstos simbolizan el objeto a que se destinan, contribuyendo así a sus fines de difusión y propaganda.

c) Los dibujos para el CARTEL han de ser en tintas planas, de dos a cuatro colores; el tamaño de cada original será de un metro por 66 centímetros, y su rótulo: ENCICLOPEDIA ESPASA — ESPASA — CALPE S. A.

d) Los dibujos para el EX-LIBRIS serán con tipos fáciles de reproducir en cliché de línea, con libertad de dimensiones, si bien no podrán exceder los originales de 400 centímetros cuadrados de superficie. Llevarán el siguiente rótulo: "ESPASA - CALPE S. A.

e) Todos los dibujos han de ser rotulados con un título que pueda servir de lema a la plica que, bajo sobre cerrado con el nombre y la dirección del autor, se acompañe, según costumbre.

f) El envío de originales se hará dentro del plazo comprendido entre el 10 y el 20 de Enero de 1928, pudiendo hacerse a ESPASA - CALPE S. A. Ríos Rosas 24, Madrid.

g) En el caso de que, a juicio del jurado, ninguno de los trabajos recibidos reuniera las cualidades deseadas, se declararán desiertos los concursos.

h) Los concurrentes se comprometen a aceptar el fallo o fallos del jurado sin derecho a reclamación alguna.

i) El Jurado estará integrado por elementos del Comité Directivo de la Sociedad.

j) Oportunamente se dará cuenta, por medio de la prensa, de los originales recibidos y fallos recaídos. Los trabajos premiados quedarán de propiedad de ESPASA - CALPE, quien podrá hacer de ellos el uso que estime conveniente.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chacarita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillan (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Sancho" y otros ensayos, de Pedro Miguel Obligado, ha de constituir un nuevo triunfo para el autor.

José MAURICIO PEIXOTO

"Librejo", por Fernando Jáuregui. — Editorial Tor. — Buenos Aires.

En el año 1923, cuando apareció "Páginas...", Jáuregui mostraba en su trabajo ciertos temores, bien visibles en la mayoría de los estudiantes que se inician muy temprano en la carrera literaria. Sin embargo, en "Páginas..." ya se advertía la presencia de un buen prosista y un buen versificador, y su sensibilidad poética hasta llegó a compararse, en el Uruguay, a la de Francis James.

Jáuregui versifica ahora con gran destreza y se expresa en un lenguaje lleno de naturalidad. Enemigo de los que hacen piruetas con los versos, el autor de "Libre-

ven bien equilibrado, y recibe sencillamente sus mejores inspiraciones de la fuente eterna de la vida: del amor. Y cuando de él se sale, es porque se ha sentido inspirado por motivos que están fuera de su corazón; pero que le han conmovido."

"Elespejo cóncavo."

Impreso por la Editorial Espasa-Calpe, de Madrid, se publicará en breve un volumen de cuentos cómicos y humorísticos titulado "El espejo cóncavo", original del conocido escritor José María Braña.

No dudamos de que el autor de "El señor Destino" y "Los malaventurados" obtenga un nuevo éxito con el libro que nos ocupa.

Concursos de cartel y ex-libris.

La Casa Editorial ESPASA -

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

LA MARIPOSA VOLADORA

Procuraos un frasco de cuello ancho y largo, cerrado por un buen tapón de corcho, en el cual enchufaréis un embudo de vidrio o de lata, y por medio de cera o lacre tapad bien todos los agujeritos que queden, tanto entre el embudo y el tapón, como entre el tapón y el cuello de la botella.

Lléñese de agua la mitad del frasco, y échense dos ingredientes muy conocidos y que sirven para fabricar agua de Seltz (bicarbonato de soda y ácido tártrico), preparados de antemano y de venta en cualquier botica. Se producirá una viva



efervescencia por el desprendimiento de ácido carbónico, que tenderá a salir al exterior por el embudo a medida que se produzca. Si se colocan previamente unas bolitas de médula de sauco o de corcho, el gas no podrá salir más que con intermitencias, tapando siempre el orificio del embudo una de las bolas, por efecto de la pesantez, hasta que la presión del ácido carbónico sea suficiente para elevarlas. Entonces se escapa parte del gas, la presión disminuye y una de las bolas cae de nuevo sobre el embudo. El fenómeno continúa mientras hay desprendimiento de gas, y si se han coloreado las bolitas de antemano, al bajar y subir, dentro del embudo, parecerá un baile de bastante originalidad.

La experiencia aun más fantástica, puede tomarse un papel de fumar y cortar unos trozos en forma de alas de mariposas, procurando pintarlos de colores vivos, y parecerá que revolotean y se mueven, como hacen estos insectos en el campo cuando se van posando de flor en flor.

No. 1 — JEROGLIFICO (POR J. FERNANDEZ)

NOTA **TAR**
TAR

No. 2 — ¡COMO CHARLA!

De postre camiseta
y calzoncillos
NOO

No. 3 — PERSONAJES DE PANTOMIMA

Muchos Zapatos

No. 4 — COMPRIMIDO

2.^a Nota
Nombre Río

No. 5 — CHARADA

Un árbol mi todo es,
primera con cuarta letra
y una isla la dos tres.

No. 6 — JEROGLIFICO (POR J. FERNANDEZ)

SO

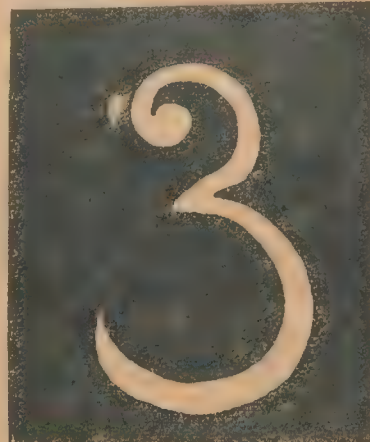
No. 7 — CHARADA

El todo don Rafael,
cual si fuese correa je,
dos vende un gran prima tres
de hermosísimo plumaje.

No. 8 — CON LAS LETRAS DE ESTA TARJETA COMPOSER UN REFRAN (POR J. FERNANDEZ)

MERCEDES NEINE
DE QUINTINE
Quai-d'Orsay.

No. 9 — COMPRIMIDO



No. 10 — JEROGLIFICO

1001
P



No. 11 — CHARADA

—¿Cuarta dices?

—¿Yo? Que tengo

bien templada el una dos
y que prima cuarta quiera

negar que en ese peñón

dos tres el agua le pego,

puesto que con este sol

que cuatro dos me ha tornado
casi un Cid Campeador.

—Bueno; toma ahora este

(todo

y entretente con él hoy.

No. 12 — COMPRIMIDO

Díos de
Oriente.-
PPT

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 47 — Médico.

No. 48 — Estudia árabe

No. 49 — Saldré con la chica.

No. 50 — Tabaco.

No. 51 — Me lo taladraron en
un banco.

No. 52 — No hay acción mala
o buena que aplica-
ción no tenga si es
ajena.

No. 53 — Sicomoro.

No. 54 — Muchas gracias.

No. 55 — Casados por detrás
de la iglesia.

No. 56 — Atún.

No. 57 — Gruesa, metida en
carnes.

No. 58 — Envío por enco-
mienda.

No. 59 — Granada.

Pensamientos

¿Qué cosa es un poeta? Es un hombre infeliz que ocul-
ta grandes penas en el corazón, pero cuyos latidos están
de tal suerte comprimidos, que el suspiro y el grito al pa-
sar por ellos, los vuelven sonoros como un bello instrumen-
to. — Kier Kegaard.

El humillarse es de sabios, el tornarse vil es de necios.
— Diógenes.

Ama la naturaleza entera. Sal de tu egoísmo para vivir
la vida universal. — Deshumbert.

La instrucción desarrolla en nosotros el germen de los
talentos, y los sabios principios fortifican en el amor de la
virtud. — Horacio.

Podrás vivir siempre feliz si te encaminas por la senda
del bien, si piensas y obras con rectitud. — Marco Aurelio.

Todo el que ha recibido fuerzas, debe consagrarlas al ser-
vicio de sus semejantes. — Chateaubriand.

Aquel que no puede guardar sus pensamientos dentro
de sí nunca podrá llevar a cabo grandes cosas. — Carlyle.

No nos rebelamos contra nosotros mismos bajo el im-
perio de la cólera. — Stown.

Quien desee alcanzar verdadera gloria ejercite acciones
de justicia. — Cicerón.

EL BENEFICIO DE DE ROSAS

Hay que creer que en medio de la confusión de valores reinantes, el público o, por lo menos, buena parte del público, discierne y tiene hecha su composición e inexplicable. En nuestro teatro existen un buen número de glorias de papel, fatalmente destinadas a desaparecer con el papel que las improvisó. Cómicos criollos de reducidas aptitudes aparecen así, en virtud de una especie de conspiración de elogios, con un prestigio inmerecido e inexplicable.

No es este el caso del actor Enrique De Rosas, figura de relieve en la escena nacional, artista conciente, laborioso e inquieto que se ha ganado en buena ley la consideración del público inteligente tras largos años de actuación en los que viene describiendo la parábola de su progreso artístico. Hoy día es el mejor actor argentino y el que cultiva las más altas manifestaciones del teatro.

Se explica, pues, que en ocasión de su "serata d'onore", la sala del Ateneo, llena, prodigara al inteligente comediante una de las más expresivas demostraciones de simpatía.

En esa oportunidad, se estrenó una versión castellana de Ricardo Hicken, de la obra de Franz Molnar, "Una farsa en el castillo", comedia moderna clasificada por el autor como "anécdota". Dentro de la nueva orientación imprimida por algunos escritores al teatro y de la que es principalísima figura Pirandello, debe ser encasillada esta obra, un poco sorprendente en ciertos pasajes, pero siempre interesante y digna de atención. Molnar es un humorista fino, tendencia a que llegan en los modernos tiempos casi todos los autores de poderosa pupila. En "Una farsa en el castillo" se ridiculiza delicadamente, diríamos con guante blanco, el amor, tema eterno, siempre viejo y siempre nuevo. Acaso, Molnar ha querido referirse, sin decirlo, a la parte teatral que tiene el amor, tan teatral que pasa de la vida al teatro sin casi advertirse. La observación, sino nueva, es interesante y esta pieza desenvuelve el tema de tan bonita manera que nadie puede indignarse. El fino humorismo del autor, su buen gusto y elegancia y la forma amable con que se desarrolla la comedia dejan el sabor agri dulce de las emociones humanas hondas y un poco desconcertantes que nos ofrece la vida. "Una farsa en el castillo" es una bella mentira, tan bella que parece verdad.

De Rosas interpretó acertadamente su papel, bien secundado por sus compañeros, y fue muy aplaudido.

"LA TABLA DE SALVACION"

En el Buenos Aires

La nueva pieza hecha conocer recientemente por la compañía de Muñio y de la que es autor don Juan A. Mones Ruiz, reproduce un tema muchas veces llevado a la escena. Un hombre agraciado con el premio mayor de la lotería, véase rodeado por gentes otrora ricas y ahora empobrecidas, que tratan de sacar ventajas del afortunado. Enamorado sinceramente de una niña perteneciente a un hogar venido a menos económicamente, éste no transige a servir de "tabla de salvación" de su familia. No

TEATROS

es, como se ve una chica moderna. El enamorado apela al recurso ingenuo de atribuirse una pobreza que no sufre, para que aquella le corresponda y una vez logrado su propósito descubre la estratagema.

Asunto pobre, por viejo y carente de interés, ha sido desenvuelto con discreción por el señor Mones Ruiz, quien por cierto no aumenta su haber de autor con esta obra, que es una pieza más de las que semanalmente se ofrecen en nuestros teatros por horas.

El actor Muñio, a cargo de un personaje simpático que parece escrito para él mismo, obtuvo el beneplácito del público, el que extendió su aplauso a las actrices señoras Cornaro, Faluggi, Poli y Valdez, y al actor Totón Podestá.

"DESDE LA CUEVA AL BAROLO", ETC. EN LA COMEDIA

La revista que últimamente se estrenó en la Comedia, titulada "Desde la cueva al Barolo, va el peludo y no va solo", formada por Ivo Pelay y Pablo Suero, sin ser nada de excepcional divierte y entretiene al público, que es el único fin de toda revista. Con ello se ha conseguido lo que buscan los autores y las empresas. Gustó la triple Téllez, recién incorporada al elenco bataclánico.

LIRICA POPULAR

En el Cómic

Si los pronósticos no fallan, que siendo teatrales y veraniegos tienen muy limitada su veracidad, debe encontrarse actuando en el Cómic una compañía lírica organizada por el maestro Schiuma e integrada por elementos argentinos, la que ha incluido en su programa un nutrido repertorio de óperas italianas y nacionales.

La calidad del espectáculo y la baratura de los precios hacen muy fácil un brillante éxito para este conjunto que se encuentra animado de un elevado y meritorio propósito de realizar labor artística.

EN TREN DE REPOSICIONES

Los del Nacional vienen rumbeando en este final de temporada algunas de las piezas de más éxito estrenadas en años anteriores y la labor que se está desarrollando con toda fortuna. Fueron muy celebradas las últimas reposiciones y se anunciaba como la más inmediata en la serie de piezas exhumadas "La muchacha de Montmartre" de José Antonio Saldías, que fué muy aplaudida en oportunidad de su estreno.

UN BUEN CONJUNTO EN EL SMART

Debió debutar el viernes último en el teatro Smart un conjunto que encabeza el prestigioso actor Carlos Bouhier y del que forman parte elementos tan bien conceptuados como Hortensia Martínez Zamora, Josefina Meliá, Julio Scarcella, Raimundo Pastore, Margot Arellano, Rosa Cuevas, Gloria Nelson, Ana Oliviera, Livio Fernández Fernando Zamora, Carlos Enríquez, Rafael Scuri y otros componentes de relleno, que hacen un conjunto muy completo y ponderado.

La compañía se propone cultivar el género tan en boga de las comedias ligeras y espirituales, a las que nuestro público se va acostumbrando para bien de todos.

Se anunciaba para el debut la representación de dos novedades: "Gustavo el calavera" de Hans Stuum y "El gallo", versión española de una comedia alemana.

Es de desear que el éxito acompañe a este elenco en su plausible tentativa de elevar el nivel de nuestros espectáculos.

REQUIESCAT IN PACE

Ha resultado un completo fracaso el concurso teatral organizado por la revista "Comedia", cuyas consecuencias en todos los órdenes las ha experimentado la compañía De la Vega-BonoPerelli que ha representado en el Smart las piezas aceptadas por un jurado cuyo fallo no puede ser más desastroso. Nos resistimos a creer que en un concurso en condiciones liberales no se hayan presentado piezas de mayor jerarquía literaria que las dadas a conocer. Parecería que hubieran sido extraídas al azar por una mano poco afortunada. Tres fracasos han constituido el resultado de este concurso. Ninguno de los estrenos merece más vida que la de la noche de su aparición en escena. Desgraciadamente para los inéditos, este concurso se les echará en cara como prueba de incapacidad, pero los incapaces son los jurados que no leen o no entienden.

La compañía De la Vega-BonoPerelli ha sido sometida a una fatigosa y deslucida labor que hubiera podido descalificarla por completo, de no haber sido tan evidente el desacierto del jurado.

FINIS

Ha terminado la temporada del Apolo. No conocemos el resultado de los "bordereaux", pero a juzgar por ciertos llenos que hemos presenciado, no ha debido de ser mala desde el punto de vista económico. Ello no puede menos que satisfacer a todo el que abrigue sentimientos humanitarios, porque al fin y al cabo en toda temporada teatral lo que se va jugando, en definitiva, es el sueldo de los artistas, pues los dineros de la empresa pueden rehacerse en cualquier otro negocio más afortunado.

Hasta aquí van bien las cosas, pero si entramos a considerar el valor artístico de la temporada, nos vemos obligados a formular un juicio adverso. Poco se ha hecho, en verdad, por el arte en la última temporada del Apolo, aun cuando el conjunto que allí ha actuado pudo realizar una temporada interesante. Como siempre, rechazan todos la responsabilidad y la dirección artística se escuda en los autores, los autores en los cómicos, los cómicos en el público, el público en los autores y así sucesivamente va y viene la pelota de la culpa sin que nadie se quede al fin con ella. Lo cierto es que las obras representadas este año en el Apolo no han dejado rastro alguno que merezca un recuerdo simpático.

MAYO

La compañía española de género chico que dirige en el Mayo don

José Palmada, repuso la vieja y bonita zarzuela "Alma de Dios", que obtuvo buena acogida. Es posible que a la fecha figure en el cartel la segunda novedad de la temporada, o sea el sainete "Rocío y la niña de la feria", de los señores A. Segura, J. Canser y maestros Carretero y Vidriet, pieza estrenada en Madrid con buena fortuna.

BALANCE RAPIDO

Ya termina en los teatros la temporada oficial y otras varias estivales las vienen a reemplazar. A algunas les fué muy bien, pero a otros les ha ido mal y unos dicen: ¡Qué bolada! y otros: ¡Qué barbaridad pues de la feria se charla según le va a cada cual. Se perdieron unos pesos, se ganaron muchos más, hubo lágrimas y risas y aplausos en general, aunque a veces parecían bofetadas de verdad. Poco le quedó al recuerdo, porque lo estéril se va como hojas secas que arrastra con su furia el huracán. Para cómicos y empresas Y autores, fué regular la cosecha, rica o pobre cada uno salvó el caudal... Pero los espectadores perdimos siempre, no más.

PINCHO

LA QUIROGA EN NEW YORK

La compañía de Camila Quiroga se encuentra en la actualidad en New York, según anuncia el cable, debiendo embarcar para Cuba para hacer un corto número de funciones en Habana, ciudad que ya ha visitado el elenco en otras jiras artísticas.

CAPITOL

Siempre con gran cantidad de público funciona este acreditado cine, del que son "habitués" numerosas familias distinguidas. El cartel de cintas para esta semana ha de gustar por novedoso y escogido.

GRAND SPLENDID

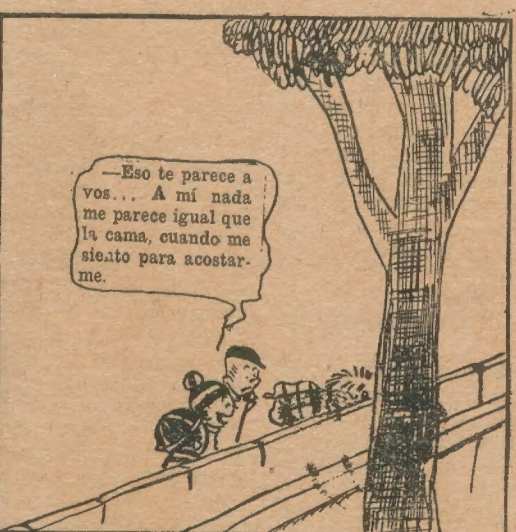
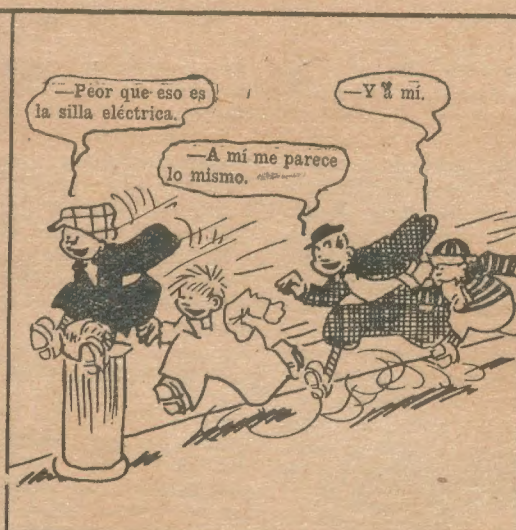
La bella sala que administra don Carmelo Carbone viene realizando diariamente sus funciones con una concurrencia formada en su totalidad por las mejores familias de la sociedad porteña. Las notables películas que se proyectan son la más alta expresión del arte silencioso. Recordamos que los domingos las veladas constituyen brillantes reuniones sociales.

GLORIA

El bonito salón de la Avenida de Mayo continúa atrayendo gran número de espectadores, merced al excelente programa que todos los días se brinda al público, familiarizado con este cine amplio y confortable.

PARC

Interesantes funciones ofrecerá en la semana en curso este prestigioso cine de Palermo, consiguiendo de esta suerte afianzar más su crédito entre las familias.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1.

1. — Modelo Lenief. Para días de sol. Lindo traje de fular blanco estampado azul, con ribete azul liso. Se abre sobre un chaleco de linón blanco finamente plisado. Cuello y puños de linón. — 2. Modelo Blanche Lebouvier. Vestido tres cuartos de crepón Georgette verde aceituna, con faldón plisado. Va montado sobre canesú redondo y guarnecido con botones bolas. Este forma conjunto con el traje siguiente. — 3. He



2.

3.

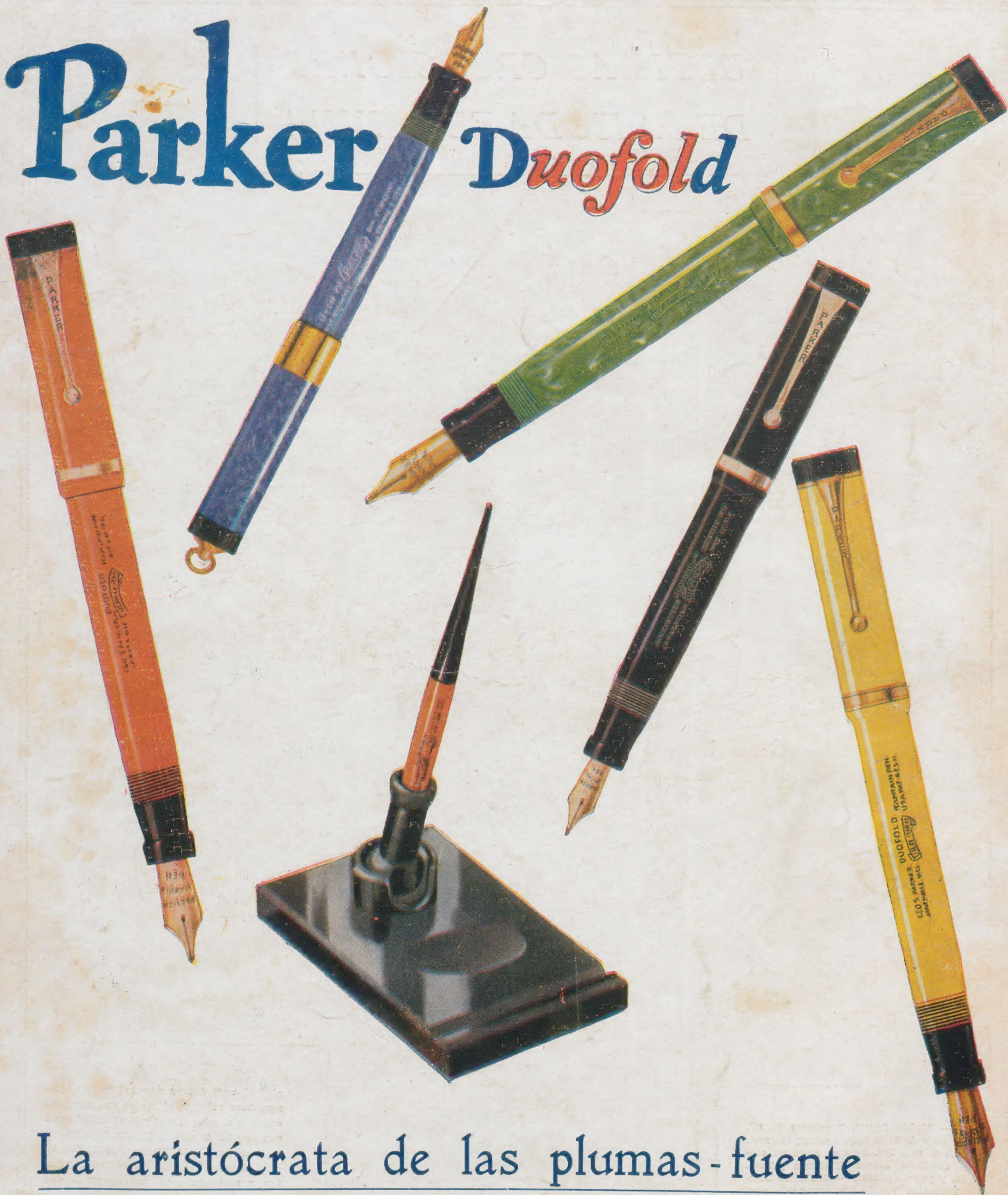


4.

aquí el traje de llevar con el vestido anterior. Tres volantes adornados con recogidos cortando el cuerpo, cual está riscaldado, con una corbata de encaje. Hebilla de oro mate en la cintura. — 4. Modelo Juliette Courtisien. Sobre una falda con volantes plisados y redondeados va una chaquetita con faldón plisado, abotonada en el talle y adornada con un bordado fino en los tonos azul, rojo y oro, con motivo en la espalda.



Parker Duofold



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY CO.

769 - Moreno - 775

38 - Mayo - 2815

Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.